

DANZANTES DE LA ESPIRAL NEGRA



Los fieros hombres lobo llamados Garou se enfrentan a un mensajero del Apocalipsis, una enorme bestia del Wyrm capaz de devorar la misma historia y que amenaza con corromper Europa entera. En estas últimas partes de la serie Novelas de Tribu, los Garou tienen una última oportunidad de proteger a Gaia y derrotar a esta terrible monstruosidad.

En la Novela de Tribu: Danzantes de la Espiral Negra, el loco Lord Arkady viaja hasta Malfeas y se encuentra cara a cara con el mismísimo Wyrm.



Eric Griffin

Danzantes de la Espiral Negra

Novelas de tribu - 13

ePub r1.1

TaliZorah 09.07.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 7: Black Spiral Dancers & Wendigo*
Eric Griffin, noviembre de 2002
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano
Ilustración de la portada: Ron Spencer
Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah
ePub base r1.0



Para Damon
que sabe cuándo hay que buscar monstruos

Primer círculo la danza de la visión



Los dos Garou que esperaban sentados en cuclillas en el frío suelo de la caverna eran tan diferentes como el día y la noche. El primero de ellos era orgulloso, de porte regio. Era un guerrero legendario, un astuto estratega, un hombre destinado por la profecía a dirigir a la Nación Garou en la Última Batalla.

El otro era un don nadie de humildes orígenes. Un vagabundo incapaz de conservar un trabajo estable. Un vago reconocido e impenitente.

—Otra vez —exigió Stuart. A juzgar por su tono, había olvidado por un momento quién era quién. Hablaba con el tono de voz de un maestro frustrado—. La espiral. Se nos tiene que haber pasado algo.

Arkady borró los complejos diagramas y los elaborados trazos del suelo de la caverna. Lentamente, comenzó de nuevo. Con un solo movimiento, sin levantar una sola vez la punta ennegrecida del estilo de hueso de la irregular superficie, trazó una espiral perfecta y continua. Nueve veces se arrolló la figura sobre sí misma

antes de desaparecer en su singularidad final. Una tosca mancha negra como el carbón.

—Debe de haber un camino —repitió Arkady como si estuviera tratando de convencerse de ello—. Una manera de recorrer la espiral sin sucumbir a la corrupción. De penetrar en el corazón del laberinto y emerger victorioso al otro lado. Lo dice la profecía. Tiene que ser posible —golpeó ruidosamente el suelo de la caverna con el puño.

—A menos, claro, que los profetas no estuvieran más que dando rienda suelta a sus propios deseos —dijo Stuart—. O los eruditos de tiempos anteriores estuvieran tratando de encontrar la manera de justificar el hecho de que Lord esto-y-lo-otro acabara de salir por el otro lado completamente loco.

—No tiene gracia —dijo Arkady—. He perdido demasiados parientes por culpa de esta posibilidad como para empezar a cuestionármela ahora.

—A mí me parece que es el momento ideal para hacerlo —dijo Stuart—. Y ya no puedo leer una maldita cosa de lo que estás escribiendo. El suelo entero está manchado de negro y creo que se me empiezan a entrecruzar los ojos. ¿Qué tal si lo dejamos?

—Dijiste que serviría de algo. Dijiste que podía haber un camino.

—Podría ser. Pero hemos repetido esto una docena de veces y que me aspen si encuentro algo. Puede que por la mañana las cosas parezcan más claras. A última hora de la mañana —añadió apresuradamente.

—Duerme entonces. Yo haré guardia —le espetó Arkady. Se puso en pie y empezó a pasear por el interior de la caverna. Sus pasos lo condujeron instintivamente en una trayectoria circular cada vez más estrecha.

Stuart se estiró en el suelo con la barbilla apoyada en la mano.

—No me parece bien. Aunque lograras llegar hasta la espiral, cosa dudosa en el mejor de los casos, no podrás hacer nada al llegar allí salvo repetir los mismos errores cometidos por todos los que te han precedido. En cuanto pongas el pie en la Espiral Negra, estás perdido. No hay vuelta atrás, no hay salida. Te tiene en su poder y empieza a trabajar sobre ti hasta quebrarte el espinazo.

La serpenteante trayectoria seguida por Arkady volvió a llevarlo junto a Stuart. Esta vez lo apartó de un empujón y siguió su camino.

—¿Ese monólogo te está ayudando a clarificar tus pensamientos o tiene por objeto ayudarme? —preguntó Arkady.

Stuart suspiró y se puso en pie.

—Olvidalo. Olvida que alguna vez haya dicho algo.

Siguió con la mirada la figura de Arkady, vio el rastro de pisadas ennegrecidas que iba dejando tras de sí como un hilo suelto.

Ausente, siguió hacia atrás las pisadas, vio los dos pares de rastros que discurrían próximos, paralelos.

Pero si aquellas huellas marcaban la senda de la Espiral Negra, ¿qué era la estrecha franja de terreno en la que Stuart se encontraba ahora? Con un creciente sentimiento de excitación, sacó el cuaderno de notas de su bolsillo. Recorrió rápidamente sus páginas y dibujó una copia de la infame espiral de nueve giros. A continuación la observó con la mirada entornada hasta que sus ojos se negaron a seguir enfocando el diagrama y todo se confundió en su mirada antes de recobrar de improviso y en un instante la claridad.

—¡Ahí! —exclamó.

Arkady se detuvo de inmediato y se volvió con expresión preocupada.

—¿Dónde? —dijo mientras daba un paso hacia Stuart.

—¡No! Tienes que seguir por ese camino —lo reprendió Stuart—. Regresa a mí pero hazlo por el camino apropiado. Quédate en la Espiral Negra.

Arkady suspiró pero hizo caso a su excitado compañero. No tardó en volver a estar a su lado.

—Ahora vuelve a seguir el mismo camino —dijo Stuart—. Igual que la última vez. Sólo que en esta ocasión, yo iré contigo.

—¿Ése es tu plan? —preguntó Arkady con incredulidad—. ¿Vas a acompañarme a la guarida del Wyrm?

—Oh, no. Mi madre no parió a ningún idiota y no hay nada en el mundo que pueda arrastrarme a Malfeas contigo. Esto es sólo para demostrar algo. Camina.

Arkady se encogió de hombros fingiendo desinterés y empezó de nuevo a caminar sobre las huellas negras. Stuart andaba a su lado, hombro con hombro. Dieron una vuelta completa a la caverna.

—La verdad es que no veo qué tiene esto que ver con... —empezó a decir Arkady. Pero Stuart le hizo callar y lo siguió en una segunda vuelta. Y una tercera.

—¿Y la razón de este pequeño ejercicio es...? —preguntó al fin Arkady, cuya paciencia empezaba a agotarse.

—La razón es —replicó Stuart con una sonrisa de triunfo— que sigo a tu lado, después de tres vueltas completas del patrón, y aún sigo sin poner el pie en la espiral negra.

Arkady se detuvo bruscamente.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó con voz queda.

—Mira aquí —dijo Stuart mientras daba unos rápidos golpecitos con el lápiz en el cuaderno abierto—. Es algo que acabo de comprender sobre la naturaleza de las espirales. Todas las espirales. Aquí está la Espiral Negra que dibujé. Pero hay otra espiral aquí, en su interior. En este caso es una Espiral Blanca, blanca

por el papel en el que la otra está trazada. Es una espiral negativa, encajonada entre las líneas de la negra. Y si caminas por *esa* espiral, como yo estoy haciendo, sería posible, al menos teóricamente, llegar hasta el centro sin dar un solo paso por la Espiral Negra. Sin someterte a su contacto corruptor.

Arkady se limitó a mirarlo fijamente. Entonces se dibujó una sonrisa en su cara. Y a continuación echó la cabeza atrás y empezó a reírse, al tiempo que le daba palmadas a Stuart en la espalda.

—Eres asombroso, Stuart Que-Acecha-la-Verdad. Casi me gustaría que te arrepintieras de tu decisión y me acompañaras. ¿Estás seguro de que no sientes el menor deseo de poner a prueba tu teoría?

—No te preocupes por mí —dijo Stuart—. Si lo logras acabaré por enterarme. Demonios, imagino que todos acabaremos por enterarnos. Pero yo debo seguir otra senda. Una senda que he evitado durante demasiado tiempo.

Y fue entonces cuando Stuart comprendió adónde debía de conducir la Espiral Blanca —si es que una cosa tan improbable existía en realidad—. Era un camino que conducía invariablemente al hogar.

Segundo círculo la danza de la cólera



Con un fuerte empujón, Arkady apartó la Piedra de los Tres Días que sellaba la entrada a la ancestral tumba. La luz de luna se reflejaba en el pelaje blanco como la nieve que lo cubría de la cabeza a los pies: la marca de un poderoso y orgulloso linaje. Venía en su forma de guerra, la colosal apariencia híbrida entre el hombre y el lobo que se conocía como Crinos. Unos músculos gruesos como tocones de árbol se tensaron con el esfuerzo de mover la vieja y pesada losa. A pesar de que estaba inclinado para hacer palanca, la forma de guerra de Arkady era casi tan alta como un hombre y medio.

La propia losa no era de proporciones menos épicas. En alguna época lejana, menos atribulada —antes de que el último de los Aullantes Blancos en someterse al Wyrn se hubiera internado en aquella tumba para no volver a emerger— dos grupos de cachorros podían haber jugado sobre ella y haberla utilizado como campo de entrenamiento.

Su superficie entera estaba cubierta con tallas de un intrincado patrón de tracería céltica. Casi sin darse cuenta, Arkady trató de desentrañar los secretos escondidos bajo aquella maraña de bucles, arcos y giros imposible de seguir con la mirada. Puede, si lo observaba el tiempo suficiente con los ojos entrecerrados, que el patrón se desplegara y se convirtiese en la imagen del laberinto que se extendía debajo: la mismísima Espiral Negra. Abandonó rápidamente el intento. Si ése era el caso, pensó, significaba que aquella piedra era más que un obstáculo legendario, era también una advertencia. Nadie podría jamás albergar la esperanza de orientarse en un laberinto tan incomprensible. Arkady ni siquiera era capaz de abarcarlo por entero con la mirada.

Se detuvo para recobrar el aliento y a continuación volvió a apoyar el hombro en la piedra y empezó de nuevo. Puede que el patrón tuviera otro propósito. Puede que representase el único auténtico camino hasta el corazón mismo de la espiral.

Una serpenteante hebra dorada que mostraba el camino si uno era lo bastante inteligente y paciente como para memorizar sus giros y bucles. Si era así, la piedra *debería* haber tenido también una advertencia. Una falsa esperanza era peor que ninguna esperanza. Más cruel.

Con un ruido áspero y un gemido, la piedra cedió. Una bocanada de aire fétido salió al encuentro de Arkady mientras la losa rodaba a un lado. Tuvo que apartarse de un salto para que no le aplastara el pie. Cuando al fin se detuvo, Arkady se asomó por encima de ella lleno de curiosidad.

En el interior todo era silencio y tinieblas. Ni siquiera el eco de su monumental esfuerzo regresaba a él desde las profundidades de la tumba.

Había en su naturaleza algo que desconfiaba instintivamente del silencio. Cuando se producía, la idea que de inmediato lo

asaltaba era la de llenarlo con acción, esfuerzo. El mejor desenlace posible de un período de contemplación forzada era una catarsis de agotamiento físico. Arkady se tomó el silencio de la tumba como un desafío y reaccionó en consecuencia.

Su aullido provocó pequeñas cascadas de polvo en el techo de todo el túnel. Se detuvo sólo un instante para oír cómo regresaba a su lado su propia voz y a continuación irrumpió en la oscura abertura, preparado para todo: aullantes legiones de fomori, hordas de babeantes Pesadillas, jaurías de famélicos Danzantes de la Espiral Negra.

Para lo que no estaba preparado era la diminuta forma que retrocedió encogiéndose del arco de luz de la entrada al ver aparecer a un señor de los Colmillos Plateados enfurecido y en su forma de guerra. La torre de tres metros de pelaje erizado y tendones tensos topó con ella, estuvo a punto de caer de bruces y se detuvo bruscamente.

La niña no podía tener más de siete años. Estaba muy pálida y tiritaba. La enredada maraña de pelo que le crecía hasta los hombros debió de ser en un tiempo rubia o castaña; ahora era del color y textura de una costra vieja. Tenía un ojo hinchado y ennegrecido y los muslos, que asomaban por debajo de una camiseta raída que le llegaba hasta las rodillas, estaban cubiertos de cardenales de color morado.

Había sangre seca en el borde inferior de la camisa.

Arkady sentía en los oídos los latidos de su corazón mientras la apartaba con una mano y entornaba la mirada tratando de encontrar en la oscuridad alguna señal de sus enemigos. Algo que golpear, que destrozar, que desgarrar. El tufo penetrante de la corrupción del Wyrn llenaba el aire inmóvil de la tumba pero él no necesitaba confirmación de las atrocidades que se habían llevado a cabo allí. Avanzó un paso para interponerse entre la niña

y lo que quiera que hubiera más allá. La chica se encogió y retrocedió hacia un estrecho rincón de la caverna, como si pudiera introducirse en un agujero en la pared y escapar de él.

—¿Dónde? —inquirió Arkady. Y hasta a él le pareció su propia voz más amenazante que tranquilizadora. El esfuerzo de obligar a un habla hecha de palabras humanas a pasar por las tensas cuerdas vocales de un lupino convertía un susurro reconfortante en un aullido fiero—. ¿Dónde están los que te han hecho eso? ¿Dónde están?

El rostro de la niña era una máscara de terror. Tenía la espalda contra la pared, pero sus pies seguían arañando el suelo, tratando de alejarse más aún.

—¿Y bien? —exigió.

Las palabras brotaron de ella en tropel, como el agua de una presa al abrir las compuertas.

—No me haga daño. Por favor. No he hecho nada. Lo siento. Seré buena. Estaba esperando, como usted me dijo...

—¿Qué *yo* te dije? —La voz de Arkady fue como un ladrido que la sobresaltó e interrumpió bruscamente el flujo de sus palabras. El Colmillo Plateado había alzado una mano en un gesto instintivo de negación. Vio que los ojos de la chica se clavaban en las letales garras de plata y volvió a bajarla rápidamente, confundido y avergonzado.

Sólo estaba consiguiendo asustar más a la chica. Tras lanzar una mirada nerviosa hacia atrás en busca de los enemigos que, sabía bien, debían de encontrarse cerca, aspiró profundamente y adoptó la más vulnerable forma humana.

Al ver la transformación, la chica se puso a chillar y empezó a arañar de manera frenética la pared de roca. Arkady pudo oler la sangre que le manchaba las yemas de los dedos.

Alargó la mano y se la puso en el hombro, pero ella rehuyó su contacto.

—Espera un momento. Cálmate —dijo—. Está bien. Mírame. No voy a hacerte daño. Tú sólo mírame.

Poco a poco, los frenéticos esfuerzos de la niña dieron paso a un sollozo quebrado. La tomó por los hombros y la volvió hacia él.

Sin alzar la mirada, la niña bajó las manos y se levantó la parte inferior de la camiseta. La carne rosada, allí donde las piernas se juntaban, quedó a la vista.

—¿Qué...? ¡No! —casi le gritó Arkady. Sus manos, firmes y seguras como espadas en la batalla, se movieron con torpeza para volver a bajarle la camiseta.

—No lo entiendo... —musitó la niña con aire miserable—. ¿Qué he hecho mal? —Volvía a estar asustada—. Sólo he hecho lo que me dijo. Como siempre. Me dijo... o sea, *ellos* me dijeron que esperara aquí, y he esperado...

—¿Cuántos de ellos hay aquí...? —empezó a decir y se interrumpió al reparar en la torpeza de sus palabras. La chica estaba herida y aterrorizada. Sus preguntas no la estaban ayudando. La visión de la chiquilla asustada estaba consiguiendo confundir y desarmar al poderoso guerrero. Volvió a intentarlo.

»¿Cómo te llamas, niña?

Había un fulgor desafiante en los ojos de la niña cuando los levantó hacia los suyos. Como si supiera que aquél no era más que otro modo de atraparla, de engañarla. Se resistió un momento pero aparentemente no logró dar con el engaño. Al final, acabó bajando la mirada.

—Sara —musitó.

—¿Sara? Bien, Sara, vamos a sacarte de aquí. Ahora mismo. Nadie volverá a hacerte daño. Vamos.

Ella rehuyó su contacto, temblando y sacudiendo la cabeza vigorosamente de un lado a otro.

—¡Tengo que esperar aquí! —gimió—. Aquí mismo. La Dama lo dijo. Se enfadará si regresa y descubre que ya no estoy.

—¿Qué dama?

—La Dama Oscura. Es la que hizo que todos se marcharan. La que os azota y os echa. A los perros chamuscados. Ya sabes. Como...

Se interrumpió y se acurrucó más aún en la grieta de la roca.

—Como yo —dijo Arkady con tono neutro, privado de emoción. No estaba enfadado ni resentido. En cambio, se encontró preguntándose lo que debía de haber sufrido la niña en aquel lugar, a manos de aquellos «perros chamuscados».

—No quería decir... ¡No me hagas daño, por favor!

—Nadie va a hacerte daño, Sara. Ya te lo he dicho. Tienes mi palabra.

Ella le dirigió una mirada furiosa.

—No me crees —dijo Arkady. Sacudió la cabeza, sorprendido. La niña era tan frágil que hubiera podido partirla en dos con solo alzar la voz pero allí estaba, haciendo algo que hasta un guerrero Garou veterano hubiera temido hacer: poner en duda su palabra. Había una especie de testarudez en ella, un corazón de hierro que se ocultaba bajo su apariencia frágil. Pero puede, comprendió, que sólo aquella peculiar combinación de cualidades le hubiera permitido sobrevivir allí, en el umbral mismo de la guarida del Wyrn.

»Soy Lord Arkady, de la Casa de la Luna Creciente. —Su nombre y título resonaron poderosamente como muchas otras veces en el pasado, arrojados como palabras de desafío—. La más antigua y estimada de todas las casas de los Colmillos Plateados.

Tienes mi promesa de que nadie te hará daño en mi presencia: nadie. ¿Lo entiendes, niña?

Sara respondió con voz apenas audible.

—Ella te expulsará —musitó—. La Dama Oscura. Te expulsará. Como a todos los demás.

Arkady se irguió con aire regio y contuvo una respuesta furiosa.

—Yo no soy como los demás —le explicó con una paciencia que cada vez era más escasa—. Yo voy a ayudarte.

—No eres como los demás —repitió ella, sin emoción, sin convicción.

—Voy a sacarte de aquí. Y luego voy a buscar a esos perros chamuscados y a tu Dama Oscura y les daré una buena razón para desear un hoyo más profundo en el que esconderse.

Una vez más, a la niña se le escapó un chillido de puro pánico animal y sacudió la cabeza con testarudez.

—Yo no... no me voy —dijo con repentina determinación—. No pienso irme. No puedes obligarme.

Arkady enarcó una ceja.

—¿No? —replicó antes de poder contenerse.

—Dijiste que no eras como los demás —lo acusó ella. Luchó por contener el llanto pero Arkady se dio cuenta de que la estaba sacudiendo por dentro.

Se irguió y esperó a que su temblor remitiera.

—Sara, lo siento.

Alargó la mano hacia ella para reconfortarle pero eso era precisamente lo peor que hubiera podido hacer en aquel momento. Soltó una imprecación y se apartó. Empezó a caminar de un lado a otro de la caverna. Aquello no marchaba nada bien.

—Muy bien, no tienes que marcharte. No te obligaré. Lo único que tienes que hacer es estar tranquila y calladita. ¿Vale? Yo me

encargaré de averiguar dónde están los demás. Podrían estar cerca. Cuando no haya nadie a la vista...

—Ya se han ido —dijo Sara sencillamente—. Si siguieran por aquí los oirías. Riéndose y arrastrando sus espadas tras de sí. Subiendo las escaleras desde el sótano del carbón.

—Bueno, y si se han ido, ¿por qué no puedes...? No, no importa. Está bien. Mira, ¿ves esa luz de ahí?

En la oscuridad, la luz de la luna resultaba cegadora. Sara puso los ojos en blanco y lo miró.

Ignoró el gesto.

—Ésa es la salida. Si cambias de idea, puedes marcharte por ella. Ahí fuera, en la luz, estarás a salvo. Puedes escapar. Volver a tu casa. Donde nunca volverán a hacerte daño.

—La Dama dijo que esperara. —Sara volvió a sacudir la cabeza con testarudez—. No quiero decepcionarla. Se enfadaría mucho conmigo. Ella es mucho peor que los perros chamuscados. Ellos sólo te hacen daño en un sitio.

Hizo ademán de mostrárselo de nuevo y él la detuvo.

Exhaló un suspiro de resignación.

—Muy bien. Ya veo que salvo que te me cargue a hombros, no hay manera de conseguir que salgas de aquí. Así que siéntate ahí y espera a la Dama y...

Sara resopló despectiva.

—No sabes nada. No estoy esperando a la Dama.

—Dijiste que la estabas esperando.

Ella negó con la cabeza.

—Te he dicho que la Dama *me ordenó* que esperara. Pero no la espero a ella.

—Muy bien —dijo Arkady con voz tensa. Saltaba a la vista que se le estaba agotando la paciencia—. ¿Y a quién se supone que tienes que esperar, entonces?

—Al Último Rey de Gaia —dijo Sara—. Sea lo que sea eso. La Dama me dijo que esperara aquí y no me moviera hasta que llegara el Último Rey de Gaia.

Tercer círculo

la danza de la resistencia



—¿El último qué? —Arkady no daba crédito a sus oídos. Al oír aquellas palabras, sus pensamientos acudieron de inmediato a Albrecht y la maldita Corona de Plata. Albrecht era un antiguo rival que había usurpado sus derechos de nacimiento y se había interpuesto en su camino una vez tras otra. El trono de Jacob Morningkill hubiera debido de recaer en sus manos. Había trabajado muy duro y había sacrificado muchas cosas. Y Albrecht había aparecido como si tal cosa y se lo había arrebatado todo.

La legendaria Corona de Plata era una señal del favor de Halcón. Se decía que aquel que la llevara era el rey legítimo de los Colmillos Plateados y, por extensión, de todos los hombres lobo.

Casi sin darse cuenta, Arkady empezó a escudriñar las sombras, como si creyera que Albrecht iba a salir de la oscuridad en cualquier momento con aquella sonrisa suya tan satisfecha en el semblante. Y la resplandeciente corona en la cabeza.

De repente sintió en la boca un regusto ácido y todos sus sentidos gritaron al unísono, «¡Trampa!». [Si Albrecht se le había

adelantado otra vez...! ¿Podía aquel advenedizo arrebatarle también esto? Este exilio, este asalto desesperado contra la propia Malfeas era todo lo que le quedaba a Arkady. Todo lo que le recordaba a sí mismo. Había perdido la corona. Había perdido su puesto en la jerarquía de los Colmillos Plateados. Y había deshonorado el linaje único de sus ancestros. Albrecht lo había expulsado de su propio pueblo. Y ahora quería arrebatarle hasta su último sacrificio, la esperanza de redimir su linaje... No podía ser.

—El Último Rey de Gaia —repitió Sara con aire mísero—. La Dama me dijo que tenía que esperarlo aquí, y yo he esperado, como me pidió. Seré buena, lo prometo. Lo llevaré ante su presencia. Está hecho para ella. O están hechos el uno para el otro. Lo dice la profecía... —Se encogió de hombros y continuó—. No pienso irme. Si la Dama descubre que me he ido, aunque sea solo un momento, me castigará.

—¿Dónde está él? —ladró Arkady. Sus dedos se clavaron en el hombro de la niña. Unas manchas rojizas se dibujaron allí donde sus dedos entraban en contacto con la carne—. Tú lo has visto. Ha estado aquí y no me lo quieres decir...

—¡No!... lo juro —sollozó—. Soy una niña buena. Hago lo que la Dama me manda. No me hagas daño...

—¡Por última vez, no voy a hacerte daño! —gritó.

—Me estás haciendo daño —dijo, con un gemido por voz. Trató en vano de apartarse.

Lentamente, dedo a dedo, Arkady la fue soltando. Cuando la niña estuvo libre, cayó al suelo.

—Lo siento. No pretendía...

—No importa —musitó la niña mientras metía las rodillas por debajo de la camiseta y las rodeaba con los brazos—. No me has hecho daño. No puedes hacerme daño. Me escapo. A mi lugar secreto. Es un lugar en el que ninguno de vosotros podéis

seguirme! Eres como todos los demás. Oh, lo sabía, lo sabía! Pareces diferente pero también la Dama parece diferente. No es el aspecto, son las palabras. Palabras que duelen y queman, como carbones. Con una llama negra, como el carbón...

—Basta! —le gritó a la cara. Echó la mano atrás y por un momento ni siquiera él estuvo seguro de que no fuera a pegarla.

—Igual que los demás —murmuró ella de nuevo, como si ya estuviera sintiendo el caliente agujonazo de la bofetada. Sacó la lengua un instante, puede que para limpiarse un reguero de sangre fantasmal de la cara—. Lo único que hacéis es pegar. Y quemar con vuestros dedos. Y tengo marcas que lo demuestran...

Chilló cuando él la cogió. Con una sola mano, como si no fuera más pesada que una muñeca de trapo, y se la cargó a hombros.

—Te voy a sacar de aquí. Ahora mismo.

Sara dio patadas y chilló y mordió y arañó. Era una tempestad de dientes y codos y uñas. Pero Arkady no prestó la menor atención a sus esfuerzos. Era una niña de siete años; él era uno de los más poderosos guerreros de los Garou. Sentía vergüenza al pensar en lo que le había hecho. Deshizo el camino al trote.

Al cabo de unos instantes, los arañazos y patadas cesaron, tan súbitamente como habían empezado. Puede que la niña hubiera comprendido que la fuerza no servía de nada contra el fornido guerrero. Que la única arma eficaz que conservaba eran sus palabras. Palabras candentes como carbones.

—No importa —estaba diciendo, con voz calmada, apacible—. De todas maneras ya es demasiado tarde. Ya están aquí.

Algo que había en su tono, en la gélida certeza de sus palabras, hizo que se detuviera. En ese momento captó el primer y sutil esbozo de movimiento con su visión periférica. A continuación vio los ojos. Varios pares de refulgentes e impasibles ojos lupinos. Contó al menos media docena de formas que emergían de la

oscuridad. Achaparradas, agachadas, formas como de hombre cubiertas con los nudosos tendones y los erizados pelajes negros de los lobos.

La voz de Sara era tranquila, un susurro regular, pero Arkady veía el brillo del terror en sus ojos. Ya se estaba alejando de él, sumergiéndose a gran profundidad, refugiándose en las reconfortantes profundidades de su «lugar secreto». Su cuerpo quedó flácido y de repente el desafío y la cólera desaparecieron. Estaba perdida para él. Era como si estuviera cargando con un cadáver ahogado.

Cautelosamente, sin hacer ningún movimiento brusco que pudiera interpretarse como el preludio a un ataque, bajó el cuerpo al suelo. La muchacha yacía ahora en la misma entrada de la cueva. Si Arkady hubiera estirado el brazo, habría podido alcanzar el arco de luz de luna que la atravesaba.

Se irguió en toda su estatura al tiempo que se volvía hacia ellos. Los perros chamuscados, los había llamado ella. Pero él los conocía por otro nombre, un nombre más antiguo. El nombre que los Aullantes Blancos, la antigua tribu de licántropos que había sucumbido hacía tiempo a la corrupción, habían adoptado para sí mismos: los Danzantes de la Espiral Negra. Echó la cabeza atrás y lanzó un aullido de desafío a la cara de sus cada vez más numerosos adversarios.

Parecían chamuscados, eso era cierto. Eran negros como la brea y sus facciones estaban retorcidas y desfiguradas como si hubieran sido esculpidas con la caricia del fuego. Les habían quemado el pelaje, dejando tras de sí unas cerdas erizadas, tan afiladas como alambre de espino. Pero Arkady sabía que la llama corruptora que los había marcado —que había retorcido sus mismos cuerpos para servir a sus propósitos— no había caído sobre ellos desde fuera. Los había atacado desde dentro.

Aquellos monstruos eran los Garou que habían conocido la caricia de la Espiral Negra. Habían buscado su contacto, lo habían anhelado. Su beso significaba poder para aquellos que poseían la fuerza y el coraje necesarios para recorrer la espiral, seguir su tortuosa lógica a través de los nueve giros hasta llegar al centro. Pero éstos eran de una raza diferente. Los aspirantes que habían tratado de alcanzar el poder y habían fracasado. Aquéllos que habían retrocedido arrastrándose del centro de la espiral.

Mis predecesores, pensó y lanzó un bufido despectivo. Si tengo la suerte de atravesar la espiral. Y, por supuesto, regresar después.

Mientras adoptaba una postura defensiva entre ellos y la chica, los perros chamuscados se aproximaron reptando, emergiendo como una inundación de las oscuras cavidades y pasadizos que se extendían más allá. Había docenas de ellos, puede que hasta medio centenar. Algunos venían erguidos y arrastrando los pies, otros brincando a cuatro patas. Otros se dejaron caer desde el techo irregular con aullidos propios de murciélagos. Y luego venían los desgraciados, desechos cuyos cuerpos, mentes o espíritus estaban demasiado quebrantados y no podían más que arrastrarse dejando tras de sí los rastros entremezclados de sus propias secreciones.

Clavó la mirada en el primero de la oleada. Arkady buscó una reacción en su interior mientras cambiaba de forma. Buscó el reflejo de su grandeza en aquella oscura superficie cristalina. Pero incluso aquel pequeño placer le fue negado.

Los ojos del primero de los perros eran blancos como la leche y no podían ver. Había algo perturbador en ellos. Inquietaron a Arkady y se encontró mirándolos fijamente mientras los demás se aproximaban. Era demasiado cambiante, el blanco de aquellos ojos. *Demasiado líquido, pensó.* Se agitaban en el interior de las

cuencas como si la llama que hubiera engullido al despojo aquellos hubiera fundido parcialmente.

Arkady se sacudió para librarse del influjo que aquellos ojos tenían sobre él. De repente su pelaje despidió en la oscuridad un destello blanco. Y como si aquella fuera una señal prevista de antemano que hubieran estado esperando, la hueste entera de Danzantes de la Espiral Negra cayó sobre él.

Arkady no tuvo tiempo de seguir examinando a sus enemigos. Hizo un movimiento ascendente con las garras desplegadas. El golpe acertó al primero de ellos en la parte baja del abdomen. La fuerza del ataque era tal que el Espiral se levantó del suelo mientras su carne se separaba a ambos lados del puño de Arkady, como agua rompiendo sobre la proa de un barco.

Por un momento, creyó ver algo que se encendía en el interior de aquellos ojos ciegos y lechosos. Un destello de reconocimiento, quizá. Una comprensión de la oscuridad aún mayor que se cernía sobre él. Duró sólo una fracción de segundo y entonces Arkady sintió el impacto de sus garras contra los primeros huesos de la caja torácica y pivotó sobre sí mismo al tiempo que sacaba las garras para evitar que se quedaran enganchadas.

El cuerpo del perro chamuscado continuó su movimiento, como si no fuera consciente de que ya no había ninguna voluntad dirigiéndolo, hacia adelante (su propio vector) y hacia arriba (el que Arkady le había impuesto).

Por un momento Arkady tuvo la impresión de que iba a levantar el vuelo, de que le saldrían unas alas coriáceas de murciélago y haría un desesperado intento final de llegar a la salida. De escapar del pozo de Malfeas del que había salido.

Entonces, casi de manera cohibida, como un personaje de dibujos animados que de repente comprende que ha saltado del borde del precipicio, el cuerpo alcanzó el cénit de su trayectoria,

quedó un segundo allí suspendido y cayó al suelo, sin vida. Aterrizó a menos de un metro de Sara. Ella ni siquiera se agitó.

Arkady no esperó a ver dónde caía. Ya estaba apartándose, puños, pies, las garras mortales realizando los pasos gráciles de una elaborada danza de muerte. Entonces la música de la batalla, una sinfonía de furia, lo arrojó en mitad de sus enemigos.

Cabalgó sobre su excitación, la oleada pura de furia asesina, mientras se arrojaba hacia delante. Dos de ellos estaban en el suelo antes de que hubieran tenido tiempo de cerrar su línea a su alrededor para cortarle toda posible retirada. Tres. Su primera línea cedió terreno frente a su acometida, que tenía la fuerza de un tren de mercancías, pero las filas posteriores aguantaron. Sabía que pronto se recobrarían de la sorpresa inicial y entonces sus instintos de jauría tomarían el control.

Al mismo tiempo que el pensamiento se formaba, se dio cuenta de que el círculo se estrechaba a su alrededor. El más osado de sus adversarios se adelantó con las garras preparadas para atacar, pero se retiró en cuanto Arkady se volvió hacia él. Inmediatamente, otro asaltante estaba a su espalda, lanzando dentelladas con las poderosas mandíbulas. Arkady le propinó un golpe de revés que hizo retroceder al Danzante hacia el círculo, pero un tercer adversario estaba ya sobre él.

Lo acosaban desde todos lados, tratando de cansarlo. Arkady apenas podía mantenerlos a raya, y no logró alcanzar a ninguno con las garras o los colmillos hasta el quinto que trató de atacarlo. No se apartó de él a tiempo y lo pagó caro. Sin embargo, el círculo se desplazó y arrastró a Arkady cada vez más al interior del oscuro pasadizo. Perdió de vista el cuerpo del adversario caído.

Ahora estaba rodeado por una tormenta de carras y colmillos que lo azotaba como un viento gélido. Por un momento, se vio a sí mismo en lo alto de un picacho solitario, contemplando cómo se

formaba una vasta tormenta que se extendía como un sudario para cubrir todo el horizonte. Saltó, cortó, empaló y sajó pero todos sus esfuerzos eran ineficaces, fútiles, ridículos. Lo mismo hubiera podido arrojarle contra el oleaje tratando de contener las mareas.

Y aquella tempestad podía permitirse el lujo de ser paciente. Los Danzantes sólo estaban poniendo a prueba sus defensas. Estaban esperando que se fatigase, a que tropezase o a que sencillamente reaccionase con demasiada energía a uno de sus ataques de tanteo, rápidos como el relámpago. Entonces la fuerza entera del remolino caería sobre él, una docena de salvajes y oscuros truenos que descendería en masa sobre su cabeza, lo arrastrarían al suelo, lo atraparían e inmovilizarían bajo el peso de sus pelajes negros y erizados como alambre de espino.

Arkady ya sabía que si caía había pocas posibilidades de que pudiera volver a levantarse. Lo aplastarían lentamente y a continuación le abrirían el pecho en canal para que su último aliento escapase en una bocanada final imposible de contener.

Arkady vio todo esto y saltó directamente al corazón de la oscura y creciente tormenta de los Danzantes de la Espiral Negra.

Su sentido del tiempo desapareció con el florecimiento de la furia incontenible de la batalla. Enseguida perdió la cuenta del número de cuerpos que trataban de alcanzarlo, el número de golpes fallidos, esquivados o parados. Cuando uno de sus atacantes perdía siquiera una fracción de segundo en su ataque o en recuperar el equilibrio, las garras de Arkady lo dejaban marcado.

Estaba chapoteando sobre las entrañas del quinto o sexto de estos desgraciados cuando oyó, más que sintió, el crujido del hueso. Unas mandíbulas crueles se cerraron sobre su hombro

izquierdo. Un destello cegador de dolor las siguió tras sólo una fracción de segundo.

Se tambaleó y un aullido de angustia escapó de su garganta. En un único movimiento, desenvainó el klaive con un destello de acero y lanzó a su adversario un tajo ascendente que lo acertó justo detrás de la oreja. La hoja le abrió el cráneo y se quedó alojada allí.

Si el golpe no hubiera sido letal de manera tan instantánea, el dolor y la sorpresa habrían hecho que su enemigo hubiera abierto las mandíbulas. Sin embargo, la rapidez del golpe mortal impidió incluso esta respuesta refleja. Si acaso, las mandíbulas del Danzante de la Espiral Negra muerto se clavaron en su carne todavía con más fuerza.

Arkady trató de soltarse. De un gran tirón logró sacar el klaive del cuerpo del Danzante, que cayó al suelo de piedra. Pero ya era demasiado tarde.

El tiempo que sus brazos estuvieron inmovilizados fue apenas un par de segundos. Pero eso era ya más de lo que podía permitirse. Un dolor al rojo blanco se encendió en su espalda al sentir que unas garras que se le clavaban. No le desgarraron la piel sino que se hundieron profundamente en ella. Un momento después, el peso del licántropo que lo había atacado cayó sobre él, chocó con él con la fuerza de un tren de mercancías. La espalda de Arkady se dobló, sus piernas cedieron y cayó de bruces contra el suelo de piedra.

Tres veces trató de levantarse y tres veces lo derribaron, con golpes crueles en las piernas y una masa de cuerpos cada vez más grande aferrada a la espalda. Una de sus garras trató desesperadamente de alcanzar la superficie y entonces se desplomó por tercera y última vez.

Cuarto círculo

la danza de la astucia



El Rottebritte rodeó la melé confusa en que se había convertido la batalla, urgiendo a los guerreros de su colmena a acometer actos de valor aún mayores. En gran medida lo logró gracias a que blandía un enorme garrote que no se había manchado de sangre todavía y que permanecía ocioso en la retaguardia: un privilegio celosamente guardado por aquellos que lo obtenían. Agarrando a los reclutas del pelaje entre los hombros y la parte final de la espalda, el Rottebritte fortalecía su resolución con una letanía de insultos que hubiera hecho enrojecer a un esclavo de los pozos de cría y a continuación lo arrojaba contra la resplandeciente máquina de matar plateada que rugía y luchaba en pleno corazón de la batalla.

El Rottebritte lanzó una mirada casi renuente al intruso. El gaiano se revolvía y rugía como un viejo tractor y aplastaba a cualquiera lo bastante estúpido o lo bastante desgraciado para ponerse al alcance de su letal espada. Despedía un fulgor blanquecino y cantaba como una tetera a punto de hervir. Sólo el constante

suministro de lubricante viscoso —su sangre y sudor y los de sus víctimas— impedía que la humeante y traqueteante máquina se sobrecalentara y saltara en mil pedazos.

El Danzante lanzó un bufido de desprecio y se volvió. Sabía perfectamente que en la batalla del umbral la suerte ya estaba echada. El gaiano era un formidable oponente. Media docena de los hombres del Rottebritte estaban ya en el suelo, muertos o deseando estarlo. Pero había otras tres docenas pidiendo a gritos (impelidos por el estímulo apropiado, claro) ocupar su lugar.

Oía los gritos de los moribundos, los reconocía por sus voces, sus aullidos característicos. Los había entrenado a todos —los había preparado, había vivido con ellos, los había *criado*— desde que salieran arrastrándose de los pozos de cría...

No, eso no era del todo cierto, pensó. No desde la *primera vez* que salieran arrastrándose sino desde la tercera. Si un cachorro no era capaz de abrirse paso luchando tres veces desde los pozos, es que no era un guerrero.

Era una lástima el escaso número de cachorros que sobrevivían en los últimos tiempos a los primeros minutos de vacilación entre las viles secreciones de los pozos de cría. Muchos de ellos eran hechos pedazos por sus compañeros de camada, que se encaramaban los unos sobre los otros en un intento desesperado por escapar. Otros caían víctimas de las siniestras caricias y los placeres culpables de los esclavos de los pozos y no tardaban en verse atrapados inexorablemente en la estricta jerarquía de gueto de los pozos, de la que ya no podían escapar en todas sus vidas. Y luego estaban los débiles y enanos, que se ahogaban sin más, por supuesto, o eran víctimas de las cosas rastreras que se deslizaban entre el limo que cubría las paredes y los suelos de los pozos. Incluso un guerrero adulto se hubiera hundido hasta la cintura en

aquel légamo: los desechos acumulados de generaciones de abortos, fetos muertos y cadáveres.

Los aullidos de los moribundos interrumpieron las amargas reflexiones del Rottebritte y profirió un ladrido de aliento. Su aullido les prestó la fuerza de la colmena: su antigüedad, sus tradiciones, su destino, su capacidad de supervivencia. Su música transmitía la promesa de vivir para luchar hasta la muerte otro día y ellos la engulleron con avidez, como la última cena de un condenado.

Y la promesa no era sólo un tópico. El Rottebritte sabía que algunos de los heridos, incluso los que lo estaban de muerte, podrían seguir sirviendo a la colmena durante algún tiempo. Como mínimo, las carcasas rotas de sus cuerpos aún vivos se convertirían en el suelo fértil de los pozos de cría: enterrados vivos para fermentar en sus propios jugos para la noche de apareamiento o para calentar a las criaturas rosadas y temblorosas que habían sido arrancadas con cuchillos de hueso de los vientres de las esclavas del pozo. Puede que alguno de los que estaban agonizando allí sirviera un día no muy lejano como carnosa cuna para el propio hijo del Rottebritte. El pensamiento lo llenó de calidez, una sensación de orgullo henchido.

Esbozó una amplia sonrisa, incapaz de contenerse y le dio al más cercano de los guerreros una palmada vigorosa en la espalda, expresión de un sentimiento de camaradería. El golpe hizo perder el equilibrio al desgraciado y lo arrojó al corazón de la refriega. El Rottebritte oyó su aullido de dolor y algo que parecía una oreja cercenada pasó volando junto a él.

Pero no estaba dispuesto a permitir que una menudencia como aquella le agriara el buen humor. □Aquella noche conseguiría una gran victoria y muy pronto tendría un hijo! La idea lo enorgulleció. Llevaba demasiado tiempo sin visitar los pozos para

algo que no fuera su cometido habitual: obtener refuerzos. Pero aquella noche la Dama estaría complacida con él y no le negaría un pequeño capricho. Se lo había ganado. Sí, definitivamente haría una visita a los pozos de cría una vez que el asunto que tenía entre manos hubiera terminado.

Dejando la jauría de combatientes tras de sí, se acercó a la pequeña figura que se acurrucaba en la entrada de la caverna. Le dio una patada a su cuerpo inmóvil.

—¡Levanta! —ordenó con un ladrido.

—No me hagas daño. He... —empezó a decir Sara.

—¡He dicho que te levantes! —La cogió por el enmarañado cabello y la obligó a ponerse en pie. La niña gritó de dolor y por un momento su voz llenó la caverna, abriéndose camino con claridad por encima incluso del entrecocar de las espadas, los aullidos de desafío y los alaridos de los moribundos. Inundó la cámara y se perdió repetido por el eco entre los oscuros corredores.

—Ya basta de lloriqueos, enana apestosa —gruñó el Rottebritte, mientras la obligaba a dar la vuelta y la llevaba hacia el interior del túnel. Fue un golpe que hubiera servido para arrojar a un guerrero adulto al corazón de una batalla atravesando una masa de cuerpos. Al tiempo que el aire abandonaba la niña con un ruido apagado y ella salía despedida, el Rottebritte comprendió lo que había hecho y trató de sujetarla, pero ya estaba más allá de su alcance. Dio una vuelta en el aire y su cabeza chocó contra el suelo del túnel con el sonido casi musical del hueso hueco contra la roca. Dio otra vuelta casi entera rodando por el suelo antes de ir a detenerse junto al círculo de guerreros de la colmena.

El más próximo la vio volar, hizo una mueca al ver el impacto y a continuación le dio unos golpecitos con el pie con aire incierto. Al ver que profería un sollozo áspero, se encogió de hombros. Levantó la mirada hacia el Rottebritte para decir algo pero al ver

la expresión del rostro de su superior, se lo pensó mejor y se sumó a la multitud para no llamar la atención de su comandante.

El Rottebritte cruzó el espacio que lo separaba de la niña en tres pasos rápidos. Se inclinó, la cogió por la cintura sin preocuparse del daño que pudiera hacerle y la obligó de nuevo a ponerse en pie.

—No vas a escapar tan fácilmente a tus responsabilidades por esto, Salla. La Dama tendrá una charla contigo.

Gruñó su amenaza con los dientes apretados, directamente frente a la cara de la niña. Un reguero de saliva acre cayó sobre su mejilla y se quedó allí pegado.

En la boca del monstruo, su nombre sonaba como una maldición. Pareció atravesar la niebla de dolor y algodón y terror de su cabeza. Una parte lejana de ella, una chispa de desafío instintivo, respondió con un gruñido:

—Mentiroso! —gritó. De nuevo tenía la voz firme, la misma voz que se había abierto paso con claridad por entre el fragor de la batalla—. Tengo que esperar aquí. La Dama me lo dijo en persona. Tengo que esperar al...

—Cachorro estúpido —le espetó y, acto seguido, le propinó un fuerte golpe en la cabeza, en el mismo sitio que había chocado con el suelo y en el que se veía sangre (así como el blanco del hueso). Quedó inconsciente, colgada de la muñeca por la que él seguía sujetándola.

Con la otra mano, el Rottebritte llamó la atención del guerrero más próximo.

—¿Qué coño...? Oh —el guerrero se volvió y se frotó la dolorida nuca pero se tragó su indignación al encontrarse cara a cara con el Rottebritte.

—Tú. Y tú. —Llamó la atención de otro voluntario de manera similar—. Los dos. Escuchadme y no me jodáis. Llevadle este

cachorro directamente a la Dama. No os detengáis por nada o por nadie. ¿Comprendido?

Esperó a que asintieran y continuó antes de que tuvieran tiempo de interrumpirlo con sus estúpidas preguntas. Su placentera anticipación de las actividades de la noche empezaba a agriarse. La Dama no había dicho que la niña tuviera que llegar en buen estado, pero el Rottebritte conocía demasiado bien su carácter quisquilloso. El restallar de su cólera era más temible que el de su látigo y no había manera de saber qué podía provocarla.

Otra buena razón para no ir en persona. Lanzó una mirada voraz a los dos reclutas.

—Si alguien trata de joderos de camino allí, le decís que lleváis un mensaje mío para la Dama. No os detengáis para discutirlo y no aceptéis desafíos de nadie por el derecho a jugar, alimentarse o aparearse con la niña-cachorro. Me da igual lo que os llamen. ¿Está claro?

No parecían demasiado convencidos. Puede que estuvieran pensando ya en el tratamiento de que serían objeto si alguien los desafiaba mientras se dirigían a las primeras cavernas de la colmena. Negarse a luchar y admitir que eran unos simples mensajeros sería una vergüenza.

—Sí, pero ¿qué hacemos si...?

El Rottebritte sólo había esperado para ver quién era el primero en poner objeciones.

—Si alguien os molesta demasiado, cerebro de pus, le enseñas esto.

Puso fin a nuevas objeciones apretando las garras contra el pecho del recluta y haciéndolas descender en un ángulo acusado. Tres de las garras se hundieron en la carne y dejaron sobre ella un trío de profundas marcas paralelas.

«Cerebro de pus» aulló y retrocedió tambaleándose, al tiempo que adoptaba por instinto una postura de combate. Respiraba pesadamente y se había tapado la herida con una mano, mientras se apoyaba con la otra en el suelo tratando de recobrar el equilibrio. El Rottebritte vio que los músculos de su espalda se tensaban para dar un salto.

—No seas idiota —gruñó el Rottebritte—. Y vuelve aquí para que pueda terminar de ponerte mi marca. Eso son tus credenciales. Sabes lo que son las credenciales, ¿no? —añadió como si se le acabara de ocurrir.

Tras recoger los jirones de su herida dignidad, el recluta se levantó.

—Me llamo... —empezó a decir en tono amenazante.

—Me importa una mierda como te llames. Largo de aquí.

El Rottebritte arrojó la niña a los brazos de su otro voluntario, el más cauto, y a continuación volvió a clavar las garras en el pecho de cerebro de pus y le dejó dos nuevas marcas, que corrían rectas de arriba abajo, desde el esternón hasta la ingle. Con una luz aceptable, el apresurado esfuerzo hubiera podido pasar por una letra T, con una barra central triple e inclinada peligrosamente a un lado.

Cerebro de pus apretó la mandíbula pero no gritó esta vez, aunque la herida era mucho más grave.

—Y ahora, como estaba diciendo —continuó el Rottebritte—. Llévdsela directamente a la Dama. Si alguien trata de deteneros, le decís que estáis en misión urgente para la Dama y tenéis credenciales para demostrarlo. Encontraréis a la Dama...

—Sí, ya sabemos dónde podemos encontrarla —dijo el Danzante que tenía a la niña en brazos con una sonrisa falsa.

Una lástima, pensó el Rottebritte. Y yo que lo había tomado por el cauto.

—Después de haber entregado a la niña —continuó, con la voz levemente alzada para expresar su desaprobación—, esperaréis al placer de la Dama.

Al oír esto, los dos palidieron a ojos vista y el Rottebritte se permitió una sonrisa satisfecha.

—¡Pero, señor...! —protestaron, casi al unísono.

—Y cuando haya... acabado con vosotros —hizo una pausa premeditada para permitir que el impacto de la frase calara hondo— os arrastraréis, o arrastraréis lo que quede de vosotros, de regreso al pozo para informarme personalmente. Si me entero de que se ha producido *cualquier* demora de camino, a la ida o a la vuelta, haré que os arrancan vuestra masculinidad y os vendan a los esclavos más feos de los pozos. ¿Entendido?

—Sí, Rottebritte —ladraron los dos.

—Entonces quitaos de mi vista de una maldita vez.

Se apresuraron a obedecer y el Rottebritte se volvió de nuevo hacia la batalla, que continuaba al otro lado del umbral. *Ya no queda más que hacer la limpieza, pensó. Sin embargo, no se pierde nada por ser cauto.*

Les dio otros cinco minutos y a continuación se lanzó a la refriega, apartando a sus guerreros por la fuerza, uno tras otro.

Apartándolos de la desastrada masa de sangre y huesos rotos y pelaje dolorosamente negro que yacía en el suelo.

Quinto círculo

la danza del combate



Arkady volvió en sí e inmediatamente se arrepintió de ello. Descubrió que, al perder el conocimiento, su cuerpo había asumido instintivamente la forma humana a la que estaba acostumbrado, una reacción que siempre le recordaba incómodamente a la vulnerabilidad de la infancia. Al remolino de confusión, furia y terror que dominaba el tiempo precedente a su Primer Cambio. Era como quebrarse y adoptar una posición fetal bajo un estrés insoportable.

Por desgracia, al tiempo que su cuerpo adoptaba de nuevo su forma verdadera, otras cosas habían revelado también su auténtica naturaleza, como por ejemplo el alcance de sus lesiones. Heridas que habían sido poco más que una distracción hormigueante en su enorme forma Crinos se revelaban ahora como graves cortes. Y cada uno de ellos, se percató ahora, era lo bastante grave como para suponer por sí solo una amenaza para su vida.

Bajo el latido y el chisporroteo del dolor de su frente, podía oír el gemido sordo del hueso destrozado que se frotaba contra el hueso, tratando de soldarse. Era el ondulante crujido y gemido de las placas de hielo ártico al expandirse y contraerse. Llenaba sus percepciones, cegador y brillante en su dolor, de uno a otro horizonte.

Para acelerar su recuperación ya antinaturalmente rápida, Arkady trató de adoptar la forma Glabro, más poderosa. Su voluminosa forma neandertalense superaba en estatura a su forma humana en más de un cincuenta por ciento. Podía soportar una cantidad asombrosa de castigo. Con ella tenía la espalda encorvada, los brazos casi le arrastraban por el suelo y caminaba con torpeza pero Arkady sabía que no podría hacer más movimientos bruscos —gráciles o no— hasta dentro de mucho tiempo. Por el momento lo que necesitaba era su fuerza y resistencia y, si tenía suerte, un poco de tiempo.

Sus esfuerzos se vieron recompensados por una repentina y cegadora agonía provocada por algo que se le clavaba en la carne de las muñecas. Estaban atadas, comprendió, antes de que las cuerdas, tensas y crujientes, se partieran con el sonido de un pistoletazo.

Hubo un vendaval de movimiento a su alrededor y entonces cayó al suelo y tuvo cosas más acuciantes de que preocuparse. Como el dolor y la negrura ascendente del olvido. Logró contenerla, o pensó que lo había hecho hasta que de repente se vio interrumpido por un dolor agudo y repentino en las costillas. Una patada.

Una voz desconocida se abrió camino por la niebla de dolor y algodón de su cabeza.

—**¡Ya es suficiente!**

A continuación escuchó el sonido de unos pasos arrastrados por el suelo y luego otra voz, ofendida y quejosa.

—Pero si el bastardo va a despertar en cualquier momento.

—Míralo!

—¿Así que vas a darle de patadas hasta que vuelva a perder el sentido?

—¡Sí! —La respuesta fue beligerante pero no tardó en dar paso a simple frustración.

—Bien. En ese caso puedes arrastrarlo tal como está. Mierda, debe de pesar más de ciento cincuenta kilos, pero se trata de tu espalda.

Un gruñido.

—¿Estás despierto?

Otro tanteo con el pie, más suave esta vez, pero ya tenía las costillas rotas. *Antes* de la primera patada.

—He dicho que si estás despierto.

Arkady trató de asentir (con lo que estuvo a punto de perder de nuevo el conocimiento) y luego de hablar pero sin mucho más éxito. Consiguió algo que era una mezcla entre un gemido y un sollozo quejumbroso.

Esto provocó las carcajadas despectivas de sus carceleros. A juzgar por el ruido que hacían, pensó, debían de ser no menos de media docena. No veía una maldita cosa. No podía enfocar la mirada en nada que se encontrara más allá de la maraña pegajosa de pelo y sangre que le tapaba la cara. Tenía la frente rota encima del ojo izquierdo y la hinchazón le impedía abrirlo.

Alguien profirió una imprecación y Arkady se preparó para recibir una nueva patada pero ésta nunca se produjo. En su lugar, una voz burlona y aguda, dijo sobre él:

—Despierta, amor. Es hora de ir al colegio.

Más risas ásperas y a continuación, algo cálido y líquido que cayó con un chapoteo sobre su cara. Se apartó instintivamente pero el chorro lo siguió y no remitió. El líquido empapó la herida abierta que había sido su frente y le quemó como si fuera fuego.

—Deja de hacer el imbécil. Cógelo sin más, ¿quieres? Toma, agarra de este brazo.

Lo sujetaron por las muñecas y lo arrastraron sobre el suelo de piedra.

—No veo por qué no podemos quedárnoslo aquí. Divertirnos un rato con él.

—Imbécil. Ya has oído lo que dijo el Rottebritte. Éste está reservado para el pozo. El Rottebritte ha reclamado su arma y la Dama ha reclamado... vaya, el resto de su pobre carcasa. Aunque no puedo imaginarme para qué podría quererlo. No parece gran cosa a primera vista.

—Oh, yo sí que me lo imagino. Sí que me lo imagino —dijo una nueva voz. Sus palabras fueron recibidas con una risotada áspera que parecía un ladrido—. De modo que, a menos que quieras bajar tú mismo y ocupar su lugar, sugiero que tires. Cuanto antes nos libremos de él, mejor.

Esto no pareció satisfacer al animal que le había dado un repaso a las costillas de Arkady.

—Es igual, voy a arrancarle un pequeño souvenir para quedarme. Yo lo derribé. ¿Tú lo has visto! Joder, si echas un vistazo a la masa de carne en la que antes estaba su espalda, podrás ver mis huellas por todos los huesos de su columna vertebral. A ver si te atreves —lo desafió.

—Oh, vale, fuiste tú el que lo derribó, que sí.

El otro continuó con voz exultante.

—Y me merezco algo por ello. El Rottebritte se ha quedado con su espada. La Dama quiere sus penosos restos. Yo sólo quiero alguna cosilla como recuerdo.

—Oh, cierra la boca y déjalo. Será tu sentencia de muerte. Cuando la dama se pregunte adónde han ido esos pedazos especiales...

—No es ésa la parte que me interesa. Sólo quiero uno de esos colmillos de plata que tiene. Todo el mundo dice que los Colmillos Plateados son mejores que los demás. Supongo que se refieren a los dientes.

El rostro de Arkady explotó en un dolor blanquecino cuando el pie cayó con fuerza sobre él.

Volvió a perder el conocimiento y cuando lo recuperó, estaba sangrando copiosamente por la boca. A juzgar por el dolor y la sensación, la extracción debía de haber requerido más de un intento. Seguían arrastrándolo por los brazos, pero no podía saber cuánto tiempo llevaba inconsciente.

—La bella durmiente ha despertado de nuevo —dijo una voz burlona que ya le resultaba conocida.

—Habría sido mejor para él seguir inconsciente. ¿Quieres darle otra patada?

—No. La última vez me corté el puto talón con esos dientes. ¿Y sabes una cosa? Ni siquiera son de plata! Menudo timo. Ahora que lo pienso, se parece más a un Garra Roja.

—Bueno, si le limpias la sangre...

—No se puede confiar en estos malditos gaianos para nada. Ni siquiera son capaces de ponerse un nombre sin mentir o exagerar o ambas cosas a la vez. Mira, una vez pude ver una Nutria Negra, abajo, me refiero, y ni siquiera era...

—Es *Furia* Negra, idiota. No Nutria.

—Bueno, lo que quieras, da igual! Lo que estaba tratando de decirte es que no era negra!

La conversación continuó por los mismos derroteros, una serie de chistes malos a expensas de los primos gaianos de los Danzantes de la Espiral Negra. Arkady no le prestaba demasiada atención, puesto que estaba demasiado ocupado enfocando los esfuerzos de su cuerpo por soldar sus huesos y remendar su carne destrozada. Pareció transcurrir una eternidad antes de que el lento y doloroso proceso de su traslado se detuviera.

Arkady abrió ligeramente los ojos y miró a través de la sangui-nolenta mata de pelo que le tapaba la cara. El suelo se inclinaba abruptamente hacia abajo en dirección al centro de la cámara. En el suelo de roca había una grieta irregular, como una especie de agujero de ventilación. Oleadas de aire caliente que trasmitía un leve tufo a humo y queroseno y productos químicos brotaban de allí, provocando que todo cuanto veían sus ojos estuviera cubierto de ondas.

Estaba tirado, boca abajo, sobre la capa de mugre que cubría el suelo. Trató de levantar la cabeza de la suciedad y fracasó. La agonía que acompañó sus esfuerzos estuvo a punto de provocar que perdiera el conocimiento.

—Eh, mira, parece que va a ir solo los últimos pasos y nos ahorrará tener que arrastrarlo hasta el final.

—Seguro que le ha costado lo suyo decidirse. No sé qué tienen estos gaianos contra un poco de trabajo duro...

—Bueno, por mi parte ya estoy cansado de arrastrar su penosa carcasa de acá para allá. Arrójalo rodando al pozo y terminemos de una vez.

Hubo un gruñido y a continuación un pie se introdujo por debajo del hombro de Arkady. Lo hizo rodar hasta colocarlo de cara al techo. Ahogó un aullido de agonía. Una parte de su mente era

consciente de que su cuerpo no estaba recto. Evidentemente se había roto algo más que unas pocas costillas.

Le dieron una nueva vuelta. Y otra.

—¡Basta! —gritó con la boca llena de sangre y dientes rotos.

—Bueno, que me aspen... —El perro chamuscado que le había propinado las patadas retrocedió un paso. Uno de sus compañeros de manada se adelantó con las garras extendidas, dispuesto a golpearlo hasta que perdiera de nuevo el sentido, pero aquel se lo impidió—. No, no lo hagas. Esto tengo que verlo.

Mientras lo observaban, Arkady, combatiendo la agonía que recorría de arriba abajo su columna vertebral, volvió a levantar la cabeza de la porquería. Lenta, dolorosamente, logró apoyarse sobre los codos.

—¡Qué hijo de puta! Si va a conseguirlo...

Alguien se echó a reír.

—¿Quién dice que no se le pueden enseñar nuevos trucos a un perro apaleado? Eh, Colmillo Plateado, cuando veas a la Dama, no te olvides de contarle quién te ha enseñado a arrastrarte. Todos los gusanos tienen que aprender a reptar sobre su ombligo.

Arkady esperó a que sus burlonas risotadas remitieran, para que el susurro apagado de su voz pudiera oírse.

—¿Quién?

—¿Quién qué? ¿Quieres decir que quién te ha pateado el culo y enseñado a reptar? La Manada Lluvia-de-Terror. Recuérdalo. Puede que te lo pregunten en el concurso.

—Te será fácil de recordar, dado que hicimos que lloviera terror sobre tu lamentable culo, ¿te acuerdas?

—Yo pensaba que éramos la Manada de Llama-de-Terror.

—Idiota. ¿No recuerdas cuándo...?

Arkady no tuvo ocasión de oír lo que se suponía que el perro chamuscado debía recordar. Toda conversación había cesado de

repente en el preciso instante en que él se había incorporado apoyándose sobre las manos y las rodillas. Cerró los párpados y apretó la barbilla en un intento por mantener a raya el ardiente dolor.

—Que me maten. Creo que está tratando de levantarse.

—No apuestes por ello.

La tentación de propinar una patada a la expuesta caja torácica de Arkady resultó imposible de resistir. La patada lo acertó de lleno, con un crujido que pudo oírse en toda la habitación, y volvió a derribarlo. Cayó de lado, más cerca del borde del pozo, mirándolos. Allí la capa de podredumbre que cubría el suelo era más gruesa pero él apenas lo advirtió. No podía prestar atención a nada que no fuera la devoradora agonía de sus costillas.

Cuando el dolor remitió al fin hasta convertirse en un palpito sordo, empezó poco a poco a captar de nuevo la conversación.

—No tienes nada que decir a eso, ¿eh? Ya lo suponía. —El Danzante escupió y la saliva cayó al suelo a dos centímetros de la mejilla de Arkady—. Estoy cansado de darle patadas a este tío. Ya no es divertido. Arrójalo al pozo de una vez y vámonos de aquí.

—No tengo ningún sitio al que ir. —Cayó una nueva patada, en la boca del estómago, y Arkady se hizo un ovillo a su alrededor—. Podría pasarme toda la noche dando patadas a este bastardo...
 Bh!

Una fila de dientes rotos se cerró sobre el tobillo del agresor, que profirió un grito de dolor. Mientras Arkady se doblaba bajo la fuerza del golpe, había cambiado a su forma de lobo. Sus mandíbulas se cerraron, rápidas como el pensamiento, sobre la pierna que lo había golpeado y apretaron con todas sus fuerzas.

Con un aullido de agonía, el Danzante de la Espiral Negra adoptó su forma de guerra. El tobillo atrapado se dobló hacia atrás pero Arkady no lo soltó. Empezó a resbalar sangre caliente y

saliva sobre el pie del Danzante mientras trataba de sacudirse al lobo de encima.

Aun en su forma lupina, Arkady no creía que fuera capaz de incorporarse. Se vio zarandeado violentamente de un lado a otro. Era como tratar de mantenerse aferrado al brazo de un oso herido.

—¡Quitádmelo! —chilló el Danzante pero sus camaradas de manada se lo estaban pasando tan bien que no se apresuraron a acudir en su ayuda. Por su parte, él propinaba un golpe tras otro a Arkady en la cabeza y los hombros, tratando de quitárselo de encima. Pero el Colmillo Blanco se mantuvo firme y adoptó la colosal y primaria forma de lobo gigante conocida como Hispo.

Con cada transformación se sentía más fuerte, más seguro de sí mismo, mientras sus huesos y tendones se soldaban y las terribles heridas que había recibido se iban cerrando. Las poderosas mandíbulas de su forma Hispo podrían, cuando hubiera reunido unas pocas fuerzas, destrozar los huesos de su enemigo como si fueran ramitas.

A esas alturas, incluso los que no estaban metidos en la pelea se daban cuenta de que las cosas se les estaban escapando de las manos. Arkady vio por el rabillo del ojo que se le acercaban desde todas direcciones. En un gambito desesperado, soltó el tobillo del Danzante, se revolvió y lanzó todo su ahora considerable peso contra la parte trasera de las rodillas de su adversario.

Trataba de ganar un poco de tiempo y de espacio para poder enfrentarse mejor a los nuevos asaltantes. Pero el ataque resultó más efectivo de lo que había esperado. Herido ya y además desequilibrado, el Danzante no recibió bien el golpe contra sus rodillas. Se inclinó y cayó al suelo.

Por un momento sacudió los brazos desesperadamente, tratando de sujetarse en alguna parte del borde del pozo, pero no

encontró asidero alguno entre la malsana porquería. Arkady vio el destello de terror en sus ojos mientras caía y desaparecía de su vista. El aullido del Danzante caído siguió resonando varios minutos en sus oídos aun después de haberse vuelto para enfrentarse al resto de la manada.

Daban vueltas a su alrededor con mucha cautela, sabedores de que un animal herido puede ser el más peligroso de los adversarios. El pelaje de Arkady se erizó y lanzó un gruñido de advertencia.

—¿Os lo podéis creer? *¡Todavía* tiene ganas de luchar!

—Cierra el pico. Sigue acercándote. Despacio y con cuidado.

Metódicamente empezaron a empujar a Arkady hacia la grieta. Lo hacían bien, avanzando con mucha lentitud y seguridad. De vez en cuando, alguno de ellos se acercaba demasiado y lo pagaba caro. Pero, incluso a cuatro patas, Arkady estaba teniendo dificultades para mantenerse en pie. Sólo era el palpitar de la batalla —el arrebató de furia y adrenalina— lo que lo mantenía erguido. De haber estado más seguro del traicionero suelo que pisaba, habría adoptado su colosal forma Crinos de guerrero. Pero no podía arriesgarse a dar un mal paso, y cuatro patas —incluso cuatro patas temblorosas— eran mejores que dos.

Entonces, inesperadamente, cayeron todos sobre él. La silenciosa señal que había puesto el ataque en marcha se le había pasado por alto pero ya daba igual. A esas alturas, lo único que importaba era tratar de dar lo máximo de sí mismo. Halcón meditante, podría llevarse algunos de ellos consigo, o al menos dejarles algo para que lo recordaran.

A modo de desafío, saltó directamente contra los dientes del Danzante más cercano. El inesperado contraataque sobresaltó al asaltante y trató de desviarlo en lugar de apartarse de su camino. Ésta hubiera sido la reacción más sensata frente a unos cientos de

kilos de músculo tenso y refulgentes garras lanzadas a toda velocidad en la trayectoria de su carga.

Los dos adversarios chocaron con una fuerza estremecedora y el Danzante cayó de espaldas. Chocó contra el suelo y se le escapó todo el aire de los pulmones, antes incluso de que las garras de Arkady le abrieran al desgraciado un par de profundas heridas en el bajo vientre.

Al instante, el Colmillo Plateado se encaramó de un salto a él y le desparramó los intestinos con las garras. Pero resbaló y tratabilló y estuvo a punto de caer con las patas abiertas sobre el suelo de roca. Volvió a levantarse, pero aquella insignificante demora resultó su ruina. Una barra de hierro cayó con terrible fuerza sobre su espalda ya lastimada. Lanzó un aullido mientras oía cómo crujían y se hacían añicos unas vértebras. Se revolvió, lo que provocó una nueva y renovada agonía, y trató de alcanzar a su atacante con las garras.

La barra se alzó y descendió y esta vez le hizo caer. La tercera vez cayó sobre su cráneo y todo empezó a volverse negro. Sacudió la cabeza para aclarársela, al tiempo que abría el hocico y le lanzaba a su atacante un aullido desafiante. Reunió las fuerzas que le quedaban para dar un último salto.

El Danzante de la Espiral Negra que tenía delante captó el movimiento, por supuesto, en la hinchazón de los músculos de la espalda y los hombros. Se preparó para recibir la última y desesperada acometida de Arkady, empuñando su barra con las dos manos como si fuera un bate de béisbol.

Arkady saltó. Su oponente balanceó el bate pero había malinterpretado el salto de Arkady. El arma pasó demasiado tarde y a un metro largo de distancia del lugar en el que la forma de Arkady estaba cortando el aire. La fuerza de su propio ataque hizo que el Danzante girara sobre sí mismo.

Sólo entonces se hizo evidente el propósito del salto de Arkady. No estaba dirigido contra el Danzante que empuñaba la barra ni contra ninguno de los miembros de Lluvia-de-Terror. Con un último ladrido de desafío, Arkady se precipitó con las garras por delante sobre al precipicio.



Largo tiempo cayó Arkady en la oscuridad. Caía a plomo, como una estrella en descenso. Un ángel rebelde arrojado desde los cielos al oscuro vacío. Había tomado las riendas de su destino, había preferido un exilio voluntario a la derrota a manos de sus enemigos. Pero ¿qué había ganado? Caía describiendo una espiral, con la dignidad intacta pero sin saber cuánto tiempo tendría para disfrutar de aquella pequeña victoria, aquella llamarada de desafío.

El viento aullaba en sus oídos mientras caía, burlándose de él por haber huido, por haber dejado a sus enemigos con el control del campo de batalla. Por mucho que lo intentara, no lograba acallararlo a gritos ni dejar de oír sus mofas.

Nueve veces trocaron sol y luna sus posiciones en su eterna persecución. Cada uno de ellos se alzó por encima de su cabeza y a continuación, riendo, descendió pasando a su lado. No respondió a su desafío. Se aferraba obstinadamente a su trayectoria, como si temiera que fuera a perderse si se extraviaba un solo momento de su camino. Como si tuviera algo que decir al respecto. Había tomado su decisión en la caverna, cuando se había zambullido en este reino de viento y vértigo. Y ahora estaba comprometido. Decepcionados, los orbes celestes no tardaron en perder todo interés

en él y reanudaron su juego, dando giros y giros idénticos por el firmamento de las alturas y por el vacío de las profundidades.

Sólo los vientos, siempre presentes, permanecían a su lado.

—Deberías estar muerto —susurraban—. ¿Por qué no te dejas ir? Déjanos las cosas a nosotros. No tiene sentido seguir luchando. Ahora estás en nuestro reino, a salvo. ¿Por qué sigues luchando? ¿Qué hay aquí para que sigas luchando, nuestro bravo y joven guerrero?

No les contestó. No tenía contestación para ellos. Estaba solo con los vientos.

Pareció haber pasado una eternidad cuando los vientos volvieron a ponerlo a prueba.

—Míralo de esta manera —empezaron diciendo, porque el viento siempre es razonable excepto cuando se le provoca—. O bien esta caída va a terminar, de manera repentina y dolorosa, o no va a hacerlo. Y me temo que para ti es lo mismo. Más vale descansar ahora, dejarte ir. Dejar que nosotros nos encarguemos de todo de ahora en adelante.

Nuevamente volvió a negarlos. Tenían razón, por supuesto. Ya había perdido todo deseo de seguir luchando. Estaba vacío, a la deriva, a su merced. Los vientos hubieran podido levantarlo o con la misma facilidad retirarle su favor y abandonarlo a la avaricia de Gaia, el desesperado y eterno afán del amante desesperado.

Quería ofrecerles un trato, algo a cambio de su vida, su libertad. Pero no se le ocurría una sola cosa que pudiera interesarles. Lo único que sabía que querían de él era su voluntad, su rendición incondicional y eso no podía dárselo.

Así que siguió cayendo de cabeza, a través de capas y capas de susurros y tentaciones, temiendo el momento en que aquella caída llegara a su fin, temiendo el momento en que descubriera que no lo tenía.

El viento lo puso a prueba una tercera vez.

—Si te comprometes a servirnos, a mi hermano y a mí —le ofreció—, te salvaremos. Tenemos el poder de hacerlo. ¿Lo dudas? Bien. Ven, hay algo que queremos mostrarte.

Arkady se sintió de repente elevado de un tirón, como si hubiera llegado al final de una cuerda invisible. Gritó al sentir que su cuerpo era obligado de nuevo a aceptar la conocida carga de su propio peso. Casi esperaba que los vientos estuvieran jugando con él, que no fuera capaz nunca más de distinguir las cosas en medio del remolino. Pero mientras dirigía una mirada entornada hacia el corazón de los vientos, con los ojos llenos de lágrimas y teniendo que hacer un gran esfuerzo para enfocar, avistó en la distancia algo que se debatía.

Un ave de presa de plumaje tan blanco que parecía emitir su propia luz describió un giro en el cielo. Pero algo andaba mal. Mientras Arkady observaba, el majestuoso pájaro viró repentinamente y trató de ganar altitud. Era una batalla perdida: los vientos lo habían atrapado ya. Al principio jugaron con él, zarandeándolo de acá para allá, arrojándolo el uno al otro. Y mientras lo hacían iban incrementando su fuerza, hasta alcanzar la de un auténtico huracán. Vio que le arrancaban una pluma de la cola y luego otra. Era un juego cruel y no había dudas sobre su propósito o su eventual desenlace.

—¡Basta! —rugió Arkady pero los vientos se llevaban sus objeciones, las hacían jirones y las desperdigaban en cuanto les ponía voz.

—Dinos lo que ves, cachorro de lobo.

—Sólo veo la crueldad despreocupada de un tirano y un cobarde. ¿Qué ofensa os ha infligido esa criatura? ¿Qué amenaza podría representar para vosotros? Si habéis preparado la tortura

de ese pájaro con la esperanza de impresionarme, habéis fracasado de pleno.

—¿Es que no reconoces a la miserable criatura? —se burlaron los vientos—. A juzgar por tu presunción y jactancia, hubiéramos creído que os conocíais mejor. Mira mejor su plumaje. Es característico, ¿no te parece? ¿No hay nada en su porte orgulloso que te resulte familiar? ¿La curva predatoria del pico o las garras, quizá?

Y entonces, como si se hubiera levantado un velo interpuesto hasta entonces entre la acosada criatura y él, la vio con claridad por primera vez. Era un halcón, de eso no había duda. A pesar de lo difícil que era juzgar cosas tales como tamaño, distancia y tiempo en aquel lugar —en aquel reino apartado de todo punto de referencia convencional— Arkady tuvo de repente la impresión de una abrumadora vastedad. El halcón era tan grande que hubiera tenido dificultades para posarse en una percha tan humilde como la cima de una montaña. Un grito involuntario escapó de los labios del Colmillo Plateado.

—Bueno. Después de todo sí reconoces a tu patrón. Queríamos que comprendieras, que vieras con tus propios ojos, que ni siquiera Halcón puede ayudarte aquí, muchacho. ¿Qué es un mero Halcón comparado con la majestad, la furia, el alcance de los vientos? Nosotros extendemos una mano y Halcón se remonta. Si le retiramos nuestro favor...

Halcón cayó a plomo, como una roca. Arkady se precipitó en su dirección pero ya era demasiado tarde. El noble pájaro había desaparecido, batiendo las alas en vano donde no había nada que las sustentara y profiriendo un graznido desafiante en su caída.

—Tu devoción —le sugirió el viento— tiene un destinatario equivocado. Reconsidérala. Sírvenos y te elevaremos, te llevaremos al umbral del firmamento nocturno y a tu seguridad. Rehúsanos y no volveremos a tenderte la mano, aunque eso

signifique que te hagas pedazos contra el suelo de la misma Malfeas. Que las consecuencias recaigan sobre tu cabeza.

No necesitó muchas deliberaciones para llegar a una conclusión. Claro que, a decir verdad, las deliberaciones nunca habían sido lo suyo.

—Idos al infierno.

—Una interesante elección de palabras —dijo el viento mientras lo soltaba. Al instante, su cuerpo reemprendió su caída en picado—. El infierno... está acercándose solo.

Arkady sintió de repente el peso de la roca a su alrededor, sobre él, pasando a su lado desde todas direcciones. La sensación de encontrarse en un vasto espacio abierto desapareció. En su lugar, Arkady se encontró con otra de claustrofobia y un viento opresivo y caliente que le azotaba el rostro. Olía a humo, queroseno, productos químicos y cosas aún peores. Vio una luz allí, muy por debajo de él, un resplandor malsano que se hacía más intenso y firme a cada momento que pasaba.

Pero había algo más. Al principio Arkady creyó que se trataba simplemente de otro de los fuegos que ardían allá abajo. Pero no tardó en darse cuenta de que se trataba de algo diferente, una franja blanca, que no se alzaba desde abajo para salir a su encuentro sino que estaba como él cayendo en picado hacia la oscuridad. Algo dentro de Arkady saltó en su dirección al reconocerlo.

Lanzó un aullido hacia él, tratando de salvar la brecha que los separaba con el tenue cordón umbilical de su voz. Parecía estar cortando la distancia entre la forma blanca que se debatía y él, cosa que no hubiera sido posible de estar cayendo libremente los dos. Pero allí estaba, justo debajo de él, sacudiendo las alas con frenesí, tratando de ganar altitud. Un halcón blanco.

Arkady quería llamar al halcón (¿O acaso era el propio Halcón?) para tranquilizarlo, para hacerle saber que no lo había

traicionado. Pero sus palabras le fueron arrancadas y salieron despedidas hacia arriba.

Entonces, frente a sus ojos, el halcón plegó las alas a ambos lados del cuerpo, se hizo un ovillo y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo.

—¡No! —aulló Arkady. Se arrojó con tanta desesperación contra el pájaro que él mismo empezó a girar y lo perdió de vista mientras trataba de enderezarse—. ¡Espera! No te he abandonado. Los vientos trataron de conseguir que lo hiciera pero no lo hice. No...

La voz que escuchó entonces no llegó hasta él a lomos de los vientos. Más bien parecía venir de algún lugar de su interior.

Era profunda, atronadora y resonaba en sus mismos huesos y lo llenaba con su vastedad.

—Y YO —dijo la voz— NUNCA TE ABANDONÉ.

Era una voz demasiado grande para estar contenida en tan frágil recipiente. Lo recorrió desgarrándolo, buscando una salida. Emergió por su garganta con un aullido desafiante que arrancó peñascos de las paredes rocosas que se extendían a ambos lados de él. Brotó de sus ojos acompañada de una luz ardiente que disipó las crecientes sombras. Floreció en cada una de sus heridas abiertas, que se cerraron y cauterizaron a su paso.

Y lentamente, con paciencia atroz, la voz se desplegó en su espalda herida formando unas alas crepitantes de la más pura de las llamas blancas.

Sexto corrupción

la danza de la corrupción



Arkady despertó, entre toses y arcadas, flotando cabeza abajo en un lago ardiente. Sólo entonces descubrió el último regalo de Halcón, la imposibilidad de recordar los detalles de los últimos y terribles minutos de su caída.

El choque contra la superficie del lago y la inmersión en las profundidades de sus fétidas aguas le había devuelto el sentido. Había tenido la suerte de no emerger directamente bajo uno de los charcos de aceite y lodo mezclados que flotaban en la superficie del lago, ardiendo y despidiendo negras y arrebolados nubarrones.

Desorientado, vomitando a chorros agua sucia y vapores nocivos, nadó hacia lo que esperaba que fuera la orilla más próxima. Pareció tardar una eternidad. Cuando salió al fin de las turbias aguas, le dolían todos los músculos de los brazos y las piernas. Pero era el dolor de un esfuerzo honesto. Arkady no se había sentido tan bien desde que apartara la Piedra de los Tres Días y

entrara en la madriguera olvidada de Gaia en la que moraban los Danzantes de la Espiral Negra.

Una película de sangre y aceite se había pegado a él como una resplandeciente segunda piel. O quizá, en su caso, una tercera piel. Cambió a su forma de lobo y unos regueros densos y oscuros resbalaron sobre su pelaje y acabaron formando un charco in-mundo a sus pies.

No se había alejado ni tres pasos tambaleantes de la orilla del agua cuando se desplomó. Vomitó violentamente sobre el suelo de piedra. Casi de manera inconsciente, reparó en que alguien se había tomado grandes molestias para limar el suelo de baldosas de granito hasta dejarlo im-poluto, perfectamente suave y casi blanco. No les haría gracia su aparición.

Su boca esbozó una amplia sonrisa mientras se la limpiaba con el dorso de una de las zarpas. Tenía la intención de ofender mucho más gravemente a los moradores de aquel lugar antes de que todo acabara.

Todavía a cuatro patas, se sacudió entero y envió una llovizna de líquido negro en todas direcciones. Para su sorpresa, algo o alguien que se encontraba dentro del alcance del malsano líquido se movió bruscamente como respuesta. Al instante adoptó una postura defensiva.

Había una mujer frente a él. Después de haberse apartado apresuradamente, no se encontraba ahora ni a cinco pasos de distancia. Era alta y de porte regio y estaba coronada por una melena de espeso cabello del color de la medianoche, que le caía por toda la espalda. Sus ojos eran muy orgullosos y se clavaban en él, desafiándolo a mirar a cualquier otro lado.

Arkady se irguió trabajosamente y regresó con cierta inquietud a su forma humana, pero descubrió con alegría que por el momento lo sostenía en pie. De pie frente a ella, como un igual,

permitió que sus ojos la recorrieran de arriba abajo y la evaluaran con lentitud. Vestía un largo traje hecho de piel de lobo blanco, algo que hizo que se le erizara instintivamente el vello de la nuca. Podría haber sido un abrigo, al menos en alguien que llevara más ropa por debajo. Puede que una túnica, entonces. Se le abría en la parte delantera para revelar dos pechos diminutos acabados en punta. Y debajo de ellos, seis pezones de color tinto que recorrían su vientre formando dos líneas paralelas.

Ella siguió su mirada y soltó un bufido despectivo.

—Soy Illya, doncella de la Dama Zhyzhak. Y tú eres Arkady, de la Casa de la Luna Creciente.

La inflexión de su voz revelaba que no se trataba de una pregunta. Lo que no estaba tan claro era lo que quería de él.

—Doncella —repitió sacudiendo la cabeza sin apartar los ojos un solo instante de las suaves curvas de su pecho y su bajo vientre. A pesar de la luz imprecisa de las llamas de aceite y la densa humareda que despedían, podía distinguir el cálido rubor de su piel y el fino vello, parecido a la pelusa de un melocotón, que la cubría. Que la cubría por entero sin esconder nada. Una falsa modestia.

—Mi señora me pide que te dé la bienvenida al Templo Obscura —dijo.

Arkady reparó en ese momento en la delicada tracería de finas cicatrices blancas que cubría su cuerpo de un lado a otro.

Aparentemente, la tal Zhyzhak no sólo apreciaba la belleza, sino que también le gustaba domarla. Con visible esfuerzo, Arkady volvió en sí.

—¿Es ella la que te ha hecho eso? —preguntó con voz imperiosa.

La mujer pareció confundida un instante antes de comprender a qué se refería. Cohibida, empezó a taparse con las pieles.

Entonces se detuvo, separó las manos de la ropa y empezó a pasárselas, lenta y parsimoniosamente, por las dos líneas de pezones. Le lanzó una mirada condescendiente.

—Con sus propias manos —dijo con aire desafiante.

—Entonces —replicó él— ya no eres su doncella, Illya. Yo te libero. Ya no estás atado a esa criatura. Puedes irte. Y no tienes que temer que vaya a buscarte; me encargaré personalmente de ello.

Al oír aquella declaración, Illya echo la cabeza atrás y se rió a carcajada limpia: una serie de ladridos lupinos y musicales. Cuando se hubo recuperado, dijo:

—La Dama no me dijo que fueras tan astuto, Lord Arkady. A decir verdad, te ha pintado como un poco tonto y algo más pagado de ti mismo. Pero ya veo que se trataba de otra de sus pequeñas crueldades a mis expensas. Tienes que ser realmente divertido si aspiras a ocupar mi lugar al servicio de la Dama. Yo soy una de sus favoritas.

De repente todo atisbo de alegría había desaparecido de su voz.

—No me has comprendido —dijo Arkady con brusquedad— pero eso no supone gran diferencia. Llévame ante tu señora y resolveré el asunto con ella en persona. He dicho que eres libre y por tanto eres libre. No hay más que decir.

Ella lo observó durante largo rato.

—¿Y por qué iba yo a querer...? No importa. Tengo un mensaje de la Dama para ti. Y también un regalo. Se me ordenó salir a tu encuentro y entregártelos. ¿Vas a permitirme que lo haga? Seguro que hasta tú comprenderás que no puedo ser «libre» hasta que no haya cumplido con el cometido que se me ha encomendado.

—Podrías haberlo mencionado antes —gruñó Arkady.

Ella lo ignoró.

—He aquí tu mensaje: la Dama Zhyzhak te informa de que sabe por qué estás aquí y dice que te esperará en la espiral. Os encontraréis en el quinto giro, que es el círculo del combate.

—¿De veras?

Arkady no logró disimular del todo su sonrisa.

—¿De qué te ríes? —lo desafió ella.

—Sólo estaba pensando que, a juzgar por su mensaje, tu señora no tiene la menor idea de por qué estoy aquí. Pero puedes estar segura de que estaré muy atento por si la veo. ¿Algo más?

—Sí, esto. —Illya sacó un pequeño saco que traía dentro de la piel. Sin dirigirle una sola mirada, se lo arrojó a Arkady a los pies. Cayó al suelo sin hacer ningún sonido apreciable y sin rebotar ni rodar—. ¿Soy libre ahora?

Su sonrisa era burlona.

—Ya te lo he dicho —replicó Arkady mientras se inclinaba para recoger el saco.

Cuando volvió a incorporarse se encontraba a solas. Su aguzado sentido del oído captaba el rumor de unos pasos que se alejaban por el suelo de piedra. No los siguió.

Trató de abrir el cordel que mantenía el saco cerrado. La manipulación delicada nunca había sido su fuerte. La fuerza bruta proyectada sobre un escenario de proporciones épicas... eso era más de su estilo. Era una fuerza de la naturaleza y del destino.

Luchó con el nudo durante un minuto entero antes de extender una garra y, con un único e irritado movimiento del dedo, cortar el cuello entero de la bolsa. La volcó sobre su mano extendida.

Por un momento no ocurrió nada. Podía sentir que había algo dentro, pero fuera lo que fuese se estaba aferrando tenazmente al interior de la bolsa. Presa de una frustración creciente, la sacudió. El contenido se soltó y cayó sobre su mano con un sonido

húmedo. No era un objeto sino dos. Un par de orbes pegajosos, de los que aún sobresalían sendos jirones viscosos de tendones, nervios y sangre coagulada.

Les dio la vuelta en su mano con aire ausente mientras se preguntaba sobre el significado de aquel macabro presente. No fue hasta que estuvieron los dos alineados —con las dos pupilas dirigidas hacia arriba, devolviéndole la mirada— que comprendió lo que estaban haciendo sus dedos. Con esfuerzo, los obligó a detenerse y cerró la mano sobre los ojos para aplastarlos.

¿Qué podía significar aquel presente enigmático? La Dama Zhyzhak lo esperaba en la Espiral Negra. ¿Acaso creía que estaba demasiado ciego para orientarse en aquel reino infernal? ¿Era eso? ¿Se estaba burlando de él?

No había enviado a su campeón a enfrentarse con él sino a una de sus doncellas: una mera chiquilla, un pedazo de relleno de almohada que vagaba por su dormitorio. ¿Pretendía la Dama insultarla con aquella enviada? ¿O se trataba de un mensaje más sutil? Puede que le estuviera ofreciendo a la chica, para tratar de sobornarlo, de apartarlo de su terrible propósito.

Pero si era así, ¿por qué decía la Dama que lo esperaría más adelante, en la misma Espiral Negra? Desde luego no parecía que quisiera apartarlo de su camino.

Arkady sacudió la cabeza. Había demasiadas cosas que ignoraba. La Dama Zhyzhak decía que lo esperaría. Muy bien: que esperara. Arkady no tenía la menor intención de poner el pie en esa espiral.

Si estaba en lo cierto, y todas sus esperanzas dependían ahora de esa posibilidad, no necesitaría adentrarse en la Espiral Negra. Había parecido tan sencillo cuando el Fianna, Stuart Que-Acechala-Verdad y él habían topado con aquella posibilidad desesperada... Arkady recorrería la espiral blanca que discurría entre dos

trazos de la negra y llegaría al mismo destino: el centro mismo del laberinto. Y podría hacerlo sin tener que sufrir el contacto corruptor de la Espiral Negra.

Allí era donde habían fracasado todos sus predecesores. Arkady no fracasaría. No podía permitírselo. Él era el último de un linaje noble y orgulloso: la sangre más pura nacida en una docena de generaciones. Los Colmillos Plateados que habían caído antes que él tenían que ser redimidos. De ese modo sus sacrificios no habrían sido en vano. Todos ellos habían esperado demasiado ya.

La Dama te esperará en la espiral.

—Bueno, pues que espere.

Sin decir más, metió lo que quedaba del horrendo presente en el saco, lo cerró y lo arrojó al lago ardiente, lo más lejos posible.

Eligió a propósito un camino diferente al que había tomado Illya y se adentró al azar en la oscuridad. Illya había llamado a aquel mundo de vacío Templo Oscura, un nombre que normalmente se utilizaba para asustar a los cachorros desobedientes. En los cuentos de las viejas, el templo siempre ocupaba una posición de privilegio entre los más infames caminos al reino de Malfeas y el temido Laberinto de la Espiral Negra.

Pero sin duda le estaban gastando una broma. Arkady no había prestado más atención a esos cuentos que a cualquier otra de las cosas de las que habían tratado de convencerlo sus mayores. Pero en sus recuerdos, el Templo Oscura se erguía como una especie de catedral gótica, llena de nubes de azufre. Si ahora se encontraba de verdad ante el altar en el que los Danzantes de la Espiral Negra acudían para prestar homenaje al Wyrn y ponerse a prueba danzando en dirección a las profundidades de la locura y la corrupción, es que la realidad tenía muy poco parecido con las ideas románticas de su infancia.

Para empezar, no recordaba que se hubiera mencionado jamás una larga caída y la que él había sufrido no la olvidaría en mucho tiempo. Luego estaba el lago de fuego: una omisión escandalosa aun teniendo en cuenta que las viejas que contaban los cuentos no habían tenido ocasión de visitar el lugar. Era la clase de detalles que hubieran debido comprobar.

En los cuentos antiguos, hasta algo tan básico como las dimensiones físicas del templo era objeto de salvajes conjeturas e hipérbolos. Se decía que solamente su nave principal estaba jalonada por sendas filas de lámparas que emitían una luz verdosa y enfermiza, tan numerosas que su ininterrumpida procesión se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Desde donde Arkady se encontraba, sin embargo, no se avistaba luz alguna, cosa que suponía un importante argumento en contra. En aquel momento le hubiera dado la bienvenida incluso a una de aquellas luces, puesto que tenía que escudriñar las sombras con la única ayuda del incierto resplandor que despedían las llamas humeantes del aceite ardiente.

Recordaba con toda claridad las (sospechosamente ausentes) lámparas que emitían incesantemente lava y otros efluvios y que hubieran sido algo digno de verse por sí solas, aun sin tener en cuenta la supuesta magnitud del espectáculo. Según los cuentos más antiguos, el número de aquellas incandescentes luminarias alcanzaba casi los veinte millares! La historia de Hierro Peter llegaba hasta el punto de contabilizarlas de manera exacta y establecía su número en 19,683.

Pero hasta Arkady tenía que admitir que una cifra tan exacta tenía que ser el resultado de una mera abstracción poética y no del esfuerzo de alguien consagrado a contar la interminable sucesión de lámparas. También era consciente de que 19,683 era, lo que en modo alguno era casual, tres (el número del Wyrn)

elevado a la novena (el número del Laberinto de la Espiral Negra). Y de este modo, con la perspectiva que da la edad adulta para evaluar las cosas amadas de la infancia, el cuento de Hierro Peter quedaba reducido a poco más que una historia de fantasmas con una cuestionable moralina.

No, en aquel lugar nada encajaba. Hasta los testimonios más oscuros coincidían en que el Templo Obscura era un lugar cubierto de intrincados patrones y diseños: glifos de historias capturados por los Danzantes de la Espiral Negra durante sus incursiones contra los Archivos de Plata de los Garou. Pero Arkady no había visto ni tan siquiera un pictograma apresuradamente garabateado sobre las baldosas del suelo.

A decir verdad, parecía como si alguien (o más de uno) se hubiera tomado enormes molestias para frotar el suelo hasta dejarlo impoluto y sin la menor marca. Tanto que Arkady tuvo que concluir que, a lo largo de las eras, varias capas de granito tenían que haber sido sacrificadas con ese propósito. Era como si alguien se hubiera embarcado en un esfuerzo sistemático por erradicar hasta el último rastro de historia o personalidad de la vasta cámara.

Llevaba algún tiempo caminando cuando se le ocurrió que debía urdir un plan de ataque mejor. El problema era que sus opciones estaban miserablemente limitadas. Allí en la oscuridad sólo había tres alternativas posibles que seguir. Una, hacia atrás, de regreso al lago de fuego, el único hito visible en el paisaje siniestro de la cámara. Dos, renunciar a su anterior testarudez y continuar en la dirección por la que Illya se había marchado. Esa opción, tenía que admitirlo, estaba ganando enteros en sus pensamientos. Además de las ventajas evidentes que podían derivarse de los favores personales de Illya, ese camino le ofrecería algo parecido a un avance, cosa que en aquel momento le hacía mucha falta.

Arkady sentía un rechazo rayano en lo patológico hacia la idea de la retirada. Se negaba en redondo a deshacer su camino cuando tenía otras alternativas, aunque fueran tan desesperadas como arrojarse de cabeza contra varias docenas de enemigos armados. Además, era bastante posible que Illya regresara directamente junto a su señora para informarla, lo que le permitiría al menos encaminarse de manera aproximada hacia al Laberinto de la Espiral Negra. Cosa que no podía decirse de su rumbo actual.

Pero esta posibilidad seguía sin gustarle. Puede que fuera la idea de ser manipulado por las dos mujeres, de verse conducido por la nariz. La única alternativa que le quedaba era la tercera: seguir vagando a ciegas en la oscuridad.

Reflexionó un momento. Si dejaba el lago ardiente a sus espaldas y caminaba en línea recta, alejándose directamente de él, más tarde o más temprano se encontraría con un muro. Por muy vasta que pudiera ser aquella caverna.

Y si había otras puertas aparte de la que había utilizado para llevar a cabo su precipitada entrada, estaba seguro de poder encontrarla si seguía el muro el tiempo suficiente.

De modo que, puede que por pura testarudez, eso fue lo que hizo. Le parecía que había estado corriendo horas, si no días, cuando al fin topó con algo en la interminable oscuridad. No podía estar seguro de haber caminado en una línea tan recta como pretendía. La luz de los fuegos de aceite seguía a su espalda, aunque ahora había remitido hasta quedar reducida a poco más que al alfilerazo de una estrella solitaria en el vasto dosel del cielo nocturno. Por supuesto, la luz seguía *pareciendo* encontrarse a su espalda, pensó enfurecido. Lo mismo que si hubiera vagado borracho desde su punto de origen. Sencillamente, allí no había otro punto de referencia.

Una vez que estuvo seguro de haber recorrido mayor distancia de la que podía contenerse en el edificio más grande imaginable, adoptó su forma lupina. No sólo podía viajar más deprisa de aquella manera, sino que podía marchar al trote casi indefinidamente sin cansarse.

Y así fue como, cuando al fin hubo un sutil cambio en la oscuridad que se extendía frente a sí, no lo descubrió chocando de bruces con él, como seguramente le habría ocurrido de haber estado en forma humana. Incluso en aquella oscuridad casi total, sus aguzados sentidos de lobo detectaron el cambio, como un aumento de la solidez en las tinieblas. Un nubarrón de tormenta que se formaba en el horizonte, que se hinchaba y crecía agolpándose sobre sí mismo.

Arkady frenó su carrera hasta convertirla en un caminar cauto. Describió un amplio círculo hacia un lado. Tras comprobar que se encontraba con la misma resistencia, dio media vuelta para probar en dirección contraria. El ominoso nubarrón volvía a estar allí, frente a él. Discurría en una línea ininterrumpida, tan recto como un plomo, hasta donde alcanzaba su vista. Así que, pensó Arkady, había topado con un muro. O al menos lo que en aquel lugar hacía las veces de un muro.

No era un muro convencional; no había nada sólido en él. No estaba hecho de bloques de granito pulido como el suelo. Arkady se acercó unos centímetros, lo olisqueó y resopló. Era difícil decir qué material lo formaba. Volvió a adoptar su forma Homínida para ver si unos ojos acostumbrados desde la niñez a encontrarse con artefactos hechos por la mano del hombre podían encontrarle algún sentido a aquella barrera.

Es un tópico errado el de que los sentidos humanos son inferiores a los de los demás animales. Arkady, en cambio, sabía que así como hay muchas cosas invisibles para los sentidos humanos y

que resultan obvias para los de un lobo, lo contrario resulta no menos cierto. Existían ciertas experiencias que sólo podían percibirse a través del filtro de las percepciones humanas.

Cuando Arkady cambió, el muro pareció hacerlo igualmente, imitando hasta el último de sus movimientos como si lo estuviera acechando. Adoptó su nueva forma con la rapidez de un cepo al cerrarse sobre su presa. Arkady retrocedió tambaleándose y tuvo que sacudir los brazos para no caer al suelo.

El muro no parecía ya un banco impenetrable de nubarrones en proceso de formación, una línea nebulosa que señalaba la frontera exterior tras la que una Gaia benigna permitía que asomara su aspecto más siniestro. A sus sentidos de lobo, el muro se le había antojado el último puesto avanzado de la protección y el cuidado de la Madre. Más allá, se daba rienda suelta a una furia incomprensible y ajena a toda razón: el reino del aullante aislamiento, la locura y la pérdida.

No sólo era peligroso cruzar la barrera, era casi impensable que un lobo decidiera hacerlo. Sólo los enfermos, los gravemente heridos o aquellos cuyo espíritu había sucumbido abandonarían voluntariamente la comunidad de la manada para buscar la aguda soledad de la oscuridad exterior.

Para los sentidos humanos, sin embargo, el muro tenía un aspecto diferente. No era una presencia sino más bien una ausencia. Era como si algo que hubiera debido de estar allí no estuviera de repente. La sensación no era agradable: una mezcla de desorientación y aprensión que provocaba náuseas. Ponía instantáneamente a prueba los nervios.

Enfurecido, Arkady sacudió la cabeza para aclararse los pensamientos. La idea era ridícula, por supuesto. ¿Cómo podía percibirse una ausencia? ¿Cómo podía verse algo que no estaba

allí? Y sin embargo, de alguna manera, era precisamente eso lo que estaba experimentando.

El muro jugaba con sus expectativas y las frustraba. Tuvo la impresión de haber llegado a casa de noche y haberse dado cuenta mientras buscaba las llaves en los bolsillos de que habían echado la puerta abajo. Arkady se quedó allí contemplando la vacía extensión del muro, temiendo lo que pudiera encontrar más allá.

Lo que más lo perturbaba era la sensación de incompletitud que lo rodeaba. El muro parecía una obra en marcha, aún sin terminar pero avanzando ya hacia una forma final que sólo podía intuirse vagamente con lo que había a la vista. Empezó a crisparle los nervios ya inquietos, como una canción o una historia repetida hasta la saciedad con la perpetua omisión de su última línea.

Entonces comprendió que el muro no era algo que estuviera atrapado en el proceso del ser sino más bien algo que se encontraba en pleno proceso de dejar de ser. Era una verdad sistemáticamente refutada. Una canción que nadie cantaba. Una historia borrada, palabra por palabra, desde el final hasta su principio. *Érase una vez...*

La mente de Arkady acudió de inmediato a los dibujos e imágenes que había visto en los Registros de Plata de su pueblo. Mitos y recuerdos tan potentes, tan vitales, que no podían ser grabados en un elemento menos duradero que la roca sólida. Historias talladas en los corazones de las montañas.

Pero allí, en un nivel más primario, más profundo aún que las raíces de las montañas, las historias estaban siendo descontadas. Separadas en sus fragmentos más básicos y desperdigadas. Divididas como si fueran átomos y con resultados igual de calamitosos e irreversibles.

Aquél era el Cementerio de Elefantes, comprendió con repentina claridad. El lugar en el que las historias más viejas, los

cuentos antiguos que conformaban la historia, la cosmología, la religión de los Garou, iban a morir. Para tenderse y ser olvidados.

Fue entonces cuando Arkady comprendió con qué fin había sido construido y consagrado el Templo Obscura. Refutar todo cuanto los Garou tenían en alta estima: era la contrapartida y completa negación del amado Registro de Plata. Aquél era el agujero por el que las historias salían del mundo.

Séptimo círculo

la danza de la lealtad



No hubiera podido decir cuánto tiempo permaneció allí, contemplando hipnotizado el juego de las sombras frente a sus ojos mientras los últimos recuerdos de valientes conquistas y cobardes traiciones —cuentos que habían definido a su pueblo y le habían dado sentido a sus esfuerzos, sus sacrificios— abandonaban el mundo.

Él era el último testigo mudo, una audiencia de uno solo. Como si el curso entero de la historia no fuera más que un espectáculo de sombras chinescas desarrollado para su beneficio privado. No podía apartarse de él. Lo mantenía allí, paralizado y tembloroso. Apenas se atrevía a respirar o incluso a pestañear, no fuera a perderse algo en aquella fracción de segundo que nunca pudiera volver a ser recuperado.

Sentía lágrimas calientes en la cara. Hubiera podido gritar con todas sus fuerzas. Pero a pesar de sus súplicas, no había pausa en el proceso de condenación de imágenes y canciones. No era su propia vida, sino las vidas de incontables otros las que se

encendían con un último parpadeo delante de sus ojos y a continuación desaparecían. Perdidas para siempre.

Echó la cabeza atrás y lanzó un aullido y, desde algún lugar de la oscuridad que se extendía frente a sí, su grito recibió respuesta. No un aullido de desafío, como había sido el suyo, por una orgullosa y noble tradición que se le estaba escapando a toda velocidad de entre los dedos. El sonido que volvió a él desde la oscuridad era como un eco absurdo. Un pequeño sollozo roto. En la voz de una niña pequeña, perdida y sin esperanza de encontrar jamás el camino de regreso a la luz.

Arkady reconoció la voz al instante y la sorpresa logró llegar hasta su interior y lo obligó a apartar la mirada del muro del Templo Obscura.

—Sara —exclamó—. Sara, ¿dónde estás?

La vocecilla se convirtió en un gemido y a continuación quedó en silencio. Arkady volvió a adquirir su forma lupina. El frente de tormenta volvía a estar delante de él y se movió de costado para alejarse de su furia. Podía descargar en cualquier momento y no quería verse atrapado en el diluvio.

Su aguzado oído no tuvo dificultades para captar el sonido de unos sollozos contenidos y se dirigió hacia él a la carrera. Volvió a llamar a la niña, pero esta vez su voz fue una serie de rápidos e imperiosos ladridos, las eficientes señales de una manada que se dispersa para buscar al cachorro perdido. Una parte lejana y humana de su mente se encogió al escuchar el sonido, consciente de que sólo lograría asustar aún más a la niña.

Seguía aún muy lejos pero costaba decir si con su carrera se estaba acercando a su posición o meramente a un lugar en el que los ecos de sus gritos estuvieran rebotando en uno de los muros. Arkady no podía más que confiar en que se estuviera acercando y no alejando.

Al poco tiempo, se encontró cambiando de dirección, primero hacia un lado, luego hacia otro. En ocasiones, el puntito lejano de luz que suponía que era el lago de fuego (y no sólo una imagen irreal que se proyectaba sobre su retina) estaba a su derecha; otras veces parecía estar delante de él o incluso a su izquierda. Con una sensación de desaliento en el estómago, se dio cuenta de que no había razones para dar por hecho que existiera sólo una fuente de luz en el Templo Obscura. Las luces que había avistado podían provenir de varias direcciones diferentes, podían ser antorchas o fogatas o reflejos de la lejana luz del sol colándose por alguna grieta del techo. Puede que el templo fuera tan gigantesco que no contuviera uno, sino varios lagos ardientes. Volvió a recordar la leyenda de las veinte mil lámparas de luz funesta que jalonaban el interior del templo y maldijo en voz alta.

El problema, pensó, de utilizar un cuento como guía no es que los cuentos no suelen decir la verdad. Es lo que no cuentan.

Arkady cerró los ojos y se concentró en el sonido. Sólo en el sonido.

Puede que los detalles de los cuentos antiguos no importasen en realidad, pensó. Puede que a las palabras les ocurriera lo que al sentido de la visión allí en la oscuridad. Que se embotaran y perdieran fiabilidad. Puede que lo único que importase fuera el sonido. El ritmo de las palabras. Su continuado subir y bajar, como el familiar ritmo del movimiento de cuatro patas avanzando sobre un suelo de granito.

Puede que allí no importara nada lo que se dijera, pensó, sino más bien la intención con la que se pronunciaran las palabras. Echó la cabeza atrás y volvió a aullar, desafiante. Ella estaba allí, en alguna parte. Y ni siquiera una oscuridad tan vasta y tan completa como aquella podría interponerse entre ambos.

Sin embargo, lo único que obtuvo su nueva llamada fue un débil chillido de terror.

—¡No! —dijo la distante vocecilla—. Vete. Déjame sola. No me hagas daño. No me hagas daño otra vez.

Era como una letanía. La chica repitió las palabras una vez tras otra hasta que perdieron todo significado. Hasta que sólo quedó la inflexión, el ritmo de su cadencia.

Arkady acomodó su paso a él y redobló sus esfuerzos en un arranque de velocidad que hizo que el corazón le martillase contra las costillas. Y entonces, inesperadamente, la encontró frente a sí. Una cosilla hecha un ovillo en el suelo. Con las rodillas apretadas contra el pecho. Se mecía lentamente adelante y atrás y el ritmo cantarín de sus movimientos era idéntico al de su letanía de negaciones y al del movimiento de las cuatro patas de Arkady.

Frenó bruscamente su marcha, tratando de aferrarse con las uñas al suelo de granito pulido. Iba a chocar con ella, como una ola al romper en la costa. Como una tormenta que descarga sobre la tierra. Y la destrozaría completamente.

Con una violenta sacudida, arrojó su corpachón a un lado, dio un salto y pasó por encima de ella. Una de sus enormes zarpas estuvo a punto de desgarrarle la cara. Se detuvo al fin y giró sobre sí mismo, temiendo volver a perderla en la oscuridad. Pero estaba allí, tal como la había dejado, meciéndose adelante y atrás mientras susurraba con voz queda.

Arkady se le acercó con cautela, como si temiera que el sonido de su voz bastara para hacerla huir. Para desperdigarla. Como si pudiera disolverse en la niebla y la oscuridad sin dejar ni rastro.

—Sara —susurró cuando estuvo más cerca. El sonido fue apenas un gruñido. Se detuvo, por completo, con una pata en el aire. Temiendo terminar de dar el paso. Lentamente, volvió a adoptar su forma humana. Confiaba en que no fuera tan aterradora.

Andando sobre las manos y las rodillas se acercó un paso más y a continuación se sentó en el suelo, a menos de tres pasos de distancia. A tan corta distancia, el temor a que se esfumara sin más, dejándolo solo de nuevo, remitió.

—Sara —repitió, con más confianza esta vez. Trató de hacer que su voz fuera reconfortante, sabiendo que hasta el sonido que salía de su garganta humana, templado por los años de mando en el campo de batalla, podía bastar para aterrorizar a una niña pequeña.

Ella no levantó la mirada ni se quitó las manos de la cabeza.

—Deberías habérmelo dicho —y entonces, inesperadamente, se contradijo a sí misma—. Aunque me lo hubieras dicho, no te habría creído. ¡Bres un mentiroso!

Esto lo cogió desprevenido.

—Lo... lo siento. Yo... —Estaba tratando, con resultados desiguales, de seguir el rastro de la hebra laberíntica del dolor de la niña y su acusación—. No te abandoné a propósito. Estaba tratando de defenderte pero eran demasiados. Me derribaron. Se me llevaron a rastras...

Ella no lo creía. Alzó la cabeza para mirarlo y las palabras de Arkady murieron en su garganta. Emitió un sonido que era en parte una maldición y en parte un jadeo entrecortado.

—Dijiste que no me harías daño... Que nadie volvería a hacerme daño. Nunca. Y luego me dejaste allí sola. Te odio.

Las palabras dolían pero Arkady no podía concentrarse en ellas. Estaba contemplando con horror e indignación lo que le habían hecho a la niña.

—Oh, Sara... —dijo y entonces le falló la voz—. Lo siento tanto...

Tenía las mejillas manchadas de polvo, sangre y lágrimas. Había tratado de limpiárselas, muchas veces por lo que parecía,

pero siempre había más. Lo miró directamente con la cabeza inclinada en un gesto desafiante. Arkady apartó la mirada. No podía soportarlo.

Donde habían estado los ojos de Sara, sólo había ahora la piel de los párpados, extendida tan tensa como un pergamino sobre las cuencas oculares vacías y hundidas. Alguien se había tomado la molestia de coserle los párpados con una gruesa y negra hebra de tripa de gato. El trabajo era metódico y preciso: nueve pulcras puntadas mantenían cerrado cada párpado. Puede que la carne enrojecida e hinchada que rodeaba cada una de las puntadas llegara a curar algún día pero nunca habría ninguna duda sobre lo que le habían hecho.

Arkady no pudo seguir conteniéndose.

—¿Quién te ha hecho eso? —gruñó.

—¿Y a ti qué más te da? —repuso ella—. No te importa. Eres igual que ellos.

—He dicho que quién te ha hecho eso —ladró. El restallar de látigo de su voz hizo que ella levantara bruscamente la cabeza.

—¡Tú! —le chilló. No hubiera podido ver cómo echaba él la mano atrás pero puede que la sintiera al pasar. Apretó la mandíbula y la levantó con aire desafiante. Pasaron los momentos, pero el golpe no llegó.

—Voy a atrapar a quien te hizo eso. Me lo quieras contar o no, llegaré hasta ellos —dijo Arkady mientras trataba de no perder los estribos—. Pero no consentiré que te quedes ahí diciendo que fui yo quien te hizo eso. ¿Me comprendes? Alguien te ha hecho daño y va a pagar por ello. Y ahora dime, ¿puedes caminar? Tenemos que llevarte a un lugar seguro, dondequiera que esté.

—¡No! —Sus manos lo buscaron a tientas, tratando de hacer que comprendiera, de sacudirlo hasta que se diera cuenta de lo

que ocurría—. No. Tienes que prometérmelo. No me apartes de tu lado. No me...

—Entonces responde a mi pregunta. ¿Quién te ha hecho eso?

Por un momento pareció que iba a seguir discutiendo. Entonces todo espíritu de resistencia abandonó su cuerpo. Se encorvó y escondió la cabeza entre las manos.

—La Dama —dijo—. Fue la Dama Oscura. Ahí lo tienes, ¿estás satisfecho? Y ahora, ¿se lo vas a hacer pagar a *ella*? ¿Tú?

—Sí.

Una mezcla de esperanza y asco se dibujó en sus facciones.

—Mentiroso —murmuró, pero sin el veneno ni la convicción de antes.

Al cabo de un rato, él le preguntó con voz amable:

—¿Quieres contarme lo que pasó?

Al principio pareció que iba a negarse o a gritarle de nuevo, pero finalmente las palabras brotaron de su boca en una riada sollozante.

—Dijo que lo único que me había pedido era que esperara. Nada más. Y que hasta eso había conseguido hacerlo mal. ¿Por qué no me lo dijiste? —Había una nota de súplica en su voz.

—¿Por qué no te dije el qué? No comprendo.

—Hice todo lo que me pidió. Esperé. Esperé muchísimo tiempo. Pero no vino nadie. Solo otros como tú. Los de pelaje blanco. Los que bajaron a la carbonera y se volvieron como los perros chamuscados. Todos esos años sin que viniera nadie...

Arkady no podía dar crédito a sus palabras. ¿Estaba diciendo que otros hermanos suyos, otros Colmillos Plateados, habían seguido su mismo camino recientemente? Parecía muy poco probable. En contra de su voluntad, sus pensamientos acudieron a Albrecht. ¿Había, logrado adelantársele su rival? ¿Pretendía robarle una vez más una gloria que le pertenecía por derecho?

No, eso era ridículo. Albrecht se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Sin duda, en el Protectorado de la Tierra del Norte, sentado como un sapo viejo en el trono de Jacob Morningkill. Un trono que no le pertenecía.

¿Quién entonces?

Entonces reparó en algo que la niña había dicho.

—¿Todos estos años? —repitió sacudiendo la cabeza. Al darse cuenta de que ella no podía haber reparado en su gesto, se detuvo. Pero lo cierto era que no podía tener mucho más de siete años.

»¿Qué edad tienes, Sara?

La niña enderezó la espalda y se secó las lágrimas con el dorso de una mano mugrienta.

—Diecisiete —dijo, con una expresión que parecía desafiarlo a contradecirla.

A pesar de sí mismo, se rió en voz alta.

—¿Y tú me llamas *mentiroso*? No soy tan viejo como para haber olvidado el aspecto de una persona de diecisiete. Tú tienes siete como mucho.

Sara sacudió la cabeza con aire testarudo e hizo un ruido con la garganta que expresaba a las claras que él no sabía nada de nada.

—Diecisiete —repitió, pero entonces cedió un poco—. Al menos según mis cuentas.

—¿En qué años naciste? —preguntó, tratando de pescarla.

—No lo cuento desde el año en que *nací* —dijo ella—. Nadie recuerda el momento de su nacimiento! Lo cuento desde el momento en que llegué aquí. Y así son diecisiete.

—Muy bien. —Levantó las manos—. Concedido. ¿Puedes decirme al menos cómo has llegado hasta aquí? ¿Por dónde viniste?

Sin pararse siquiera un momento para pensarlo, Sara señaló a su izquierda.

—Es un camino tan bueno como otro cualquiera, supongo.

Alargó el brazo y le cogió la mano. Ella trató de resistirse pero Arkady se mantuvo firme.

—Ahora que he vuelto a encontrarte, no te dejaré marchar tan fácilmente.

—Puedo arreglármelas sola. —Se levantó—. Vamos, pues, si vas a venir.



Conducido por ella, se adentró más aún en la oscuridad del Templo Obscura. Arkady estaba impaciente por llegar a su destino pero se obligó a acomodar su paso al de Sara, que marchaba lenta y penosamente arrastrando los pies. Era algo demencial.

En su forma lupina hubiera podido avanzar corriendo y explorar en todas direcciones. Alejarse un momento y volver a su lado un centenar de veces. Pero no se apartó de ella.

—¿Estás segura de que es por aquí? —preguntó después de una eternidad de moroso avance por la oscuridad infinita.

Sara asintió y entonces, al darse cuenta de que era poco probable que él hubiera captado el gesto, se aclaró la garganta y dijo con voz áspera.

—Sí. Está justo delante de nosotros, pero todavía falta un trecho largo. ¿Es que no lo oyes?

Arkady inclinó la cabeza a un lado, un gesto distintivamente lupino.

—No —admitió después de un rato—. No oigo nada.

—No digo si lo oyes con las orejas. Digo si lo oyes con el espíritu. Y nunca oirás nada si sigues corriendo de un lado a otro así. Estate quieto.

Arkady estaba a punto de decir que ya estaba quieto. Que había dicho que no iba a dejarla y no lo había hecho. Entonces comprendió que lo que ella decía era cierto. Hasta el último músculo de su cuerpo estaba tenso. En su espíritu, se alejaba de ella hasta alcanzar el final de la hebra de su deber y a continuación regresaba corriendo. El flujo y reflujo de este movimiento era incesante, como la marea. Exhaló ruidosamente y trató de obligar a sus nervios a relajarse.

—Extiende el brazo como si fueras a entrar en el mundo de los espíritus. Sólo que no te vayas a ninguna parte. No te atrevas a ir a ninguna parte. En este lugar no volverías a encontrarme nunca. Sólo extiende el brazo y toca la membrana que separa los mundos. Escucha el latido que viaja por ella. El sonido de las cosas que van y vienen.

A Arkady no se le ocurrió cuestionarla, preguntarle cómo había llegado a saber esas cosas, cómo había adquirido, en especial, el don único de los Garou de penetrar en el mundo espiritual. Cerró los ojos e hizo lo que ella le decía... y se encontró cayendo en picado hacia el nubarrón que había visto antes, la ominosa frontera exterior del Templo Obscura.

Todo cuanto lo rodeaba cambió repentina y dramáticamente. En lugar de la impenetrable oscuridad del Templo, Arkady se encontraba ahora sumergido unas aguas embravecidas que lo zarandeaban de un lado a otro. Tenía la ropa empapada y las piernas, entumecidas desde los muslos hacia abajo, sumergidas en aguas gélidas.

El estruendo de las aguas encabritadas le llenaba los oídos. El sonido hizo que se tambaleara y estuvo a punto de derribarlo. De alguna manera logró permanecer en pie y avanzó otro paso tembloroso. El suelo se inclinaba traicioneramente hacia abajo. Extendió el brazo hacia Sara para impedir que se viera arrastrada

y alejada de su lado en el remolino, pero ella ya no se encontraba allí. Lanzó una mirada desesperada a su alrededor y creyó ver, a cierta distancia, una melena blanca que desaparecía bajo las aguas oscuras.

Nadó en aquella dirección, levantando con sus poderosos brazos auténticos muros de agua a ambos lados de sí. Gritó su nombre, una vez tras otra. Pero las aguas se habían apoderado de él y lo estaban alejando del punto en el que ella había desaparecido. Llevándosela de su lado. Batió las piernas con todas sus fuerzas tratando de oponerse a la corriente pero sus esfuerzos fueron completamente inútiles. Las aguas lo zarandearon y le dieron la vuelta, se lo llevaron cada vez más lejos y cada vez más hacia dentro, hacia el centro mismo de la espiral.

—¡Sara! —exclamó, y se vio recompensado con un trago de agua en sus pulmones. Buscó con la mirada cualquier señal de ella mientras la corriente volvía a llevarlo cerca del lugar en el que había desaparecido. Con un esfuerzo supremo, buscó el fondo con los pies, lo encontró y se vio arrastrado de nuevo, hacia delante, hacia dentro.

Comprendió entonces que no serviría de nada detenerse allí, aunque lograra asirse a alguna parte. Sara ya no estaría allí. Ahora estaría más adentro, más abajo.

Reuniendo todas sus fuerzas para hacer un último intento, Arkady se dispuso a lanzarse hacia el centro del remolino y batió las piernas en dirección a su corazón. Si podía encontrarla en algún lugar, sería allí...

El pensamiento se vio interrumpido de repente por algo que le tocaba el hombro, un tronco de árbol arrancado por la marea, quizá, u otra víctima hinchada. Y descubrió que se había quedado pegado a ese algo, fuera lo que fuese. Lo apartó de un empujón y descubrió que su peso lo estaba arrastrando bajo la superficie de

las aguas tempestuosas. Tenía que soltarse antes de que lo ahogara. Se revolvió, empujó, tiró. Trató de levantar los pies para apoyarlos en la cosa, al mismo tiempo que intentaba llegar al corazón del remolino, la boca del embudo en la que confluían y chocaban todas las aguas. Y, presumiblemente, donde eran drenadas a través de algún sumidero subterráneo que no estaba a la vista. El lugar al que Sara debía de estar precipitándose.

Y entonces, de repente, se vio libre y cayó con una fuerza que le arrancó todo el aire de los pulmones, sobre el suelo de granito del Templo Obscura. Sara estaba junto a él, en la oscuridad, agarrándole el hombro con una mano diminuta.

El mortal remolino se había esfumado tan deprisa como había aparecido; ni siquiera tenía la ropa mojada.

—Te dije que no fueras a ninguna parte —lo acusó y, a continuación, satisfecha aparentemente al comprobar que no iba a desaparecer de nuevo, lo soltó.

Arkady maldijo y vomitó, tratando de expulsar un agua que, sencillamente, no estaba allí.

—¿Estás bien? ¿Dónde demonios estaba ese lugar?

—Este lugar —dijo ella—. Son el mismo lugar. ¿Cómo lo has llamado? El Cementerio de Elefantes. El lugar en el que...

—El lugar en el que el mundo pierde sus historias en una hemorragia. —Entonces se dio cuenta de lo que había dicho ella—. Eso nunca te lo dije! ¿Cómo demonios lo has sabido?

Y entonces lo vio y todos sus pensamientos sobre Sara y lo que ella supiera o dejara de saber fueron expurgados por completo de sus pensamientos.

Hasta este momento preciso, no hubiera podido decir qué era exactamente lo que esperaba encontrar en aquel lugar. Una espiral trazada con rastros de fuego o grabada en el suelo. Un mosaico de teselas de granito formando el contorno del infame laberinto

de nueve giros. Cualquier imagen que, en su inocencia, hubiera albergado en el fondo de sus pensamientos le fue arrancada violentamente en aquel momento.

Maldijo. Era vagamente consciente de la presencia de Sara junto a su hombro. Sintió el estremecimiento que la sacudió también a ella a pesar de que, en su ceguera, se había librado del impacto total de la pesadilla que se alzaba temblorosa delante de ellos.

—Te lo dije —susurró, con una voz aguda rayana en la histeria—. Te dije que no fueras a ninguna parte.

La espiral no era un patrón decorativo trazado en el suelo de piedra del Templo Obscura, era un paisaje en sí misma. Era tan vasta que la mente no podía abarcarla en su totalidad. Arkady sintió que una ola de vértigo rompía sobre él. Cerró los ojos tratando de contener las ganas de vomitar.

En algunos sitios se elevaba y su senda describía el arco abovedado del techo de una catedral cerniéndose sobre ellos como una víbora preparada para atacar. En otros se sumergía bajo lo que hubiera debido ser el suelo y desaparecía en alguna región de una nada aún más profunda.

En vano, trató de seguirla con la mirada, para ver dónde —si es que lo hacía— volvía a emerger de las profundidades. Pero el vértigo lo golpeó con redobladas fuerzas y se desplomó. El intento de captar la magnitud de la espiral de una sola vez se cernió sobre él y fue como si lo cogieran de repente de los tobillos y lo colgaran de un helicóptero. El mundo que conocía dio media vuelta de improviso y se hinchó hasta volverse más grande y más aterrador de lo que jamás hubiera podido creer.

Oyó que Sara se echaba a llorar y caía a su lado, en posición fetal, y supo que cerrar los ojos no servía de nada contra aquello.

El contenido de su estómago se revolvió y lo vomitó sobre el suelo.

—No pasa nada —gimió. Lo había dicho para tratar de reconfortarla pero incluso él había captado el pánico en su voz—. Todo va a salir bien. Tiene que haber un modo de abordar esa cosa. No la mires... —Estaba hablando sin pensar. Cerró la boca tratando de refrenar las palabras, pero ya las había pronunciado—. Lo siento. No quería decir...

Sara no parecía haberlo oído y mucho menos haberse ofendido. Estaba meciéndose lentamente de un lado a otro, al tiempo que musitaba para sus adentros algo que parecía una nana. Arkady no distinguía las palabras pero el ritmo de la canción se enroscaba alrededor de sus nervios y alimentaba su creciente sensación de pánico.

—[Sara!

La cogió por los hombros y la zarandeó pero se detuvo al ver que le estaba clavando los dedos en la carne. El grueso pelaje había empezado ya a brotar por los poros de sus manos, como un enjambre de gusanos albinos retorciéndose al encontrarse de pronto expuestos a la luz del sol.

Sus músculos se tensaron y arrollaron. Las vértebras crujieron y cambiaron de posición con el sonido musical de unas teselas de marfil revueltas. Retrocedió un paso y dejó que Sara cayera al suelo mientras él profería un aullido desafiante.

Sabía que aquello era sólo otra frustración más. No había nadie que destripar, nada que destrozar.

Mientras se volvía hacia la espiral, una imagen atravesó sus pensamientos como un destello y se superpuso a la escena que tenía delante. Era un tosco esbozo a lápiz arrancado de una libreta encuadrada en espiral, la representación hecha por Stuart Que-Acecha-la-Verdad de la infame figura de nueve giros, trazada con

grafito negro sobre un papel blanco con cuadrícula fina de color azul.

La constatación de lo absurdo que resultaba frente a la realidad demencial de la verdadera espiral que se erguía allí frente a sus ojos lo sacudió violentamente.

Sara levantó la cabeza al escuchar el sonido quebrado que escapaba de su garganta. Hasta a Arkady se le antojó el ruido que emitiría alguien que hubiera sucumbido a la histeria. No se había dado cuenta de que estaba riéndose a carcajadas hasta que la reacción de la niña hizo que se fijara. Se detuvo. Puede que los temores de la niña no fueran tan infundados.

Tenía que ser racional. Muy bien, pensó, seré racional.

—Lo único que hay que hacer ahora —dijo, complacido al comprobar que su voz sonaba muy firme—, es dar con la manera de entrar en esa cosa.

Suspiró como si estuviera aleccionando a una manada para un largo viaje. Era fuerte y estaba preparado, preparado para pasar horas —e incluso días— dando vueltas y vueltas alrededor de aquella cosa. Tratando de encontrar una sola hebra suelta de la enloquecedora maraña, el menor rastro de un camino ascendente.

Sara se puso trabajosamente en pie. Aún estaba tratando de bloquear las sensaciones. Arkady obligó a sus ojos a clavarse en la pequeña franja de tierra que tenía justo delante, donde daría el siguiente paso. Sara no tenía tanta suerte.

Todos sus sentidos trataban de compensar su falta de visión. Todos ellos trataban de encontrar un punto de referencia para ayudarla a asentarse. Para demostrarle que todas aquellas cosas eran reales.

La vio luchar, vio que el pánico crecía a su alrededor como las aguas tempestuosas de su visión. Tropezó y cayó al suelo de repente.

—Arkady! —exclamó con voz cascada. Y allí estaba él, sujetándola. Sus piernas se habían quedado sin fuerzas y él la sostuvo allí, a medio camino del suelo.

Sintió que la tierra se inclinaba peligrosamente hacia abajo, hacia el corazón de la espiral. Sintió el peso de las aguas embravecidas que rompían contra sus piernas.

—No —ladró—. No te vayas a ninguna parte. Vas a quedarte aquí, conmigo. Agárrate a mí. Te dije que...

—No sirve de nada. —Tosió y escupió—. No sé nadar. No puedo permanecer a flote.

—¡Una mierda! —gritó—. Concéntrate en algo, en lo que sea. Esa poesía o canción o lo que fuera. ¿Cómo era?

—Ha desaparecido —murmuró ella con aire miserable. Pero él advirtió que ya no seguía tosiendo y escupiendo como si estuviera sumergida en agua hasta el cuello—. Se han hundido. Todas las canciones, las historias, los poemas. Se han hundido sin más. Y han desaparecido por el sumidero del fondo del mundo.

Arkady podía sentir que también ella se escapaba. Por tercera vez. Extendió los brazos hacia abajo de la única manera que conocía para tratar de alcanzarla.

—Lo llamaban Chalybs —recitó Arkady—. Era un nombre fuerte, un nombre de poder. En la Vieja Lengua, las sagradas palabras que se susurraban en las colinas antes de la llegada de las guarniciones romanas, significaba «acero». El Pueblo del Muro le dio ese nombre porque, incluso desde muy joven, las hojas de los guerreros adultos se partían contra su cuerpo.

Tejió el cuento hacia ella como un cordón umbilical, confiando contra toda esperanza en que bastara para alcanzarla.

—La culpa era de su madre. Ya había perdido un hijo; no permitiría que le arrebataran otro. El Pueblo la llamaba Samladah, la Leona Blanca, por su fiereza de aspecto y espíritu. Su rostro

brillaba como una luna vengativa cuando defendía su casa y a sus jóvenes. El Pueblo la reverenciaba e invocaba su protección frente a las águilas de los tótems de las legiones.

Fue el sonido de aquel nombre lo que la trajo de regreso. El nombre que Arkady había oído de sus propios labios. No Sara, sino «sah-lla», la Leona Blanca. La denostada patrona de los Aullantes Blancos. Eran la Tribu Perdida, las primeras víctimas del Laberinto de la Espiral Negra, que habían descendido a la oscuridad que se extendía más allá de la Piedra de los Tres Días. Cuando emergieron de su carbonera, los había cambiado el contacto corruptor de la espiral y ahora eran deformes y negros como la pez. Los cachorros que una vez cuidara se habían convertido ahora en sus torturadores, sus perros chamuscados.

Al oír el sonido de su nombre, Samladah, volvió el rostro hacia la voz que lo había pronunciado y Arkady supo que todavía había una esperanza.

—La Dama Leona de los Páramos era una hechicera formidable. Su magia tenía tres aspectos. Para empezar, era una maestra del arpa y el verso atinado. En segundo lugar, ninguno de los oscuros secretos de la forja le era desconocido. Y en tercer lugar, era muy ducha en el arte del afeitado. Si ella pedía que ninguna hoja cortara jamás la piel del muchacho... vaya, difícilmente hubieran podido negarse.

La niña se precipitó hacia el cordón umbilical de sus palabras, se aferró a su ritmo. Su constante subir y bajar. Se aferró con todas sus fuerzas.

—Chalybs pasó sus primeros años entre las faldas de las mujeres de la Isla del Cristal. Jugaba con los cerdos y buscaba champiñones en la maravilla sigilosa de los linderos del bosque. Trepaba a los manzanos negros y moteados que crecían allí, severos e implacables guardianes que custodiaban el umbral entre

los mundos de los vivos y los muertos. Comía las ácidas manzanas, rojas como la sangre, y engullía sus semillas.

»Desde las copas de los árboles, ambos mundos se extendían frente a sus ojos, desnudos ante su escrutinio. Pero Chalybs tenía sólo ojos para el mundo de los vivos. Le gustaba dirigir la mirada más allá de las aguas tranquilas del lago, donde podía distinguir los campos cimbreantes de trigo, el sonido traqueteante de los carromatos, las volutas de humo que ascendían de las cabañas de los campesinos. Sus ensoñaciones estaban llenas del distante resplandor de la luz del sol sobre el hierro, la hoja del arado cortando la rica marga parda de los campos, la nana del balanceo de la guadaña.

—Mamá, ¿podré cruzar las aguas este año para colaborar en la cosecha? —Era la voz de Sara la que había proseguido con la narración. Como era su derecho ancestral. Enhebrando el hilo de una historia que en justicia le pertenecía a ella.

»Y Samladah se echó a reír y le apartó el pelo de los ansiosos ojos, azules como el acero. «Los granjeros del condado del lago ya tienen manos de sobra, mi querido imprudente. Mi querido y pequeño granjero».

»Chalybs se echó a llorar. «Cuando sea un hombre, cruzaré las aguas y no podrás hacer nada para impedírmelo. Ni tus grilletas de hierro ni tus astutos versos podrán detenerme. Tendré mi propia granja y te mandaré una harina tan fina que no podrás sostenerla entre las manos. Y unos cerdos tan gordos que la balsa cruzará el lago sobre sus espaldas y no al revés».

»Samladah lo acercó a sí y le susurró cuentos de las tierras misteriosas que había al otro lado de las aguas: de plazas de mercado llenas de fornidas campesinas que vendían a gritos sus mercancías. De la magia de las poderosas cercas de madera y de las

piedras que marcaban los lindes. De rosarios de ajo y cebollas colgadas de las vigas.

Poco a poco, empezó a arrastrarse hacia él, luchando contra la corriente.

—Eso es. Ya casi estás aquí —dijo Arkady. La cogió del antebrazo y tiró con fuerza. Era sólida, tangible. Real. Con un último y fuerte tirón, cayó con todo su peso sobre él y se le agarró, temblando y jadeando.

La abrazó en silencio durante largo rato. Al fin, dijo:

—No trates de abarcarlo todo o de encontrarle sentido. Busca algo pequeño para concentrarte, como un sonido. Tu respiración puede valer; mantenla controlada y regular, dentro y fuera, lentamente. O el sonido de tus pasos sobre la piedra, contando el número de baldosas, buscando las grietas con los pies. O podrías tratar de repetir un fragmento de un poema o una historia o una canción una vez tras otra. ☐ hasta recitar la tabla de multiplicar!

Sara asintió, se apartó de él y se incorporó por sí sola.

—Está bien —dijo—. Ya estoy bien. Gracias.

La soltó y dejó escapar otro largo suspiro.

—En realidad —dijo— estaba pensando que tal vez fuera mejor que esperaras aquí. No sé cuánto tiempo tardaré en encontrar el camino al interior de esa cosa, pero puedo ir mucho más deprisa a cuatro patas.

Confundida, ella sacudió la cabeza.

—¿Qué? No... Oh, ya veo.

Guardó silencio. Estaba luchando con algo. Puede que sólo estuviera tratando de controlarse, de escuchar el sonido de su propia respiración. Pero su voz, cuando volvió a hablar, no era más firme. Seguía siendo la vocecilla de una niña aterrorizada de siete años.

—No me dejes aquí.

Arkady maldijo.

»Hablo en serio —dijo ella—. Si me dejas sola...

—No te dejaré —la interrumpió.

—Muy en serio. Me prometiste que no me harías daño, que nadie me haría daño...

—He dicho que no voy a dejarte —repitió—. Vamos, nos espera una larga caminata.

La ayudó a levantarse y juntos empezaron a dar la vuelta a la espiral.

La propia espiral, sin embargo, tenía otros planes para ellos. Arkady captó el movimiento por el rabillo del ojo y lanzó un grito de advertencia. Ya estaba cambiando, preparándose para afrontar esta nueva amenaza. Pero de ninguna manera hubiera podido prepararse para el destino fatal que estaba cerniéndose sobre ellos.

Ante sus ojos, el blasfemo patrón de la Espiral Negra *cambió en su totalidad*.

Arkady sintió que la historia volvía a alzarse en su interior. Algo tan grande —grande a una escala cosmológica— no debería moverse. O, si lo hacía, debería ser con un movimiento tan colosal, tan lento, que resultaría imperceptible para las insignificantes criaturas orgánicas como él. Un movimiento parecido al grácil balanceo de los planetas en la procesión de los equinoccios. Movimientos tan sublimes que habían de ser deducidos en lugar de contemplados.

Este movimiento no era ni grácil ni majestuoso. La espiral se movía con el sonido chirriante del roce de metal. Por supuesto, el crispante estruendo era amplificado hasta una magnitud digna del entrecocar de unas placas tectónicas. El llanto del parto de una montaña al elevarse hacia el cielo.

Sara y él se detuvieron instantáneamente al escuchar el sonido y entonces descubrieron que la espiral estaba girando hacia ellos. Un arco largo y sinuoso se desprendió de la maraña y se extendió a gran altura sobre sus cabezas, preparado para golpear. No pudieron más que contemplar con horror su descenso. Estaban demasiado estupefactos para tratar de apartarse, aunque tampoco les hubiera servido de nada. La colosal serpentina de ónice era más alta que un rascacielos. No había sitio al que huir. No había nada que hacer más que prepararse para un impacto que los obliteraría por completo y reduciría incluso sus huesos a polvo.

La superficie entero del Templo Obscura se inclinó como la cubierta de un barco atrapado en un remolino. La fuerza del impacto había hecho añicos el pesado suelo de piedra y una llovizna de fragmentos de granito cayó a su alrededor. Arkady se vio dando vueltas y vueltas por el aire. Trató desesperadamente de sujetar a Sara pero no lo logró y los dos salieron despedidos de la zona del impacto.

Cayó al suelo con fuerza, se dio un golpe en la cabeza y sintió en la boca el cobrizo regusto de la sangre. Lo único que indicaba que no había perdido el conocimiento era que seguía conservando su forma Crinos. Tras un momento de espera, se precipitó hacia el punto del impacto, un proyectil de pelo y músculo de doscientos cincuenta kilos de peso.

Sólo dirigió una mirada fugaz a la espiral, por si estaba preparándose para golpear de nuevo. Pero luego echó a correr, devorando con la mirada la tierra destrozada que tenía delante. Gritando el nombre de Sara.

Ni rastro.

Escudriñó frenéticamente el suelo, convertido ahora en un paisaje de colinas y canales, consecuencia de la fuerza bruta del

impacto. Al observar la regularidad con la que subían y bajaban, Arkady se acordó de las aguas tempestuosas de su visión.

No se molestó en contar el número de veces que tropezó y se hizo profundos cortes en las espinillas con los bordes afilados como cuchillos de las baldosas de granito rotas. La mayoría de ellas las había partido por la mitad la onda de suelo encabritado y apuntaban hacia arriba como un muro de lanzas preparado para recibir una carga. Otras se balanceaban como si estuvieran borrachas sobre el terraplén apresuradamente erigido.

Arkady ignoró las fortificaciones y siguió buscando.

Estuvo a punto de tropezar con ella antes de haberla visto. Un diminuto gemido escapó de su garganta cuando Arkady apartó los escombros que la habían enterrado casi del todo.

Estaba cantando suavemente para sí, la misma nana de siempre. *Bien*, pensó él. *Sigue luchando*.

—Arriba —gruñó mientras la cogía en brazos. En su forma de guerra, no era para él más que una muñeca de trapo, inerte entre sus brazos—. No tienes nada roto.

Ella empezó a pegarle en el pecho con todas sus fuerzas Golpes directos con todo lo que le quedaba. Apenas los notó. Sonrió, orgulloso de ella por su esfuerzo.

—Bájame. Ahora. Mismo —gruñó ella, puntuando cada palabra con un nuevo golpe. Estaba tratando de pegarle en la cara pero no alcanzaba. La risilla de Arkady la enfureció y desencadenó un nuevo vendaval de golpes—. Bájame ahora mismo!

No tardaría en empezar con las patadas. La dejó en el suelo con la máxima suavidad posible dadas las circunstancias. Ella le dio un último golpe de despedida, una patada en la axila que lo acertó de lleno antes de que la hubiera puesto en el suelo, de pie.

—No vuelvas a tocarme! Nunca! —levantó hacia él una mirada furiosa y, esta vez, Arkady ni siquiera se encogió al ver las gruesas puntadas de tripa de gato. Esbozó una gran sonrisa.

—Bien. Mejor. La última patada justo en el blanco —dijo.

El retumbar de la espiral había cesado. El extremo que había caído delante de ellos estaba inmóvil por completo, sin ni siquiera agitarse.

—Ése es —dijo Sara en voz baja—. Nuestro camino de ascenso a la Espiral Negra. Si es que no empieza a sacudirse de nuevo.

Permaneció inmóvil. La espiral podía permitirse el lujo de ser paciente. Tenía tiempo... todo el tiempo del mundo, de hecho.

Pero Arkady estaba buscando otra cosa. Tenía que haber algo allí. Algo. Stuart Que-Acecha-la-Verdad había dicho que la solución que Arkady buscaba era algo inherente a todo lo espiritual, algo que formaba parte de su misma naturaleza. Era un experimento sobre caras y cruces. En el caso de la Espiral Negra, tenía que haber una espiral gemela: una espiral blanca alojada dentro de la negra. No era solamente posible, era lógicamente necesaria.

Arkady era consciente de que la lógica no era la fuerza principal allí, en el Templo Obscura. Sin embargo, la espiral blanca de Stuart era lo único a lo que podía aferrarse en aquel momento. Sin aquella tenue esperanza, no tendría otra salida que encaramarse a la propia Espiral Negra. Exponerse a su contacto corruptor. Colocarse a su merced como tantos predecesores suyos habían hecho. Como los propios hijos de Sara habían hecho. No se adentraría por esa senda.

Escudriñó la oscuridad tratando de arrancarle sus secretos. Y sí que había algo allí. No era sólo una ilusión provocada por la escasa luz. La propia espiral, más oscura que la medianoche, proyectaba una aguda línea de sombra sobre el suelo de baldosas.

Arkady se encaminó hacia aquella serpentina de sombra, afilada como una navaja.

El extremo final de la Espiral Negra gimió y se estremeció, tratando de liberarse y arrojando una estela de granito destrozado. Pero Arkady ya lo había percibido: el más tenue destello imaginable de luz que afirmaba su existencia en la sombra de la espiral. Se precipitó hacia él antes de que el patrón pudiera volver a cambiar y saltó sobre aquella oscuridad que se extendía entre las espirales de medianoche.

Lo que vio allí lo dejó paralizado. *¡Había un camino, una ruta hacia el interior!* Por vez primera lo vio claramente, en toda su gloria. Hubiera podido reírse a mandíbula batiente al ver que su cuento se convertía en realidad. Pero no tenía ganas de reír.

Lanzó un aullido de frustración y su eco resonó por toda la vastedad del Templo Obscura hasta que la oscuridad se tragó incluso eso, el eco. Sara apareció corriendo a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? —preguntó.

Arkady respondió con voz calmada, llena de resignación.

—Nada. Está ahí, tal como yo esperaba. La espiral gemela.

—¿Entonces qué es lo que pasa?

Le fallaron las palabras, de modo que no pudo más que señalar la senda que se abría ante ellos. Una respuesta que Sara no podía comprender. El camino no era una espiral blanca como la que Stuart y él habían imaginado. Era una vereda de la plata más resplandeciente que pueda imaginarse. Le guiñaba un ojo burlón desde su oscura madriguera.

Arkady sabía que el mero contacto del precioso metal era anatema para todos los de su raza. Cada paso que diera sobre aquella Espiral de Plata sería para él tan dañino como caminar sobre un lecho de fuego. Se imaginó a sí mismo avanzando a saltitos agónicos, obligado a una ridícula imitación de la Danza de la

Espiral Negra. La tenue esperanza que lo había llevado hasta allí, hasta las mismas puertas de Malfeas, lo había traicionado.

Se alzó un rugido triunfante a su espalda mientras el extremo suelto de la Espiral Negra se elevaba a gran altura para darles el golpe de gracia. El golpe piadoso que reduciría la carne y el hueso a fino polvo. Que pondría fin a aquella malhadada aventura de una vez y para siempre.

Arkady sintió sobre sí el peso entero de la espiral, lo notó cuando empezaba su descenso sólo había una manera de escapar. Ni siquiera tenía tiempo de pensar en ello. Podía quedarse allí y permitir que se extinguiera su existencia —que su historia fuera borrada al fin— o podía saltar al único lugar en el que la Espiral Negra nunca podría alcanzarlo. Su propia sombra.

Cogiendo a Sara del brazo, Arkady saltó hacia la Espiral de Plata.

La Espiral Negra se retorció y trató de alcanzarlo de un latigazo, pero ya estaba fuera de su alcance. Desahogó su frustración golpeando el suelo y aplastándolo. Su extremo se hundió en las profundidades de la nada. Arkady abrazó a Sara con fuerza mientras detrás de ellos el suelo se combaba y las baldosas salían despedidas en todas direcciones.

Cayó a cuatro patas y una espantosa agonía se extendió por sus manos, piernas y rodillas. Retrocedió de un salto al instante. Apenas era capaz de soportar el más leve contacto de la Espiral de Plata.

Sara se había incorporado y estaba de pie junto a él, con una expresión de angustia en el rostro. El contacto de la plata no la quemaba.

Arkady, sin embargo, era incapaz de mantenerse inmóvil. Hacerlo hubiera significado darle al dolor la oportunidad de crecer. Tenía que seguir adelante. ¿Pero dónde estaba eso? Sacudió

la cabeza para aclarársela. Era consciente de que se había producido una desconexión fundamental en el momento mismo en que había tocado la Espiral de Plata. La Espiral era discontinua en el espacio y en el tiempo. Arkady estaba ahora aislado, separado del fluir de los acontecimientos, el mundo de las causas y los efectos que lo había albergado desde su nacimiento. Lanzó un aullido de confusión, dolor y frustración pero ningún sonido escapó de su garganta. Al menos, no allí.

Puede que en alguna parte, en otro lugar u otro tiempo, un aullido capaz de estremecer el mundo surgiera de la nada y desapareciera de nuevo. Y gente que él nunca conocería levantaría la mirada y se estremecería ante el sonido de su caída. De la caída en el terror y la nada de una criatura desconocida.

Con una convulsión, se puso en marcha. Desesperadamente trató de ver adónde lo estaban llevando sus pasos. El camino de plata se hundía en un cañón oscuro entre sendos acantilados de escamas negras. Pero no podía distinguir adónde lo estaba conduciendo. Si es que lo conducía a alguna parte.

Si recorrer la Espiral de Plata era así, Arkady no podía imaginar cómo sería hacerlo en la propia Espiral Negra. Era algo inimaginable.

Se revolvió al sentir el contacto de una mano en el brazo, preparado para hacer trizas a cualquier morador de aquel lugar maldito con el que pudiera encontrarse. Pero era Sara.

—Me habías prometido —lo acusó— que no me abandonarías.

—Los he abandonado a todos —respondió Arkady—. Sólo que no me había dado cuenta. Mi familia, mi clan, mi tribu... toda la nación Garou. Ya no soy nada para ellos. Como si nunca hubiera existido.

—No vas —dijo ella con voz imperiosa— a dejarme atrás tan fácilmente. Permití que todos ellos marcharan a la oscuridad solos,

que recorrieran la Espiral Negra y desafiaran a las fuerzas de la misma Malfeas. No pienso volver a hacerlo.

—No soy uno de tus hijos, Samladah. Yo soy de la tribu de Halcón.

Ella se encogió de hombros.

—Yo he visto al halcón volando en círculos sobre mi cabeza. Su camino es un giro, la misma espiral que recorren mis hijos. Igual de alta, igual de baja. No pretendas darme lecciones sobre mis propios hijos.

—Lo siento. No pretendía...

—Eran muy orgullosos, mis hijos. Tan orgullosos... Y yo me sentía muy orgullosa de ellos. Orgullo de madre. Orgullo de leona. Ahora iré y veré con mis propios ojos los lugares por los que han caminado. Hasta encontrar en qué punto de su camino cayeron. ¿Vas a negarme esto?

—No.

—Entonces caminemos. Mira tus pies. El pelaje ya se ha ennegrecido como si fuera brea. Como el de los perros chamuscados. Si nos quedamos aquí mucho tiempo, no te quedarán ni muñones para poder caminar.

Él le devolvió la mirada sin miedo y contempló durante largo rato aquellos ojos ciegos, mientras se preguntaba cómo podría verle los pies y el daño que habían sufrido. Eran unas heridas que ni siquiera sus propios y sobrehumanos poderes de recuperación podrían curar, porque le habían sido infligidas por el contacto de la plata.

Mientras se volvía y reemprendía la marcha, se preguntó si los ojos de Sara llegarían a curarse alguna vez. Ahora sabía que era un ser del espíritu más que de la carne. Pero ¿le crecerían de nuevo? ¿O acaso las heridas infligidas por las manos de sus

propios hijos eran como el contacto de la plata, heridas que nunca se curaban?

Hizo lo que ella le había pedido, seguir adelante, a pesar de que cada paso era una cuchillada de dolor, por la tenue y temblorosa cuerda floja de plata que abría un camino ensortijado entre los giros y bucles de la Espiral Negra.

Octavo círculo

la danza de la paradoja



Arkady y Sara recorrían una senda quebrada de nueve giros, discontinua en el espacio y el tiempo. Destellos de lugares y tiempos lejanos salían de vez en cuando a su encuentro. Pero el auténtico camino, la senda que conducía hasta el mismo centro del Laberinto de la Espiral Negra, los eludía. En algún lugar de aquella maraña estaba la llave que abría el camino, pero ¿dónde? Avanzaban por escenas desconcertantes y cambiantes, como arqueólogos tratando de arrancarle una reliquia a las arenas del desierto.

Aquí estaba Arkady, de niño, en el círculo exterior de la asamblea. Estaba escuchando las palabras de Peter Dos-Aullidos, el narrador del clan. Palabras que Arkady creía haber olvidado tiempo atrás.

—Así como está arriba, también lo está debajo. —Peter Dos-Aullidos alzó el hocico al viento de la noche. Arkady podía sentir cómo se extendía el miedo entre los guerreros allí reunidos como el fuego por los prados secos de las estepas. Su agudo y acre

regusto se te pegaba en el fondo de la garganta, era como una astilla de hueso que no podías tragar ni sacarte de la boca. Un bocado de cenizas.

No darían media vuelta y huirían, estos altaneros guerreros de Gaia. Eran demasiado orgullosos para eso. Eran los mismos di-
entes y garras de la Casa de la Luna Creciente, la más antigua e
ilustre de las casas nobles de los Colmillos Plateados. Su casa. No
sucumbían con facilidad al miedo o la inquietud. Y cuando se
abatían sobre ellos, no lo sufrían con elegancia. Arkady podía sen-
tir cómo se iba larvando la violencia. Un credo de guerreros: ***en
la sangre está la catarsis y la redención.***

Consciente de que su silueta se recortaba contra la pared de
roca iluminada por la luz de la luna, Peter se puso en pie. Todo su
cuerpo era una flecha apuntada hacia la luna, una línea recta y
afilada desde la punta de la cola hasta el hocico levantado. Un
dedo que apuntaba desafiante al firmamento.

El narrador abrió su garganta hacia el cielo y dejó que el viento
de la noche aullara por él, lo utilizara. Dando voz a la atrocidad
que había presenciado y que ya no podía contener.

—Yo canto a la caída de Ojo del Invierno, Señor de la Casa de
la Luna Creciente. Amigo y pariente era para mí, pero cayó en una
tierra distante. Lejos de los suyos, lejos de su hogar. Siguió a los
Danzantes hasta su guarida y allí cayó, en la oscuridad a la que ni
siquiera la luz de su estrella se atrevió a seguirlo. He sentido su
marcha y vosotros también. Haced que corra la voz entre las de-
más tribus. Yo canto a la caída de Ojo del Invierno.

El gran aullido recibió el respaldo de una docena de gargantas
por todo el círculo.

Arkady sabía que ya era demasiado tarde. Lo que estaba
buscando ya no se encontraba allí. Pero Ojo del Invierno había

desaparecido y su preciosa reliquia y su nombre se habían perdido con él. Habían pasado al otro lado, más allá de su alcance.

Arkady maldijo y su madre le dio un pescozón en la nuca.

Sabía que si no podía confiar en sus propios sentidos para hallar su camino por la Espiral de Plata, tendría que confiar en Sara para que lo hiciera por él y la malherida niña no estaba en condiciones de guiar a nadie a ninguna parte. Tendría que encontrar un modo de ayudarla antes de que ella pudiera ayudarlo a él.



El patrón volvió a cambiar y Arkady fue arrancado de nuevo de la continuidad y arrojado a un lugar extraño y un tiempo desconocido.

Estaba en un espacio cerrado, puede que un almacén. Entraba calor por las paredes de aluminio oxidado y el aire era opresivo. Un sol del desierto entraba por la puerta abierta de la zona de carga.

Había una chica frente a él, una guardiana del saber Uktena. Y se estaba riendo de él. Tenía entre las manos una peculiar esfera hecha de huesos entrelazados.

Había llegado a tiempo.

—¿Entonces me rechazas? —le preguntó Arkady con voz imperiosa.

—La última vez que pregunté, eso era lo que significaba «no». ¿O quieres oírlo en las cien voces?

—Muy bien. Estoy profundamente decepcionado.

La hoja de Arkady navegó por el aire y se clavó en el hombro de la Uktena. La esfera salió despedida. Antes de que Amy Cien-

Voces hubiera caído al suelo, el artefacto estaba en manos de Arkady.

—No, no puedes —musitó ella con un hilo de voz.

Arkady levantó la reliquia en su mano y esbozó una sonrisa tri-unfante. Seguramente aquél era un orbe que Sara podría utilizar para guiarlos. Una esfera afinada con la música que acompaña al Wyrn mientras se retuerce en su madriguera. Una hilo de Ariadna para éste, el más terrible de los laberintos.

Pero vio que el tesoro se le escurría entre los dedos. La esfera se estiró hacia adelante en el tiempo, y cada posición ocupada por ella en los siguientes minutos le fue revelada, y supo que también este presente estaba perdido para él.



El patrón cambió una tercera vez. Arkady no reconoció la estancia en la que se encontraba pero sí que reconoció a las tres figuras que la ocupaban.

Era una habitación bastante agradable para ser el dormitorio de una moribunda. Los postigos estaban abiertos y entraba la luz del sol por el rectángulo abierto de la ventana. La luz tenía un tenue pero inconfundible tono verdoso, como si se reflejara en un dosel arbolado. Los cantos de los pájaros que los acompañaban desde el exterior contribuían a reforzar esta impresión.

No se encontraban en el Protectorado de la Tierra del Norte, de eso estaba seguro. Había pasado muchos años allí, viviendo, trabajando y luchando en el dominio de Jacob Morningkill. No había un solo centímetro de aquel territorio que no conociera.

Pero tampoco estaban demasiado lejos. En alguna parte del nordeste de América, pensaba. Nueva Inglaterra, posiblemente.

Salió a la vista de todos y se acercó a la cama, más por lo mucho que echaba de menos la luz del sol teñida de verde que por preocupación por la mujer que descansaba en ella.

Fue una nueva traición. La luz del sol resultó tan áspera como la lana cruda sobre su piel cubierta de ampollas. No había un solo centímetro de su cuerpo que no estuviera en carne viva por culpa de la exposición a la Espiral de Plata. Envidiaba a la mujer que yacía inconsciente en la cama: el lujo de un lugar agradable para morir, de las sábanas blancas, de los amigos a su alrededor.

Mari Cabrah se debatía de un lado a otro, perdida en una lucha interna. Vio que no la habían maniatado. Era una tontería, un sentimentalismo absurdo. Mientras él seguía observando, sus violentas convulsiones estuvieron a punto de tirarla de la cama. No debía de ser la primera vez.

Eran demasiado blandos con ella, siempre lo habían sido. Si ella hubiera estado despierta, no se lo habría agradecido. De haber sido la situación la contraria, de haber sido uno de sus dos compañeros de manada el que estaba tendido en la cama, ella nunca hubiera sido tan débil.

Mari era su fuerza, siempre lo había sido. A pesar de la petulancia de Albrecht y los sermones de Evan, Mari era su centro, tanto físico como espiritual. Se notaba con sólo mirarlos ahora, con sólo ver cómo se les había escapado la lucha de las manos. Cómo aguardaban junto a su cama como viejas, apartando los ojos y hablando entre susurros.

Tenían miedo de abandonarla, miedo de tocarla. Sabían que no podían ayudarla, que no podían hacer otra cosa que presenciar su muerte. Y lo odiaban, odiaban cada segundo que pasaba. Y no podían dejar que terminara.

Y lo que más temían era que si no montaban guardia a todas horas, todo terminara. Y entonces se quedarán solos.

Les está bien merecido, pensó Arkady. *A los dos*. Le hubiera gustado ver cómo se las componía Albrecht estando sólo. Estando solo de *verdad*. No estaba hecho para esto, a diferencia de Arkady. Cedería bajo presión. Evan y Mari eran más que sus compañeros de manada, eran sus piernas, eran lo único que lo mantenía erguido. Aquella *cosa* que se estaba llevando a Mari estaba devorando una de las piernas de Albrecht. Arkady le hubiera cortado gustoso la otra.

El muchacho, Evan, fue el primero en verlo. Lo miró como si hubiera visto un fantasma. Al escuchar el aliento entrecortado del chico, Albrecht se volvió. Maldijo.

En dos rápidos pasos había cubierto la distancia que los separaba, al tiempo que desenvainaba el klaive y un arco mortal de plata cortaba el espacio estrecho que separa a Arkady de la cama dejando tras de sí un halo resplandeciente.

—Aléjate de ella, bastardo. No sé como has entrado aquí...

Arkady sonrió a su antiguo rival. No fue una sonrisa agradable.

—Yo también me alegro de verte, *primo* —dijo, escupiendo la última palabra como si fuera una invectiva.

—Ahórrame esa basura educada. Si intentas aunque sea poner una mano sobre ella te cortaré en dos esa puta sonrisilla de chacal.

Evan llegó en ese momento a su lado y le puso una mano en el brazo del arma para contenerlo.

—Aquí no —dijo—. Ahora no.

Los músculos se tensaron a lo largo de todo el brazo de Albrecht mientras reprimía la transformación en Crinos. Sus ojos no se apartaron de Arkady un solo instante.

Arkady lo ignoró. Le dio la espalda y se acercó a la ventana. En aquel lugar había algo extraño en la luz, era demasiado intensa. Hacía que le dolieran los ojos.

—No estoy aquí por la chica, Albrecht. Si me hubiera gustado, la habría tenido hace tiempo. —Ignoró el grave gruñido de advertencia—. Tenemos cosas más importantes que discutir.

—Sal de aquí de una puta vez.

La voz de Albrecht era un susurro áspero pero tenía su furia controlada.

—Blando —dijo Arkady—. Te has vuelto blando, Albrecht. La Letanía no puede ser más clara a este respecto. ¿Recuerdas lo que dice? No toleres a los perezosos ni a los heridos en tiempos de guerra...

—No me des lecciones sobre la Letanía! No tienes derecho, joder. Eres un Ronin, un desterrado. Yo me encargué de ello. Aunque si hubiera pensado que ibas a tener los huevos de asomar tu careto de nuevo por aquí, te habría hecho trizas allí mismo. Le hubiera ahorrado a todo el mundo un montón de problemas.

—Absurdo —le interrumpió Arkady—. Entonces no eras blando, aún no. Confío en que no lo seas tanto como para no poder ver las cosas con claridad.

—Vete al infierno.

—Un paso delante de ti. Como siempre. Eso es precisamente de lo que quería hablarte. El Infierno. Malfeas. La Espiral Negra. Creo que a estas alturas ya debo de haber terminado el tercer giro, pero no puedo...

—¿Qué? ¿Qué significa eso de que debes de haber recorrido el tercer giro...? No, olvídalo. No quiero saberlo. No es más que tu basura de costumbre. Quiero que te largues de aquí ahora mismo.

Se sacudió a Evan de encima y dio un amenazante paso al frente.

—Estupendo. —Arkady se encogió de hombros—. Si me voy de aquí, será tu sentencia de muerte. O más bien la de ella. Me alegro de haberte visto, niño —dijo a Evan mientras se disponía a marcharse.

—Serás hijo de puta... —maldijo Albrecht y saltó sobre él con el otro brazo extendido para obligarlo a darse la vuelta pero al tocarlo lo apartó con una imprecación. Tenía la mano cubierta de mechones de cabello blanco y largas tiras de piel seca, pegajosa y blanquecina.

—Caray, ¿ya has estado jugando con el kit de terapia radiactiva?

Trató sin mucho éxito, de limpiarse la mano sobre la pernera del pantalón.

Arkady se detuvo.

—No sabía que ahora trabajases como niñera a jornada completa. El muchacho debe de estar influyendo en ti.

—Tú eres el que está influyendo en mí. —El rostro de Arkady se retorció en una mueca de asco. Albrecht dejó de frotarse las manos contra la pernera—. No sé si darte una patada en el culo o librarte de tu miseria de una vez. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Estoy recorriendo la Espiral de Plata.

—¿De veras? Has elegido un lugar curioso para hacerlo. Supongo que eso significa que también nosotros estamos recorriendo la espiral de plata, ¿no?

—No —le explicó Arkady con su tono más condescendiente—. Tú estás ahora mismo sobre el dobladillo de tus pantalones. Yo estoy en el Templo Obscura, recorriendo la Espiral. El hecho de que el chico y tú estéis aquí debería ser prueba suficiente de que, de hecho, sí que estoy en el infierno.

—Eh, ése ha sido bueno —lo interrumpió Evan mientras Albrecht se enfurecía—. Pregúntale si quiere comprar mi repelente para Murciélagos del Wyrn.

Albrecht logró controlarse.

—Supongamos —dijo—, sólo por el placer de discutir, que estás en Malfeas. Recorriendo la Espiral Negra. Al margen del hecho de que ahora mismo estás hablando con nosotros. Supongamos también que no eres un lunático peligroso.

—Un lunático homicida y peligroso —añadió Evan, deseoso de poner su granito de arena—. Puede que incluso un lunático genocida.

—Tampoco hay que pasarse —dijo Arkady.

—A pesar de ello —continuó Albrecht sin prestar atención a las interrupciones—, no deberías de estar aquí. Yo te desterré, ¿recuerdas? Invoqué el poder de la Corona de Plata. Te expulsé delante de testigos. El propio Halcón presidió el juicio. Tengo todo el derecho a matarte por haber regresado. A cortarte en dos ahí mismo. A hacerte lo que tú le hiciste...

Trató de controlarse. Hasta Evan reparó en el brusco cambio en la voz de su compañero de manada y empezó a decir algo, pero Albrecht lo interrumpió con un ademán furioso.

—No seguirás enfadado por aquello, ¿verdad?

—Oh, no te haces una idea. Debes de tener muchos huevos para asomar el careto por aquí. Pues esta vez te los voy a cortar.

—¿Después de todo este tiempo? —Arkady resopló—. ¿Después de todo lo que ha ocurrido? Ganaste, ¿te acuerdas? Tú eres el que se sienta en el trono de Jacob Morningkill. Tú eres el que se pavonea por ahí con la legendaria Corona de Plata en la cabeza! Yo estoy tirado aquí, en el Infierno. Y no hay manera de salir de este lugar, por las buenas o por las malas, y a estas alturas

ni siquiera estoy seguro de poder seguir adelante, al menos sin tu ayuda.

Al escuchar aquello, Albrecht sonrió.

—Parece que estás metido en un lío. ¿Pues sabes una cosa? Me da igual. Si te quemas en el infierno para toda la eternidad, me da igual. Espera, puede que esté siendo demasiado sutil para ti, así que deja que te lo deletree: Me. Da. Igual. Por lo que a mí se refiere, tienes lo que te mereces, compañero. Y al menos a mí no me hará perder el sueño. Pero oye, me ha encantado poder hablar contigo y tal. Ya nos veremos. O no, supongo.

—No seas capullo, Albrecht. Ni siquiera me has preguntado por qué había venido o lo que iba a pedirte. Ni lo que te ofrecería a cambio. Vaya, por lo que sabes...

—¿Qué parte de «me da igual» es la que no terminas de entender? No quiero tener nada que ver contigo. Nunca jamás. ¿Quieres echar la vista atrás y ver todas las grandes cosas que has hecho por mí? Veamos: mataste a mi abuela. Trataste de usurpar el trono. Luego trataste de matarme... varias veces, en realidad. Y ni siquiera voy a mencionar lo que me hiciste cuando encontramos la Corona de Plata, aunque me costó algunas calvas en el pelaje. —Inconscientemente, volvió a sacudirse las perneras de los pantalones—. Y sigo teniendo las cicatrices para demostrarlo. Así que puede que me entiendas cuando te digo que no quiero ningún favor de ti. Ya he tenido más que de sobra.

Arkady ignoró la diatriba y se acercó a la cama. Al hacerlo, Mari se estremeció y gimió, atrapada en los confines de una nueva pesadilla.

—Te he dicho que te apartes de ella! —Albrecht bajó la cabeza y se lanzó hacia él pero las siguientes palabras de Arkady lo frenaron en seco.

—Podría curarla, ¿sabes?

Lo dijo como si nada y se encogió de hombros. Albrecht abrió la boca pero no salió ningún sonido de su garganta.

—Seguro que sabes —prosiguió Arkady— que en los círculos europeos aún se habla de aquella vez en que calmé a un Trueno del Wyrn con una sola palabra. ¿Te han contado la historia?

A juzgar por su expresión, así era.

—Por supuesto —dijo Arkady mientras se llevaba la mano a la frente como si acabara de recordar algo—. Mari. Ella estaba allí. En la asamblea, ¿no?

Albrecht estaba perdiendo los estribos y Evan le hablaba en voz baja y llena de urgencia.

—No lo hagas. No lo merece. Si le pasara algo a Mari durante la pelea nunca te lo perdonarías.

—Tengo la conciencia tranquila —respondió Albrecht con un gruñido—. Nunca se lo perdonaría a *él*.

Arkady dirigió a Mari una mirada de falsa preocupación y le puso una mano en la frente. El rostro de la chica se contorsionó en un espasmo de agonía y perdió todo el color.

—Maldición, te he dicho que no la toques!

Albrecht lo agarró por la camisa. Trató de levantarlo y hacerlo caer pero lo único que consiguió fue desgarrar la tela.

—Hay un espíritu oscuro dentro de ella —dijo Arkady—. Una Perdición.

Evan se adelantó.

—¿Qué clase de Perdición?

Dio a Albrecht un pisotón con todas sus fuerzas. Su compañero de manada captó la indirecta y, con un gruñido, empujó a Arkady hacia la puerta.

—Podría ordenarle que saliera —dijo Arkady—. Podría hacerlo. ¿Lo pones en duda? Dominé a aquel Trueno del Wyrn.

—Hijo de... —Albrecht volvió a avanzar hacia él y de nuevo se encontró a Evan en su camino.

—Hazlo —dijo el muchacho con inesperada vehemencia antes de que Albrecht pudiera alcanzarlo y golpearlo con todas sus fuerzas, como pretendía.

—No dejaré que le ponga la mano encima, ¿me oyes? —dijo Albrecht. Levantó la voz—. Si la tocas te abriré en canal ahí mismo.

—No puedes decirlo en serio —protestó Evan—. ¿Es que no has oído lo que acaba de decir? Ha dicho que podía ayudar a Mari! Sí, puede que sea un mentiroso. Pero ¿por qué no ponerlo a prueba? Si está mintiendo, ¿qué hay de malo en dejar que se coma sus palabras? No podemos permitirnos el lujo de desperdiciar cualquier oportunidad de ayudar a Mari. En especial por algo como esto.

—¿Por algo como qué? —gruñó Albrecht—. ¿Te refieres a mi testarudez? ¿A mi rencor? Y una mierda que no; tú mírame. Ya he tenido todo lo que necesito de este bastardo. Y si no regresa al infierno en menos de un minuto, lo mandaré allí yo mismo.

—Albrecht, piensa un segundo. Piensa en lo que estás diciendo. Ni siquiera has querido escucharlo —dijo Evan, tratando de salvar la situación antes de que desembocase en un baño de sangre. Aunque tuviera éxito, temía que Albrecht estallara. O que lo hiciera Arkady. ¿Y qué pasaría entonces con Mari? Aunque hubiera sólo una oportunidad entre un millón de que Arkady pudiera cumplir lo que prometía, tenían que tratar de aprovecharla.

—Exacto —dijo Albrecht—. Y no tengo la menor intención de hacerlo. Eso es lo que más me escama de toda esta mierda: lo que no ha mencionado. ¿Qué saca él de todo esto? Me cuesta mucho creer que se ha dejado caer por aquí por su buen corazón para echar una mano a un viejo amigo. Estamos hablando de Arkady! Aun suponiendo que pudiera ayudar a Mari, cosa de la que no

estoy convencido, se asegurará de que le paguemos por ello mucho más de lo que merece.

—¿Y cómo vas a hacer las cuentas? —lo desafió Evan—. ¿Qué precio sería demasiado alto a cambio de recuperar a Mari? ¿Qué va a hacer, demandar tu piel de nuevo? ¿Y si lo hace? ¿Sería mucho pedir? ¿Loder, puede quedarse con la piel de mi espalda si eso sirve para ayudarla! Hablas de principios mientras Mari está inconsciente... puede que para siempre.

El gruñido de advertencia de Albrecht lo acalló al instante.

—Mira, chico, sé que estás preocupado por Mari. Todos lo estamos. Incluso este bastardo, si te crees su *historia*. Pero puedes ahorrarme los violines y esas chorradas de que no voy a dar mi piel por ella. Ese capítulo hace tiempo que no tengo que demostrarlo. Y menos a ti.

—No pretendía...

—Ya lo sé. Lo de Mari te está reconcomiendo también a ti. Yo arañeo las paredes y tú haces lo mismo con palabras. Pero a mí me sobra tu terapia, ¿*capice*? Ya tengo suficiente basura propia en este momento.

Evan le puso una mano en el hombro.

—Supongo que quieres decir que *los dos* tenemos suficiente basura en este momento. Esto no es una cuestión nuestra; estamos hablando de Mari. Y si hay algo que podamos hacer para ayudarla, y me refiero a *cualquier cosa*, tenemos que intentarlo.

Lanzó una mirada de soslayo a Arkady, quien esperaba con los brazos cruzados y una expresión de aparente desinterés.

—Si alguien me pregunta —dijo con tono seco—, no tengo el menor interés en la piel de Albrecht, tal como están las cosas. No me sirve de nada. Y me ofende la insinuación de que puede haber sido de otra manera en el pasado. Si alguno de vosotros, caballeros, lo recuerda, no fui yo quien puso a Albrecht bajo el cuchillo del

desollador, fue ese Danzante de la Espiral Negra. ¿Cómo se llamaba...? —Arkady guardó silencio mientras reflexionaba—. Ya me acordaré. Además, ya no importa demasiado. Te vengaste de él en su momento. O la Corona de Plata se vengó por ti, que para el caso es lo mismo. Ese libro está cerrado, caballeros. No seguiréis amargados por *eso*, ¿verdad? Vaya, hace años de eso. ☒ al final ganasteis! Tenéis que pasar página. Yo ya lo he hecho.

Albrecht se limitó a fulminarlo con la mirada.

—Largo de aquí.

Evan empezó a protestar.

—Pero ¿qué hay de Mari? Prometiste que ibas a escucharlo.

—De eso nada.

Arkady se encogió de hombros.

—La verdad es que nunca creí que sintieras nada por la zorra ésa. Aparte de alguna que otra calentura. Pero no creí que te atrevieras a ser tan franco delante del crío. Él la idolatra, ya lo sabes. Se ve en sus ojos. Le gustaría ponerla en un pedestal. O al menos hacer que se inclinara sobre un pedestal.

Con un aullido, Albrecht saltó sobre él al tiempo que se transformaba. Su klaive destelló sobre su cabeza y descendió a continuación impulsado por toda la fuerza de su forma Crinos. Era un golpe que hubiera partido en dos una roca. Arkady no hubiera sobrevivido.

Evan gritó algo que se perdió en el tumulto reinante mientras Arkady daba un salto hacia delante y se interponía en la línea del ataque. Atravesó la guardia de Albrecht y esquivó el klaive y su poderoso tajo. Chocaron y cayeron al suelo. Los dos adversarios rodaron en una presa mutua, convertidos en un letal vendaval de garras y colmillos.

A tan corta distancia, era casi imposible que ningún golpe alcanzase su objetivo. Saltaba la sangre; volaba el pelo. El rodar de

los combatientes se frenó cuando Albrecht chocó contra la pata de la cama. La fuerza del golpe no fue nada para él; ya había sufrido media docena de heridas más graves. Fue el sonido proveniente de la cama lo que hizo que se detuviera: el gemido de Mari y un ruido sordo cuando fue arrojada violentamente al suelo y la cama se volcó sobre ella.

Con un grito, se quitó a Arkady de encima. Sorprendido por el inesperado cambio de objetivo, éste giró en el aire y chocó contra la esquina más cercana del cuarto. Estaba de pie casi al instante, ajeno al profundo desgarrón que tenía en el pecho y que casi había arrancado el pezón izquierdo y lo había dejado colgando de un jirón de carne desgarrada. Pero todo había terminado. La atención de Albrecht se dirigía ahora a la maraña del somier de la cama y la figura menuda y morena que se debatía debajo de ella.

Al ver que su adversario había rendido el campo de batalla, Arkady echó la cabeza atrás y lanzó un aullido de victoria.

—Oh, ¿quieres callarte? —le espetó Albrecht. Un momento después, la estructura de la cama salía despedida por el aire en la misma dirección seguida recientemente por Arkady. Éste la desvió y cayó al suelo hecha un amasijo de madera y metal. Apenas se percató de los pasos apresurados que, procedentes del exterior, llegaban en respuesta a su aullido de triunfo.

Evan ya estaba allí, inclinado sobre la caída Mari mientras Albrecht arrojaba la cama a un lado como si no fuera más que un jergón plegable.

—Está bien —dijo el muchacho al tiempo que interponía un hombro entre ella y el enfurecido Albrecht. Como si aquello fuera a representar un obstáculo real para la tempestad de garras—. Dale un poco de espacio, ¿vale?

Albrecht lo ignoró y se inclinó para cogerla en brazos. Fue la visión de sus propias garras, de varios centímetros de longitud y

manchadas de sangre recién derramada, lo que le hizo volver en sí. En aquella forma no estaba bien equipado para un acto de misericordia.

Aulló de frustración y trató de obligar a sus garras a tornarse algo parecido a unas manos de hombre. No sirvió de nada. Le hería la sangre. La voz de Arkady, a su espalda, no consiguió sino inflamarlo más aún.

—Déjasela al chico —le ordenó Arkady. El sonido de su voz hizo que volviera el rostro—. Ahora sólo...

—¡Cierra el pico! —le espetó Albrecht, a pesar de lo difícil que le resultaba hablar con aquellos enormes caninos—. Acabaré contigo dentro de un segundo.

—Ya has acabado —dijo Arkady—. La pelea ha terminado. Le diste la espalda, abandonaste en mitad de la batalla. Para ir a esconderte entre los débiles y las mujeres. Acepto tu rendición, por supuesto, aunque esperaba más de ti. No importa, ahora has de someterte a mi...

—¡V una mierda! Ya he soportado suficiente tiempo esta basura y voy a ponerle fin. Ahora mismo.

Hizo ademán de adelantarse pero el rugido de Evan lo detuvo.

—¡Aquí no, maldición!

Se hizo el silencio en la habitación. Albrecht trataba de no perder los estribos. Lanzaba miradas de un lado a otro, a Evan, a Arkady. Un animal enjaulado que por primera vez comprendía su situación. Fue Arkady el que rompió el silencio.

—El cachorro tiene un buen ladrido —admitió—. Pero está en lo cierto. El tiempo de los desafíos ha pasado. No puedes negarle mi ayuda a la chica sin condenarla a una muerte lenta y segura. No puedes seguir luchando conmigo sin condenarla a una muerte brutal y absurda. Estás vencido, admítelo. No hay de qué

avergonzarse... a menos, claro, que consideres que tu preocupación por la chica y el cachorro una debilidad y una vergüenza...

—Sal de aquí de una puta vez.

—Es una petición justa —dijo Arkady con aire reflexivo—. Y que estoy dispuesto a concederte. Personalmente, esperaba que cederías por la vida de la chica pero... como quieras. —Se encogió de hombros—. Pero tu petición llega tarde. Dado que has sido vencido, debes acceder a mi demanda. Debes entregarme la Corona de Plata.

Albrecht se echó a reír a carcajadas. No era un sonido jubiloso. Requería el entrechocar de los letales colmillos y un montón de saliva desparramada.

—Vamos a dejar algunas cosas claras ahora mismo —dijo. Había logrado controlarse y había recobrado unas proporciones humanas. Como mínimo, eso hacía que la conversación pudiera pasar con más facilidad de una serie de amenazas de cuatro letras y gruñidos monosilábicos—. Uno, no vas a tocar a la chica. En ningún caso. Dices que puedes curarla pero yo no me lo trago. Dos, no vas a tocar la corona. He pagado por ella, con mi sangre y con mi piel. Como seguro que no tengo que recordarte precisamente a ti. El propio Halcón me la puso en la cabeza. Y no se va a mover de ahí hasta que Él me la pida. ¿Me entiendes?

Arkady asintió.

—Sí. Y ahora tú debes entenderme a mí. Estoy siguiendo el mandato de mi abuelo.

Lo dijo con voz callada pero plena de autoridad.

—Y una mierda.

—Pues es verdad. Estoy recorriendo la espiral en Malfeas para redimir a sus hijos perdidos. Samlahdah camina a mi lado y el Abuelo Halcón vuela sobre mí. Abro la boca y es su llamada la que emerge. Necesito la corona, Albrecht; y voy a conseguirla.

Mientras hablaba, unas alas de abrasadora llama blanca brotaron con agónica lentitud de sus hombros.

Evan, aún arrodillado junto a Mari, levantó la mirada hacia el inesperado resplandor y profirió una imprecación.

Albrecht entornó los ojos. Recordaba la gloria de las alas del Abuelo Halcón, no solo su majestad, sino también su absoluta solaz. Conocía su contacto, sabía lo que era estar envuelto en su protección. El recuerdo de cada pluma estaba grabado a fuego, no sólo en sus ojos, sino en cada centímetro de su carne dolorida y expuesta. Era parte de él.

Al contemplar el resplandor de las alas de Arkady, supo que algo andaba mal. No era que la mano del Abuelo Halcón no se hubiera posado sobre él —¿dónde podía haber obtenido aquel don sino de rodillas frente al tótem de los Colmillos Plateados?—, pero Albrecht percibió que las alas no eran prístinas. Estaban deshilachadas en los extremos y recorridas por pulsantes venas negras. Cada vez que la sangre recorría aquellos inquietantes conductos, Albrecht se encogía.

A su espalda, Mari empezó a sollozar en su coma.

—Jesús, apaga eso, ¿quieres? —gruñó Albrecht.

—Cuento con la bendición de Halcón en esto, Albrecht —dijo Arkady—, estoy haciendo lo que debe hacerse para redimir a su pueblo. A *nuestro* pueblo. No te pido tu bendición y ni siquiera tu comprensión. Lo único que te pido es la Corona de Plata. *Necesito* la corona.

Dio un paso al frente.

Albrecht se aguardó impasible.

—Lo que tú necesitas es una buena patada en el culo.

—Una vez utilizaste el poder de la corona para darme una orden —dijo Arkady, cada vez más cerca—. Ahora voy a utilizarlo yo para dártela a ti. Entrégala a mi cuidado.

—No es así como funciona —dijo Albrecht mientras se adelantaba para reanudar su batalla.

—Claro que sí. La corona te obliga, Albrecht, igual que tú utilizas su autoridad para gobernar a otros. No es una corona de laurel, una recompensa por las victorias alcanzadas, es un compromiso, una solemne y sagrada responsabilidad. ¿Quieres ser rey? [Bien, entonces actúa como un rey! Te digo esto: el lugar de un rey no está junto al lecho de los muertos y los moribundos. Está en primera línea del frente. Tu pueblo, nuestro pueblo, ha caído en manos del Wyrn, y tú no estás dispuesto a apartarte de las faldas de las mujeres para liberarlos de su cautiverio.

—¿De qué demonios estás hablando? —rugió Albrecht.

—El lugar de un rey —dijo Arkady— está dondequiera que sus súbditos hayan caído entre sus enemigos. Ahí me encuentro yo ahora. En la Espiral, en el corazón de Malfeas. Aquí, donde sufren los hijos de Halcón. Él ha escuchado sus gritos y me ha encargado que defienda su causa porque tú, su soberano legítimo, no vas a hacerlo. Pero no puedo vencer sin tu ayuda. Necesito la corona para hacer el trabajo de un rey.

—No. —Fue la voz de Evan la que respondió. Se incorporó y se colocó junto a Albrecht—. No lo escuches. Tenías razón. Este tío no puede ayudar a Mari. No entiende nada.

Albrecht se sacudió de encima el brazo de Evan en un gesto colérico.

—El sitio de un rey —les gritó Evan a los dos gigantescos Colmillos Plateados— no tiene nada que ver con cabalgar a la cabeza de un ejército, o emprender absurdas gestas dignas de locos. Tiene que ver con estar donde está sufriendo su pueblo. Tiene que ver con la compasión, no con la heroicidad. Tiene que ver...

—La verdad habla por boca de los niños —lo interrumpió Arkady—. ¿Has oído al niño, Albrecht? El lugar de un rey está allí

donde su pueblo sufre. Voy a regresar a Malfeas para redimir a nuestro pueblo. Puedes comportarte como un rey y venir conmigo o entregarme la corona para que pueda hacer lo que debe ser hecho.

—Eso no es lo que he dicho. He... —empezó a decir Evan, pero fue interrumpido.

—Ahórratelo, chico —gruñó Albrecht:

—Pero no puedes tragarte esa basura sobre regresar con él a Malfeas! Jesús, de todas las estupideces salvajes y de macho alfa...

—He dicho que te lo ahorres.

El rostro de Arkady esbozó una amplia sonrisa. Era suyo. Ya estaba imaginándose a sí mismo, llevando la más poderosa reliquia de los Colmillos Plateados hasta el mismo reducto del Wym. Sentía el peso de la tradición, la profecía y los cuentos de antaño que se alineaban como estrellas para señalar entre todos el camino hacia su propio y glorioso destino.

Albrecht se acercó con lentitud a Mari. Se inclinó sobre ella y le dio un beso de despedida en la frente. Sin decir palabra, se incorporó y se volvió hacia Arkady.

Evan estaba allí, entre ambos. Empujó a Albrecht con todas sus fuerzas pero el Ahroun no se movió un milímetro.

—No! Maldita sea, no puedes hacerlo. No puedes abandonarla. Te devolveré el sentido común a golpes si es necesario. No creas que no lo haré.

Albrecht dirigió la mirada a Evan pero se veía a las claras que sus pensamientos estaban en otra parte. Le puso una mano en el hombro y lo apartó con suavidad.

—Tienes que dejar que haga lo que tengo que hacer. De otro modo, no solo seré menos que un rey sino que seré menos que un hombre.

Evan empezó a protestar de nuevo pero Albrecht lo interrumpió.

—Evan. Basta.

Se volvió de nuevo hacia Arkady.

—¿Preparado? —preguntó el Colmillo Plateado caído.

—Sí, estoy preparado —musitó Albrecht. Levantó la mano y se quitó la Corona de Plata de la cabeza. Le dio varias vueltas entre las manos y la contempló desde todos los ángulos. Como si la fuerza para hacer lo que tenía que hacer estuviera escondida en su interior y pudiera sacarla de allí.

Maldijo.

—Si ser rey significa abandonar a Mari para que muera a solas —dijo—, a la mierda con el trono.

La preciosa reliquia pasó volando junto a la cabeza de Arkady y rebotó con un tintineo metálico en la pared del otro lado.

—Llévatela y lárgate ya de aquí.

Durante un prolongado momento, nadie se movió o respiró siquiera. Al fin, Arkady exhaló un suspiro y se encogió de hombros.

—Como quieras —dijo. Se inclinó y recogió la dentada corona de donde había ido a caer. La limpió y se la puso en la cabeza—. ¿Qué aspecto tengo?

Ninguno de ellos lo miró. Arkady volvió a encogerse de hombros, extendió los brazos hacia la Espiral de Plata y regresó allí.



Pasó un rato largo desde que Arkady se marchara antes de que Albrecht o Evan se movieran o dijeran algo.

—No tenías que habérsela dado —refunfuñó Evan, sin apartar los ojos del lugar en el que la corona había caído al suelo minutos antes.

Era el más reciente y ambiguo milagro de Halcón y ninguno de los dos sabía qué pensar de él. Allí, brillante en el suelo, en el sitio exacto en el que había caído, se encontraba la Corona de Plata.

—Que me maten si voy a recogerla.

—*Tienes* que recogerla —dijo Evan. Cruzó la habitación e hizo justamente lo que decía, aunque con aire entre reverente y temeroso. Se volvió y se la ofreció a Albrecht—. Es una señal, so burro. Mari te daría una patada en la cabeza si te oyera hablar así. Cógela.

Empujó la reliquia en dirección a Albrecht.

—¿Una señal de qué? —Resopló con aire disgustado y se volvió hacia el cuerpo inconsciente de Mari—. Como si necesitara más «señales» para recordarme que no puedo ocuparme de mi pueblo. ~~Pod~~er, si ni siquiera puedo ocuparme de mi propia manada!

—Pero te estás ocupando de Mari. Renunciaste a la corona, al trono, a todo, sólo por su bien. Lo he visto. Estás haciendo exactamente lo que cualquier compañero de manada debería hacer... lo que un rey debería hacer. Estás ocupándote de los tuyos. Esto no cambia eso.

Le puso la corona en las manos.

—Un rey debería estar allí donde se encuentre la mayor amenaza para su pueblo —gruñó Albrecht.

—Si Halcón no necesitara un rey aquí, haciendo exactamente lo que tú estás haciendo, ¿crees que esto seguiría aquí? Tomaste una decisión difícil, Albrecht. No sé si yo hubiera podido hacerlo.

—¿Sí? ¿Y qué me dices de la decisión que no tomé? ¿Qué me dices de Arkady?

—Puede —respondió Evan— que Halcón necesite también un rey para recorrer la Espiral Negra.

Noveno círculo la danza del engaño



Arkady dio otro paso y volvió a encontrarse sobre la Espiral de Plata, de camino al corazón mismo de Malfeas. Estaba exultante. Había desafiado a Albrecht por la Corona de Plata. Por el derecho a llevarla a la guarida del Wyrn para redimir a sus caídos ancestros. Y había vencido.

Pero Arkady no hubiera podido anticipar el efecto dramático que la presencia de la Corona de Plata tendría allí, entre las negras serpentinadas del mismo Wyrn.

Todo el paisaje pareció transformarse como respuesta a la presencia del legendario artefacto. La reacción fue extrema y contradictoria, y Arkady se vio atrapado directamente en medio de las fuerzas contendientes. Todo a su alrededor —hasta los muros y el suelo— empezó a convulsionarse al mismo tiempo, acercándose o alejándose de él.

El acantilado cortado a pico de la Espiral Negra, justo a su izquierda, se retorció y se encabritó como si quisiera apartarse de la presencia de su ancestral adversario. A su derecha, los

quitinosos segmentos del cuerpo del Wyrn se deslizaron con un chirrido en la dirección contraria. Arkady tuvo la innegable impresión de que unas cadenas letales, tan grande cada una de ellas como una montaña, se tensaban alrededor de su cuerpo. Tratando de convertirlos a él y a la osada reliquia en polvo.

Tuvo un momento de penetrante duda y se preguntó si le habrían tendido una trampa para que llevara la corona hasta allí. Un presente involuntario para el Wyrn, entregado en persona sobre una bandeja de resplandeciente plata. Gritó el nombre de Sara pero no obtuvo respuesta.

Una oleada de náusea se abatió sobre él y cayó al suelo. Demasiado tarde comprendía el otro cambio que había provocado inadvertidamente al llevar allí la Corona de Plata. Bajo sus pies, la Espiral de Plata, el tenue cordón umbilical sobre el que caminaba, estaba deshaciéndose.

¡No!, protestó en silencio. *No puede ser. No he llegado hasta tan lejos para fracasar ahora.* Trató de convocar el poder de la corona, de ordenar a las últimas volutas de la senda de plata que permanecieran en su lugar. Y por espacio de un segundo de triunfo, creyó que había logrado alcanzar la reserva de oculto poder de la reliquia, de arrancar el don de Halcón de su metálica tumba.

Un brillante haz de plata avanzó a su alrededor, se enroscó a lo largo de su brazo. Alzó un puño cubierto de energía crepitante hacia los cielos, como desafío.

Fue entonces cuando comprendió, mientras el destellante haz de luz escapaba de su cuerpo, que no había salido de la corona sino que era otro jirón de la Espiral de Plata que se liberaba.

Profirió un aullido de frustración mientras su pierna derecha se hundía en el agujero que, hasta hacía un momento, había sido un suelo firme. El contacto de la senda quemaba como el fuego. Trató de ponerse en pie y se desolló las palmas de las manos en el

proceso, pero ya estaba mucho más allá de tales trivialidades. Ahora sólo pensaba en encontrar algo sólido, algo a lo que aferrarse antes de que fuera arrojado de nuevo a la oscuridad. El onírico paisaje estaba deshaciéndose entero a su alrededor y no era capaz de encontrar sustento en la senda cada vez más delgada.

Sintió una trepidación y el suelo bajo su otro pie empezó a retorcerse y a ceder. Sabía que ahora sólo le quedaba una salida. Por mucho que temiera aquella posibilidad, y había pasado semanas tratando de encontrar otro camino para evitarla, supo que no le quedaba otra opción. Saltó de la senda con todas sus fuerzas, se elevó a gran altura y se agarró al borde de la Espiral Negra.

Allí. Permaneció allí suspendido un momento, contemplando cómo se disolvían bajo sus pies los últimos restos de lo que había sido la Espiral de Plata, su última y mejor esperanza de llegar hasta el centro del laberinto. Ahora sólo le quedaba un camino para seguir adelante. Se resignó a él y se encaramó a la Espiral Negra.

A decir verdad, su primera sensación fue de alivio. No sólo ese alivio que acompaña siempre a la constatación de que por fin ha ocurrido lo que uno lleva mucho tiempo temiendo. No, era un alivio más humilde, el que se debía al hecho de que el suelo no quemaba como había hecho el de plata. A estas alturas las suelas de sus pies apenas eran otra cosa que llagas supurantes y Arkady sólo podía dar gracias por pequeños alivios como aquél.

Fue en ese momento cuando se percató de que ya no estaba solo. Detectó un movimiento a su derecha, en el extremo de su campo de visión. Se volvió para enfrentarse a esta nueva amenaza. Un haz de plata —uno de los restos que se había soltado de la Espiral de Plata— yacía chisporroteando y retorciéndose sobre el camino como una gota de agua en una sartén caliente. Arkady se maldijo a sí mismo y a sus crispados nervios.

Se puso en camino, con cuidado para no tocar el todavía vivo arco de energía. Pero mientras se acercaba, comprobó que se volvía más sustancial y adquiriría profundidad y forma. Se aproximó.

Ahora había una figura tirada sobre el camino, frente a él. La pequeña y quebrantada figura de un hombre envuelto en un nimbo de destellante plata. Ignorando las crepitantes energías que la rodeaban, Arkady alargó la mano y cogió a la figura del brazo. Su mano pareció atravesar los bíceps y se hundió hasta los nudillos bajo la superficie de la trémula piel.

—¿Estás... —empezó a decir Arkady, estupefacto—... estás bien?

La figura levantó la cara hacia él y Arkady se encogió involuntariamente al verla. Allí donde hubieran debido estar los rasgos del hombre —su nariz, su boca— había sólo una línea de glifos plateados que dividían su cara en dos desde la frente a la barbilla. Sus ojos eran sendos agujeros vacíos que enmarcaban y puntuaban las crípticas señales.

Había algo inquietantemente familiar en aquellos símbolos rúnicos pero antes de que Arkady pudiera seguir examinándolos, la figura se lo quitó de encima y se puso trabajosamente en pie. Adoptó una pose desafiante y pareció crecer todavía más hasta superar en una cabeza y aún más al señor de los Colmillos Plateados.

Hasta en su forma de guerra, la colosal criatura estaba encorvada y arrastraba por el suelo las garras de treinta centímetros de longitud. Indudablemente era un lupino pero, a diferencia de cualquier otro Garou que Arkady hubiera visto, la neandertalense forma Glabro era diferente a un cuerpo humano normal.

El denso pelaje que brotaba a mechones de su piel le estaba muy grande y era demasiado tupido hasta para un Garou. El

pelaje de sus muslos caía en cascada hasta el suelo y despedía en la oscuridad un resplandor tan blanco como el de Arkady: el orgullo y el pedigrí de los Colmillos Blancos.

▣ Semejante marca de distinción en *aquella* criatura! Era un ultraje.

Arkady se obligó a afrontar el desafío de aquellos ojos vacíos para tratar de desentrañar la extraña confusión de líneas y símbolos que formaban los brillantes glifos plateados que ocupaban el lugar de la cara. Con voz titubeante, leyó:

*Cuando salí por vez primera del vientre de Gaia,
Me llamaron Pelaje-de-Luna-Llena,
(Aunque nacido en la Casa de la Luna Creciente)
Porque no habían visto un pelaje comparable al
mío
En una docena de generaciones.*

*Expulsado de mi casa, privado de mi herencia
Perseguido por los insultos, Nacido-Sin-Luna
Concebido por una unión prohibida
Entre Garou y Garou.*

*Le di la espalda a los míos
Y bajé aquí, a la oscuridad
Para grabar mi marca, sobre el Wyrn si era
necesario
Y así recobrar mis derechos de nacimiento.*

*Tres cosas pido tan solo, antes del fin de la vida:
Un trozo de tierra al que llamar mío,
Una casa de tablonés, limpia y bien arreglada;*

*Sin caseta para perro ni corral para ganado.
Y tres monedas de plata, cada una de ellas tan
redonda y brillante
Como las tres lunas que
Me arrebataron.*

*Largos años he vagado aquí, en la oscuridad
Y si alguna vez supe el camino a casa, lo he
olvidado.*

*Mis garras se han mellado, mis ojos se han
vuelto ciegos
Y ya no puedo luchar, ni
Recitar mi propio cuento
Con mi propia voz.*

*Y no hay una sola
Luna que brille
Aquí en la Espiral
No hay
Luna.*

Arkady no podía creer las palabras que estaba leyendo. Lo lastimaban como golpes físicos. ¿La Casa de la Luna Creciente? ¿Aquella monstruosidad? ¿Qué podía significar? Quería hacerla trizas, obligarla a retractarse de su ridícula afirmación.

Pero entonces se le ocurrió una idea más siniestra. Aun de niño, Arkady había sabido siempre que era el miembro de su linaje de sangre más pura que nacía desde hacía generaciones. Nadie se lo había ocultado. Era una fuente de orgullo para todos, un punto de reunión, una esperanza secreta y querida.

Pero nunca se le había ocurrido preguntar qué había sido del otro, su lejano predecesor, la mayor esperanza de hacía veinte generaciones.

No, sencillamente no era posible. Arkady no había recorrido tanto camino para que se burlaran de él! Había venido hasta aquí para...

—¿Para qué?

Para redimir a los caídos de su pueblo. Para recuperar sus recuerdos y arrancárselos a las mismas fauces del Wyrn si era necesario.

Se tragó el desafío que había acudido a sus labios de manera instintiva. Se dirigió a la miserable figura que tenía delante.

—Pelaje-de-Luna-Llena —dijo—. Hace demasiado tiempo que abandonaste tu hogar. Te han echado mucho de menos.

Unas arrugas, primero de perplejidad y luego de alivio, se dibujaron en aquellas severas e insólitas facciones. Delicados glifos de plata se encharcaron en los bordes de sus ojos. Y entonces, inclinando la cabeza frente a Arkady, tan solemne como si estuviera haciendo una reverencia, Pelaje-de-Luna-llena dio un gran salto y se lanzó hacia la oscuridad para desandar el camino que sobre la Espiral había recorrido hacía tanto tiempo.

El contorno de su resplandeciente pelaje parpadeó y se hizo más tenue con cada paso que daba. Al cabo de tres zancadas completas, la mancha plateada había desaparecido, liberado al fin su recuerdo de su largo exilio en aquel lugar.

En aquel momento Arkady reparó en la presencia de otras muchas figuras silenciosas que lo rodeaban en la oscuridad. Habían asistido ensimismadas a su encuentro con Pelaje-de-Luna-Llena, esperando, absorbiendo cada palabra. Y ahora se mostraban más osadas y se le acercaban desde todas direcciones.

Venían a él para escuchar sus historias leídas en voz alta una última vez. Para oír sus hazañas recitadas, sus heroicas batallas validadas por la voz de los vivos. Para que Arkady, rey designado por Halcón, separase las hebras enredadas de sus pasados de las líneas que el tiempo y las penurias habían dibujado en sus rostros. Una magia por simpatía.

Arkady recitó pacientemente sus linajes, lo mismo los orgullosos que los infames. Se solazó con ellos al escuchar sus victorias y se condolió de sus derrotas. No tardó en perder la cuenta de su número: **B**ran una muchedumbre, una hueste! Se le antojaba que la Espiral de Plata entera se había pavimentado con las filas agolpadas de los Colmillos Plateados caídos, cada uno de ellos una piedra arrojada a modo de desafío contra el Wyrn en su laberíntica guarida. Para fallar y perderse en la oscuridad, extraviarse y rebotar con un ruido hueco, olvidadas y sin propósito, sobre el suelo de Malfeas.

Apenas acababa de emprender la épica tarea cuando se dio cuenta de que algo marchaba muy mal. Una cosa oscura y furiosa estaba formándose alrededor de la Espiral Negra. Pasó sobre él como el primer y experimental tanteo de un dedo de miedo. El despertar de las memorias aletargadas de los Colmillos Plateados no había pasado inadvertido.

Algo estaba desperezándose como respuesta, una reacción idéntica y opuesta. Las defensas autónomas de la Espiral Negra se alzaron frente a aquel desafío sin precedentes con rápida y brutal eficiencia. Ojo por ojo.

Algo profería aullidos más adelante, un sonido hueco que hizo que todas las cabezas se volvieran hacia él. No era un sonido nacido en el pecho de una criatura viviente, sino más bien todo lo contrario. Una inhalación de aire que le robaba la vida a todos aquellos que la escuchaban.

No era sólo un sonido, era voz. Y no sólo voz, sino una palabra. Era una palabra aullada una vez tras otra, repetida incansablemente hasta que sus sílabas perdían todo el sentido.

Jo'cllath'matric.

Era un nombre hecho de los siniestros vacíos que acechan detrás de las estrellas y en el fondo de las tumbas vacías. Era una palpitante ausencia, una negación de significado, la anulación de la voluntad. Cada vez que sonaba el nombre, una de las resplandecientes memorias de los Colmillos Plateados Caídos parpadeaba y se extinguía.

Allí, al fin, estaba el espíritu oculto que daba vida al Templo Obscura, comprendió Arkady con repentina claridad. Aquél era el gran espíritu a quien se había erigido y consagrado aquel altar. El Templo Obscura era el lugar al que iban a morir las historias y aquel Jo'cllath'matric era el espíritu devorador que se encargaba de engullirlas.

Instintivamente, Arkady se abrió camino hacia el extremo de la multitud. Tratando de interponerse entre la sombría voracidad y los últimos y fugaces recuerdos de los Colmillos Plateados. Veía el terror dibujado con toda claridad en los rostros de los Garou más cercanos, la comprensión de lo que iba a ocurrirles a continuación.

Cogió al Colmillo Plateado que tenía más cerca y lo zarandéo, tratando de conseguir que actuara de alguna manera, aunque fuera huyendo. Pero no sirvió de nada. Frente a sus mismos ojos, los glifos de la historia del otro se deshicieron, liberados como puntos sueltos, de manera lenta, tortuosa. Y tras ellos, la carne de la cara se abrió alrededor de una herida abierta. Un aullido agónico brotó gorgoteando de la grieta.

La delicada hebra de plata que había sido, hacía un momento, su último testamento —el último recuerdo registrado de su vida— se perdió volando en espiral hacia aquella hambre lejana.

Arkady tuvo que volverse, al tiempo que reprimía la bilis que le estaba subiendo por la garganta. Estuvo a punto de caer de bruces y empezó a avanzar en dirección a la voracidad que era la causa de todo aquello. Y muy pronto, se encontró caminando a trancas y barrancas a través de una maraña de idénticas hebras plateadas.

Era como caminar por una telaraña, sólo que cada una de aquellas hebras era uno de sus antepasados, un recuerdo perdido que Arkady había tratado de redimir. Sólo que no había logrado más que acelerar su marcha al olvido definitivo y completo.

Aullando de frustración, trató de recoger la sutil gasa formada por las hebras que flotaban a su lado pero se le escurrieron entre los dedos y se disolvieron bajo la fuerza de su mano.

Más allá, distinguió algo enorme y blasfemo que se alzaba de la Espiral Negra. Pudo sentir cómo se volvía hacia él todo el peso de la atención del oscuro espíritu, pudo sentir cómo se iba borrando su propio sentido de propósito. Ya empezaba a tener dificultades para recordar por qué había acudido allí, qué había pretendido conseguir y, por encima de todo, cómo había esperado vencer frente a aquella criatura, aquella fuerza de la naturaleza.

Hasta aquel momento, Arkady había creído que se había enfrentado a lo peor que el Wyrm podía convocar contra él. Se había abierto camino a la fuerza entre aullantes legiones de fomori, hordas de babeantes Perdicionos, manadas de furiosos Danzantes de la Espiral Negra. Había amansado a un Trueno del Wyrm con una sola palabra y había sobrevivido al ataque colosal de la mismísima Espiral Negra.

Pero Jo'cllath'mattric era una amenaza de una magnitud completamente diferente. Era una manifestación del propio Wyrm en uno de sus aspectos más terribles. Los cuentos de pesadilla sobre las aterradoras máscaras de múltiples formas que adoptaba el Wyrm —el Wyrm Profanador, la Bestia de Guerra, el Devorador de Almas— pasaron durante un instante por la mente de Arkady. Pero ninguno de esos relatos podía haberlo preparado para lo que ahora tenía enfrente.

Una manifestación del Wyrm con una forma guerrera no hubiera engendrado tanto terror en su corazón. Él estaba familiarizado de manera íntima con los horrores que el campo de batalla podía ofrecer en todas sus permutaciones. Había vivido cara a cara con la corrupción, las catástrofes naturales, la desesperación. Estaba acostumbrado a ver aquellos semblantes del Wyrm.

Pero Jo'cllath'mattric era algo completamente nuevo. Era el mecanismo de autodefensa del propio Wyrm, nacido del interminable tormento que experimentaba mientras chillaba y se retorció, atrapado en los hilos de la Tejedora. El viejo Wyrm había tenido toda la eternidad para darle vueltas a sus fracasos, sus errores, sus esperanzas frustradas y sus venganzas anticipadas. Tiempo más que de sobra para sucumbir a una locura aullante.

Jo'cllath'mattric era el Wyrm Tratando de Olvidar.

Arkady se erguía entre él y los últimos recuerdos de los caídos Colmillos Plateados, preparado para hacerle pagar un precio tan alto como le fuera posible por su vida y las de sus hermanos.

Mientras levantaba el klaive por encima de su cabeza para convocar a sus parientes en su ayuda, se alzó un aullido de desafío: no proferido por Jo'cllath'mattric, sino proveniente de detrás de Arkady. El Colmillo Plateado no se volvió. No tenía sentido hacerlo.

—El rey es mío —dijo una cruel voz femenina—. No lo toques, Jo'clath'matric. Puedes hacer lo que te plazca con estos medio-hombres, estos fugaces recuerdos. Eso no me importa. Pero el de la Corona de Plata me ha sido prometido. Lo dice la profecía. Es mi destino acabar con la vida del Último Rey de Gaia.

Al escuchar aquellas palabras, Arkady se volvió. Sus ojos se posaron al instante sobre Sara. Estaba allí, arrodillada a los pies de su Dama Oscura: su hija y su torturadora. Sara miraba hacia delante, ajena a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, sollozando en silencio. La Dama Oscura le dio un tirón a la cuerda que rodeaba el cuello de Sara y el llanto cesó inmediatamente. La dejó caer al suelo. Ni una sola de las enormes moles de pelo erizado y músculos que seguían a la Dama hicieron un movimiento para recogerla. No consideraban una amenaza a la niña.

La Dama Oscura sacó un largo látigo de púas de su cinturón y avanzó hacia Arkady.

—Llevo esperando nuestro encuentro —le dijo con voz sisante— mucho tiempo. ¿Cuánto, Samladah?

Sobresaltada, la niña balbució:

—Diecisiete. He esperado, tal como tú dijiste. Y la Dama antes que tú. Y así sucesivamente. Hasta hace diecisiete siglos.

—Ha sido una espera muy larga. Así que mía debe ser considerada la principal afirmación: la Dama Oscura matará al Último Rey de Gaia sobre la Espiral Negra. Así está escrito, desde mucho antes de mi nacimiento. Así será...

Tosió, atragantada por las palabras que estaban brotando de su boca, alejándose de ella en espiral como una hebra de hilo plateado que se desenrollaba.

—¡No! —dijo con voz jadeante—. No puedes hacer esto. No puedes arrebatarme mi destino. ¡Es mi derecho! ¡Exijo...!

Mientras Arkady observaba presa del horror, Jo'cllath'mattric le arrebató su historia a la Dama y la devoró. La historia que ella y todas las que la habían precedido habían aguardado diecisiete siglos para culminar, arrancadas en un solo momento. La historia que le había costado a Sara su orgullo, sus ojos y siglos de abuso a manos de sus propios hijos... perdida. Desaparecida. Muerta antes de nacer.

Con un aullido de furia, la Dama Oscura se arrojó directamente contra Jo'cllath'mattric, tratando de arrancarle lo que en justicia le pertenecía.

El derecho a matarme, pensó Arkady.

El ataque de la Dama Oscura le había proporcionado un momento de respiro y tenía que aprovecharlo.

Quería llamar a Sara, decirle que todo iba a arreglarse. Que había encontrado, al final, un modo para redimir, no sólo los recuerdos de sus predecesores sino también los de sus hijos. Todos aquellos que habían caído en la Espiral a lo largo de los siglos, olvidados sin que nadie los llorara.

Arkady había creído que la respuesta estribaba en liberarlos, en escuchar su cuento una última vez y, al hacerlo, convertirse en el receptáculo viviente de su último recuerdo. Él podría recitar sus hazañas, sus linajes, sus sacrificios, un millar de veces! Él podía hacer que perduraran.

Sólo cuando se encontró frente a frente con la realidad demencial que era Jo'cllath'mattric comprendió Arkady que su esperanza era fútil. ¿De qué iba a servirles confiarle sus historias cuando él mismo estaba a punto de convertirse en la siguiente víctima de la caricia de olvido y vacío del gran espíritu? Sólo conseguiría perpetuar el círculo.

No, para hacer que todas esas historias tuvieran un último significado, para redimir a los muertos y no sólo aplacarlos, no

bastaba con que Arkady recordara. Aunque lograra de alguna manera escapar de la cólera de Jo'cllath'mattric, algún día acabaría por llegar su final. Y entonces todas esas historias, todos esos héroes caídos, morirían con él. De nuevo.

Arkady sabía lo que tenía que hacer. Lo sabía con la misma certeza con la que siempre lo había sabido todo. Quería aullarlo con toda la fuerza de sus pulmones. Abrirse el pecho y proclamarlo con la voz del propio Halcón. Recoger a Sara entre sus brazos y decírselo al oído hasta hacerla reír.

No, no bastaba con que Arkady recordara lo que había sucedido allí. Con eso no les proporcionaría una impresión duradera, una inmortalidad. Tenía que hacer del propio Wyrn, eterno e inmutable, su testigo. Obligarlo a recordar... o, más exactamente, asegurarse de que nunca pudiera olvidar.

Con un bramido de desafío que estremeció la propia espiral, Arkady bajó su klaive en un destello de plata. Como uno solo, una legión de héroes de los Colmillos plateados fue tras él, siguiéndolo por el mismo camino que la Dama Oscura había tomado un solo momento antes, para arrojarse directamente a las fauces del Wyrn Tratando de Olvidar.

ERIC GRIFFIN. Escritor de novelas de fantasía, es uno de los responsables de la serie de *Novelas de tribu de Hombre lobo: el Apocalipsis* y el autor de *Camada de Fenris, Fianna y Danzantes de la Espiral Negra*.

Entre sus obras se cuentan además la *Trilogía Tremere* (*El mirador de la viuda, El velo de la viuda y El poder de la viuda*) así como los libros dedicados a los Tremere y a los Tzimisce dentro de la serie de *Novelas de clan*. Sus historias cortas han aparecido en la *Novela de clan: antología* y en *La bestia interior*. Entre sus otras publicaciones se incluyen *Tres pilares y Castillos y alianzas*.

Griffin se inició en los misterios de la juglaría en su cuna, en Cork, Irlanda. En la actualidad desempeña la tradición literaria irlandesa más antigua: la del escritor exiliado. Reside en Atlanta, Georgia, junto a su encantadora esposa Victoria y sus tres hijos, todos ellos aspirantes a héroe.

